

ARCANA MUNDI

RELATOS DE FANTASÍA Y CIENCIA FICCIÓN

Elizabeth Bear



Lectulandia

Una oportunidad única para explorar futuros biopunk donde extraños asesinatos esperan resolución, asistir a la heroica muerte de robots de guerra varados, toparse con dioses nórdicos y descubrir guiños a H. P. Lovecraft y Lewis Carroll en remotas estaciones espaciales. Los relatos incluidos en esta completa antología ofrecen una lectura de tonos muy variados, donde la ciencia ficción humorística, el drama futurista y el cuento de hadas oscuro se dan la mano. Los títulos incluidos son: «La marca de la marea» (premio Hugo), «Amor en el talud», «Mangosta», «En la casa de Ariamán brilla una señal solitaria», «Annie Webber», «Los despojos del lobo» y «La muerte de las emisiones terrestres».

Lectulandia

Elizabeth Bear

Arcana Mundi

Relatos de fantasía y ciencia ficción

ePub r1.0

Titivillus 03.07.2018

Elizabeth Bear, 2014
Traducción: Silvia Schettin
Diseño de portada: Omar Moreno

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Nota de los editores

Existe en el mundo de la edición y de la crítica literaria anglosajona una popular distinción que tiende a poner de uñas a los amantes de la literatura especulativa: se trata de la arraigada división entre ficción literaria (*literary fiction*) y ficción de género (*genre fiction*).

Para resumir esa diferencia en unas pocas palabras: la ficción literaria (o literatura, por abreviar) se suele identificar con el arte, la alta cultura, la seriedad, las cuestiones universales, la fuerza del estilo y la innovación; la ficción de género con el escapismo, lo comercial, la diversión irreflexiva, la fuerza de la trama y la incardinación en una tradición poco novedosa. La ficción de género englobaría la fantasía, la ciencia ficción, el terror, la novela negra, la romántica, el *western* y todos esos libros que, en definitiva, uno puede encontrar en las librerías generalistas bajo su propio cartelito en una sección independiente. La ficción literaria, por el contrario, sería... bueno, todo aquello que no forma parte del género y que ocupa los codiciados pasillos centrales de las librerías y las bibliotecas.

Pero más en concreto, los libros que podrían clasificarse como genuina literatura se definirían por poseer en su conjunto algún tipo de mérito artístico. Un mérito del que el género carecería casi necesariamente porque lo comercial y lo entretenido no casaría bien con lo artístico ni con lo exigente... salvo, como no, evidentes excepciones que los críticos literarios anglosajones corren a salvar explicando que en realidad sus obras son universales y escapan de los límites autoimpuestos del género (Huxley a veces, Chandler de vez en cuando, Vonnegut casi siempre, Atwood por supuesto, Michael Chabon porque sería raro decir que el ganador de un Pulitzer no escribe literatura, etc.). De hecho, la mayor crítica a esta distinción entre ficción literaria y de género viene precisamente de ahí: de la paradoja que supone que incluso autores de gran rigor estilístico pero que eligen hablar sobre ciertos temas e inspirarse en libros poco convencionales acaben encerrados en un gueto. Un gueto del que a veces solo un premio respetado (como el mencionado Pulitzer de Chabon) o el lento paso del tiempo puede llegar a sacarlos (porque ¿qué escribía Jane Austen sino novelas románticas de entretenimiento? ¿Qué producía Dickens sino folletines populares?).

Otras críticas insisten en que la popular división entre ficción literaria y ficción de género es puramente **comercial**, una estrategia de *marketing* no orientada más que a segmentar el mercado, conseguir que ciertos libros sean reseñados en suplementos literarios y colocados en zonas privilegiadas de las librerías y fomentar el consumo de ciertas obras contemporáneas al convertirlas de inmediato en clásicos «imprescindibles». Para Lev Grossman, de hecho, la ficción literaria es un género más, un género caduco y acomodado en su supuesta superioridad cuya única renovación viene hoy en día de la influencia de la llamada ficción de género, que sería el verdadero campo experimental de la escritura contemporánea.

Pero vayamos a lo básico. ¿Qué es exactamente la ficción literaria y con qué derechos pretende acaparar para sí la noción de calidad? Ante todo, vaya por delante que «ficción» es un concepto descriptivo y «literatura» es un concepto evaluativo. La ficción no es un género ni un tipo de texto específico, no es mentira y no es falsedad; es una forma de narrar donde un autor invita a un lector a asumir que todo lo contado es verdad pero no real, que todo existe pero en un mundo imaginario con reglas propias. Al leer un relato o una novela tenemos claro que Sherlock Holmes no existió y no resolvió en realidad ningún caso de asesinato, pero también sabemos que el mundo de este detective tiene una consistencia tan fuerte y específica que estaríamos mintiendo si aseguráramos que el detective vivía en la calle Wigmore Street en vez de en Baker Street. Eso es ficción, un mundo imaginario pero verosímil y coherente. Frente a ella se alza la escritura de no ficción: la autobiografía, la historiografía, el ensayo, el artículo y toda la narrativa que no trata sobre mundos imaginario sino que alude a sucesos de la realidad.

La literatura, por su parte, es una noción valorativa e históricamente mutable que sólo sirve para canonizar en el panteón cultural a un reducido grupo de libros. Es, digamos, un concepto de connotaciones artísticas que evoluciona con el tiempo y los gustos de cada sociedad, de modo que las obras que en determinado momento son referentes absolutos de lo literario pueden caer en desgracia con el tiempo y otras antes olvidadas convertirse en máxima expresión literaria. Por ejemplo, *La guerra de las Galias* de Julio César fue un mero tratado historiográfico en su momento pero hoy se aprecia sobre todo por su valor literario; José de Echegaray y Jacinto Benavente recibieron el premio Nobel en su día pero hoy están relegados en el purgatorio de los autores segundones; Lovecraft publicaba en revistas *pulp* en vida pero con los años se ha ido convirtiendo en una referencia para la alta cultura. El concepto «literatura» sirve por tanto para otorgar un valor artístico a un conjunto de obras, para señalarlas como canon y otorgarles un valor comercial y cultural.

«Ficción» y «literatura» son, en resumen, conceptos de alcance muy diferente. Lo literario varía para abarcar modas variables, mientras que la ficción es un concepto más estable en el tiempo y de alcance más universal. De hecho, en la tradición de los estudios de narratología (en las teorías del gran Gerard Genette sobre todo) la ficción se define como el corazón absoluto de la literatura, la ficción es literaria per se... Otra cosa es que esa ficción sea mala o buena literatura; y ahí ya sí entrarían las valoraciones subjetivas y cambiantes del público y la crítica. Esta tradición de estudios resulta mucho más interesante que la anglosajona porque está menos apegada al problemático concepto de género, tiene un alcance más universal y está menos influida por criterios comerciales. Además, no se cae en la falacia de prejuzgar ciertas producciones como necesariamente faltas de valor artístico solo porque palabras como «zombi», «estación espacial», «tentáculos», «colmillos», «vaquero» o «pistola láser» estén presentes en esa narración. Se admite, en definitiva, que la ficción de calidad puede darse en muchos formatos, todos ellos literarios.

Al final, todo esto viene a dejar al descubierto que el verdadero corazón del problema de la falsa distinción entre «ficción de género» y «ficción literaria» radica en un viejísimo cliché: la jamás superada desconfianza hacia la ficción y hacia la literatura entendida como diversión. A este respecto, cabe tener en cuenta que desde la antigüedad la concepción del arte occidental ha estado dominada por el concepto aristotélico de «mímesis» (es decir, la idea de que el arte es una imitación de la naturaleza, y de que por tanto toda obra creativa es una representación de un aspecto de la realidad) y por la supuesta supremacía artística de la tragedia sobre la comedia (*El nombre de la rosa* de Eco lo explica a la perfección).

Así, en un panorama intelectual donde la ficción se entendía como imitación, la ficción equivalía necesariamente a simulación, fingimiento, engaño y, en resumidas cuentas, a mentira. Es más que sabido que Platón arrojó de su ciudad a los poetas dramáticos y épicos porque al narrar fingiendo imitar otras voces (las de sus personajes) hacían que el espectador se identificara con acciones esencialmente falsas. Y esta visión desconfiada con respecto a la ficción pasó luego en herencia a todos los padres de la filosofía desde san Agustín a Rousseau, quienes sin negar por completo la posibilidad reveladora del arte, en general entendían los alardes de imaginación como un evidente engaño.

Para paliar tan mala fama, durante siglos los poetas excusaron una y otra vez los peligrosos desvaríos de su pluma en la utilidad del arte imitativo para enseñar de manera amena (es el famoso tópico del *docere et delectare*, recogido por Horacio). Solo a partir del Renacimiento, en Italia y en Gran Bretaña van apareciendo voces de críticos y poetas que mantienen que, además de aportar enseñanzas y modelos de conducta, la ficción también es válida porque sirve para darle gusto al lector. La idea de que los arranques de fantasía no son un veneno moral y no requieren de ninguna justificación externa cristalizará finalmente con la filosofía kantiana del juicio estético y con la reivindicación de la imaginación personal del Romanticismo. En ese largo período la novela se va imponiendo como formato por excelencia y se va asumiendo la idea de que la ficción posee un valor por sí misma como puro objeto de placer.

Y sin embargo... el prejuicio contra la ficción y el entretenimiento sigue ahí. Aún hoy la novela realista sigue siendo percibida como más seria, madura y, en general, artística que la novela de fantasía. Del mismo modo, la asociación de lo artístico y exigente con lo aburrido es tan evidente que incluso David Foster Wallace dedicó su última malograda obra a reflexionar sobre el significado del aburrimiento en nuestra cultura con un texto intencionalmente aburrido. Por supuesto, uno puede afirmar con tranquilidad que la mayoría de los libros de ficción que se publican al cabo del año son muy mala literatura; el problema finalmente radica en el prejuicio de dar por hecho que ciertos libros publicados por tal y cual editorial especialista, o que hablan de tal o cual tema imaginario son, ya solo por ello, mala literatura.

Elizabeth Bear forma parte de una estirpe de narradores de ficción especulativa

que está dando cuerpo a la idea de Lev Grossman antes mencionada sobre que la revolución literaria actual se está gestando a través de la literatura de género. No se trata solo de que los géneros convencionales tengan unos límites cada vez más difusos ni de que la literatura canónica esté hallando inspiración en lo subcultural, se trata sobre todo de que la literatura de género está viviendo un momento extraordinario y borrando por fin la dicotomía entre «alta/baja» literatura.

Bear es una maestra del cambio de registro. Por ello se mueve con confianza en la ciencia ficción, la fantasía de tintes mitológicos, el relato histórico, la novela negra, la *space opera*, el *thrillery* otros tantos subgéneros. Amante de los diálogos, la escritora también tiene un don especial para encontrar una voz propia para cada personaje y crear así protagonistas carismáticos. Además, toda su narrativa está permeada por cuestiones sobre multiculturalismo, feminismo e identidad sexual; temas cuya integración conforma actualmente una de las grandes preocupaciones de la literatura especulativa.

En la presente recopilación se da buena cuenta de esa capacidad de Bear para abordar con éxito cualquier tema y estilo ya que los relatos seleccionados no pueden pintar un abanico más amplio: el premiado «La marca de la marea» es un cálido relato sentimental sobre la importancia de la memoria y el honor en el marco de un mundo posapocalíptico; «Amor en el talud» bebe del dramatismo de los cuentos de hadas más oscuros para pintar una inusitada Mongolia mágica; «En la casa de Ariamán brilla una señal solitaria» es una *novella* ecopunk policiaca ambientada en una excepcional India del futuro donde Bear describe con sutileza la influencia del peso de las tradiciones sobre una cultura transformada por la escasez energética; el brevísimo relato «Annie Webber» marca la mitad del libro con una pequeña píldora humorística; «Los despojos del lobo» ahonda de forma inesperada en la superación personal gracias a las enseñanzas de esos mitos primigenios que nos han acompañado desde los albores de la civilización; «Mangosta» es un relato peculiar dentro de esta recopilación, pues cuenta un episodio del «universo boojum», que Elizabeth Bear y Sarah Monette han creado a cuatro manos mezclando elementos de la *space opera*, el terror lovecraftiano y el sinsentido de Lewis Carroll; por fin «La muerte de las emisiones terrestres» pone un dramático fin a esta recopilación con una emocionante reflexión sobre el significado de la soledad.

Toda esta variedad de historias, ambientaciones, referencias y tonos es solo una pequeña muestra del heterogéneo torrente creativo de Elizabeth Bear. Su imaginación desbordante nos enamoró y esperamos que también cautive a los amables lectores que se acerquen a esta insólita recopilación.

La marca de la marea

Calcedonia no estaba construida para llorar. No tenía esa capacidad, a no ser que sus lágrimas fueran frías y afiladas gotitas de cristal templado por el calor infernal que la había dejado mutilada.

Lágrimas como esas podrían deslizarse por su piel sobre los sensores derretidos y caer con un indiferente ruido metálico en la arena. Y si de verdad se hubieran derramado, las habría recogido junto al resto de maltrechas alhajas para sumarlas al tesoro de preciados desechos que pendían de las redes y reforzar así su coraza abollada.

La habrían llamado derrelicto si quedara alguien para llamárselo. Era la última máquina de guerra, una lágrima achatada de tres patas tan grande como un tanque, con dos enormes pinzas y un manipulador de precisión plegado como el pedipalpo de una araña bajo una cabeza en forma de torreta que coronaba su extremo puntiagudo, revestida con una armadura policerámica que parecía una telaraña de cristal irrompible. Abandonada a la deriva por sus lejanos amos, cojeaba por la playa arrastrando un miembro fundido. Estaba prácticamente en ruinas.

Fue en la playa donde conoció a Belvedere.

Las conchas multicolores desenterradas por el reflujo de la marea se desmenuzaban en arenilla húmeda bajo el peso de la extremidad colgante de Calcedonia. Era una de las dos traseras, pero resultaba menos engorrosa sobre la compacta arena. Le servía de pivote y, mientras se mantuviera alejada de las rocas, no encontraba obstáculos sobre los que tuviera que arrastrarla.

Mientras bregaba por avanzar junto a la marca de la marea Calcedonia se dio cuenta de que había alguien observando. No levantó la cabeza. Tenía el chasis equipado con detectores que rastrearon y localizaron automáticamente la figura que se agazapaba junto a la roca erosionada. Tuvo que recurrir a un reconocimiento óptico para escanear la maraña de algas y de madera flotante, de poliestireno y vidrio marino que marcaban el límite de la pleamar.

La observaba desde el fondo de la playa, pero estaba desarmado y sus algoritmos no lo consideraron una amenaza.

Menos mal. Tenía cariño al truncado peñasco de arenisca junto al que estaba acucillado.

Al día siguiente allí estaba de nuevo, observando. A ella le fue bien ese día: encontró una piedra lunar, algunos cristales de roca, un poco de cerámica de color rojo

anaranjado y vidrio de mar que la marea había vuelto opalescente.

—¿Cas cogió?

—Cuentas dejadas por el naufragio —respondió Calcedonia.

El chico había pasado días acercándose con sigilo hasta que se decidió a seguirla como las gaviotas, recolectando las coquinas que la extremidad colgante de Calcedonia desenterraba y metiéndolas en una bolsa de malla remendada. Sustento, supuso ella, y así era, pues el chico cogió de la bolsa uno de los diminutos moluscos y de alguna parte sacó una navaja con el filo roto para abrir la concha. Los sensores de Calcedonia colorearon la navaja de tonalidades claras. Era un arma, pero no representaba una amenaza para ella.

El chico era sin duda habilidoso —giró, chupó y tiró la concha en menos de tres segundos—, pero aquello era poco más que un bocado. Mucho trabajo para tan poca recompensa.

Además de huesudo estaba andrajoso y parecía pequeño para ser un humano. Tal vez era un niño.

Calcedonia pensaba que él le preguntaría «¿qué naufragio?» y entonces ella señalaría con un vago gesto hacia la bahía, donde antes se elevaba la ciudad, y respondería «hubo muchos». Sin embargo, el chico la sorprendió.

—¿Pa qué las coges? —Se limpió la boca con una zarpa llena de arena, la navaja rota sobresalía despreocupadamente de su puño.

—Cuando tenga suficientes voy a hacer collares.

Calcedonia detectó algo bajo una maraña de algas llamadas «dedos de muerto», un destello de luz, así que empezó el laborioso proceso de agacharse para alcanzarlo, al tiempo que iba compensando numéricamente el funcionamiento defectuoso de sus giroscopios.

El presunto niño observó con avidez.

—No, no —dijo—. Deso no taces un collar.

—¿Por qué no? —Descendió un centímetro más, apoyando el miembro fundido. No le preocupaba caerse.

—Vi de que son diferentes.

—¿Y? —preguntó ella, al tiempo que lograba descender otros pocos centímetros más. El sistema hidráulico gimio. Algún día, ese sistema o las células de combustible dejarían de funcionar y se quedaría paralizada en esa postura; una estatua corroída por el aire salado y el mar, con el flujo y el reflujo de la marea lamiendo su cuerpo. Tenía la coraza agrietada y ya no era estanca.

—Que no toas son cuentas.

Calcedonia barrió a un lado los dedos de muerto con el manipulador. Desenterró el tesoro: un trozo de piedra gris azulado que tenía la forma de un hombre gordo y contento. No tenía agujeros. Calcedonia volvió a ponerse derecha con cuidado y giró

la figurita hacia la luz. La piedra estaba estructuralmente intacta.

Del manipulador contrario extrajo un taladro de punta de diamante tan fino como un pelo y atravesó la figurita, de arriba abajo. A continuación la enhebró con un hilo de alambre, anudó los extremos, los endureció y la añadió a la guirnalda de cuentas que le columpiaba sobre el desfigurado chasis.

—¿Y bien?

El supuesto niño rozó el pequeño Buda con la yema de un dedo y la figura comenzó a columpiarse contra la placa de cerámica destrozada. Calcedonia volvió a levantarse despacio, hasta donde él ya no alcanzaba.

—Soy Belvedere —dijo él.

—Hola —saludó Calcedonia—. Soy Calcedonia.

Al atardecer, con la bajamar, el niño se puso a corretear, parloteando a la estela de Calcedonia, trotando como un loco entre bandadas de gaviotas para recoger coquinas a manos llenas, lavarlas en la espuma de las olas y devorarlas crudas. Calcedonia lo ignoró como pudo, activó sus reflectores y concentró el brillo en la marca de la marea.

Tras algunos pasos fatigosos otro tesoro llamó su atención. Era una cadena enrollada con unas pocas cuentas brillantes atrapadas: cristales atravesados por hilos de oro y plata. Calcedonia comenzó el laborioso proceso de recuperación...

Pero se detuvo cuando Belvedere saltó delante de ella, cogió la cadena con una mano mugrienta de uñas rotas y se la arrebató. Calcedonia se quedó paralizada en esa posición, a punto de perder el equilibrio. Estaba ya presta a lanzarse para arrancarle el tesoro al niño y arrojarlo de cabeza al mar cuando Belvedere se puso de puntillas y se lo ofreció, levantándolo por encima de su cabeza cuanto podía. Los reflectores proyectaron la negra sombra del chico sobre la arena, iluminaron cada uno de los pelos de su cabeza y de sus cejas con profundo alivio.

—Más fácil si te las cojo yo —dijo él, al tiempo que el manipulador de Calcedonia se cerraba con delicadeza en torno al extremo de la cadena.

Elevó el tesoro para examinarlo bajo los reflectores. Un segmento bastante largo, de siete centímetros, cuatro cuentas brillantes y coloridas como joyas. Su cabeza chirrió al levantar la cadena y de las juntas cayó una llovizna de corrosión.

Enganchó la cadena en la red que le envolvía el almacén.

—Dame tu bolsa —dijo.

Belvedere se llevó la mano a la empapada red llena de bivalvos crudos que goteaban por su pierna desnuda.

—¿Mi bolsa?

—Dámela. —Calcedonia se acercó, estaba ladeada a causa de su destrozada extremidad pero así y todo le sacaba dos metros y medio al niño. Extendió uno de los manipuladores y de algún archivo en desuso desenterró un protocolo para tratar con

civiles—. Por favor.

Belvedere, con dedos húmedos, se peleó con el nudo, desató la bolsa de la cuerda que empleaba a modo de cinturón y se la ofreció a Calcedonia. Ella la cogió con un manipulador y la levantó. Una muestra reveló que el tejido era algodón y no nailon, así que lo plegó en los dos manipuladores más grandes y envió al contenido un pulso de microondas a baja potencia.

No debería. Aquello agotaba sus baterías, las cuales no tenía forma de recargar, y debía completar una tarea.

No debería... pero lo hizo.

Salió vapor de sus pinzas y las conchas se abrieron de golpe, asándose en su propio jugo y en la humedad de las algas con las que el chico había recubierto la red. Le devolvió la bolsa con cuidado, tratando de que no se perdieran los líquidos por el camino.

—Cuidado —le advirtió—. Está caliente.

El chico cogió la bolsa con cautela y, dejándose caer, se sentó a los pies de Calcedonia con las piernas cruzadas. Cuando retiró las algas, las conchas se extendieron como pequeñas joyas —naranja claro, rosa, amarillo, verde y azul— en su nido de algas verde cristal. *Ulva*, la lechuga de mar. Probó una coquina con prudencia y después se puso a sorber sin pudor, arrojando las conchas en todas direcciones.

—Cómete también las algas —le dijo Calcedonia—. Tienen muchos nutrientes esenciales.

Cuando subió la marea, Calcedonia se retiró playa arriba como un enorme cangrejo encorvado al que le hubieran amputado cinco patas. Recortada contra la luz de la luna parecía tener el caparazón de un escarabajo; los tesoros oscilaban y traqueteaban en la red, castañeteando unos contra otros como piedras sobre la palma de una mano temblorosa.

El chico la siguió.

—Deberías dormir —dijo Calcedonia cuando Belvedere se puso a su lado sobre la suave duna, bajo los acantilados de barro donde no podían llegar las olas.

Él no respondió y a ella la voz se le distorsionó antes de poder volver a hablar con claridad.

—Deberías trepar y salir de la playa. Los acantilados son inestables. No es seguro quedarse debajo.

Belvedere se acurrucó más cerca haciendo un puchero.

—Tú te queas aquí abajo.

—Yo tengo blindaje. Y no puedo escalar. —Dio unos golpes en la arena con la extremidad fundida, balanceando el cuerpo hacia delante y hacia atrás sobre los dos apoyos buenos.

—Pero está rompido.

—Eso no importa. Tienes que subir. —Cogió a Belvedere con ambas pinzas y lo levantó por encima de su cabeza. Él soltó un chillido; al principio Calcedonia tuvo miedo de haberle hecho daño, pero los gritos se convirtieron en risas antes de que lo dejara en un saliente inclinado que llevaba a la cima del acantilado.

Ella iluminó el camino con los reflectores.

—Trepá —le dijo, y él trepó.

Y volvió por la mañana.

Belvedere seguía igual de andrajoso pero con la ayuda de Calcedonia se puso más rellenito. Ella atrapaba y asaba aves marinas para él, le enseñó cómo hacer un fuego y mantenerlo y rebuscó a conciencia en sus extensas bases de datos para tener alguna idea de cómo mantenerlo con salud mientras crecía, a veces casi a ojos vista, fracciones de milímetro cada día. Buscaba y analizaba algas marinas y lo obligaba a comérselas, mientras que él la ayudaba a rescatar tesoros que sus manipuladores no podían agarrar. Algunas de las cuentas que recogían estaban calientes y activaban los detectores de radiación de Calcedonia. No representaban una amenaza para ella, pero por primera vez comenzó a descartarlas. Ahora tenía un aliado humano: su programación exigía que lo mantuviera sano.

Le contó historias. Tenía una extensa biblioteca, llena de historias de guerra y de historias sobre veleros y naves espaciales, que eran las favoritas del chico por alguna razón inexplicable. La catarsis, pensó, y le habló de nuevo de Roland y del rey Arturo, y de Honor Harrington y de Napoleón Bonaparte, y de Horatio Hornblower y del capitán Jack Aubrey. Proyectaba las palabras en un monitor mientras las iba recitando y, con sorprendente presteza, el chico empezó a articularlas con ella.

De esa forma acabó el verano.

Para el equinoccio, Calcedonia había hecho acopio de suficientes recuerdos. La marea seguía llevando joyas naufragadas y Belvedere seguía trayéndole las mejores, pero Calcedonia permanecía junto a su truncado peñasco de arenisca y colocaba encima los tesoros. Trefilaba el cobre que encontraba con una hilera y lo convertía en alambre, enhebraba cuentas en él y forjaba eslabones que encordaba en una guirnalda.

Era una experiencia instructiva. Al principio su sentido estético no estaba desarrollado, de modo que se veía obligada a hacer y deshacer montones de combinaciones de cuentas hasta dar con una bonita. No solo tenían que conservar un equilibrio entre la forma y el color sino que debía tener en cuenta las diferencias estructurales. Para empezar, los pesos eran desiguales así que las cadenas quedaban torcidas. Después eran los eslabones los que se retorcían y quedaban sueltos y tenía que volver a darles forma.

Trabajó durante semanas. Los monumentos conmemorativos habían sido muy

significativos para los aliados humanos, aunque nunca había entendido la lógica detrás de aquello. No podía construir una tumba para sus compañeros, pero los mismos archivos que le dieron las historias que Belvedere bebía poco a poco como un gato lame la leche le descubrieron la joyería funeraria. No tenía recuerdos físicos de sus aliados, ningún resto de pelo ni tela, pero ¿acaso no serían las joyas naufragadas un digno tesoro?

El único dilema era quién se pondría las joyas. Deberían llegar a un heredero, alguien que guardara buen recuerdo de los muertos. Calcedonia conservaba registros de los parientes más cercanos, por supuesto, pero no tenía forma de saber si alguno había sobrevivido y, aun en caso de que estuvieran vivos, no había forma de localizarlos.

Al principio, Belvedere se quedaba cerca y la tentaba para que se uniera a sus caminatas y exploraciones. Sin embargo, Calcedonia permaneció firme. No solo tenía las baterías peligrosamente bajas, sino que con el avance del invierno su capacidad para recurrir a la energía solar se vería limitada. Y con el invierno llegarían también las tormentas y ya no podría escapar del océano.

Estaba decidida a completar su última tarea antes de apagarse.

Belvedere empezó a explorar sin ella, a atrapar él mismo las aves y a traerlas a la hoguera de maderas arrastradas por la marea para asarlas. Eso era positivo; debía ser capaz de mantenerse por sus propios medios. A la noche, sin embargo, regresaba para sentarse con ella y trepaba al truncado peñasco de arenisca para ordenar las cuentas y escuchar sus historias.

El mismo hilo que trabajaba una y otra vez con sus ganchos y con sus manipuladores de precisión —el deber de los vivos de recordar a los caídos con honor— era el que enhebraba las historias de guerra que le contaba al chico, aunque ahora ya no acudía ni a la ficción ni a la historia, sino que le narraba sus propias experiencias. Le habló de cómo Emma Percy rescató a aquel chico cerca de Savannah y de cómo dispararon al soldado Michaels cuando hizo de señuelo para atraer el fuego y cubrir así a la sargento Kay Patterson, sin que los robots de combate pudieran hacer nada porque los habían engañado para que abandonaran su posición en una escaramuza cerca de Seattle.

Belvedere escuchaba y demostró, para sorpresa de Calcedonia, que podía repetir la esencia de la historia aunque no la contara con las mismas palabras. Tenía buena memoria, aunque no tan buena como la de una máquina.

Un día, cuando Belvedere andaba por la playa lejos del alcance de la vista, Calcedonia lo oyó gritar.

Llevaba días sin moverse. Se agazapó en la arena en un ángulo extraño con el miembro inútil escorado en la playa, dejando los collares sin terminar sobre la roca que le servía de improvisado banco de trabajo.

Trozos de piedra, vidrio y alambre se desperdigaron por la roca cuando se lanzó sobre las extremidades que no tenía fundidas. Se irguió como un látigo al primer intento, asombrada, a pesar de que hubo un momento de tambaleo debido a la falta de estabilidad de los giroscopios, que llevaban mucho tiempo estropeados.

Estuvo a punto de desplomarse cuando oyó gritar de nuevo a Belvedere.

Escalar no entraba en la ecuación, pero Calcedonia era aún capaz de correr. Su miembro fundido dejó un surco en la arena a su paso; la marea estaba subiendo, así que no le quedó otra que mojarse con la corrosiva agua del mar.

Rodeó a toda prisa la prominencia rocosa detrás de la cual había desaparecido Belvedere, a tiempo para ver cómo dos humanos más grandes lo tiraban al suelo, uno de ellos blandía un palo por encima de su cabeza mientras el otro sujetaba la bolsa de malla raída de Belvedere. Este dejó escapar un grito agudo cuando el palo le impactó en el muslo.

Calcedonia no se atrevió a usar los proyectores de microondas.

Pero tenía otras armas, incluido un láser de precisión y un arma de fuego de propelente químico apta para disparar a distancia. Los enemigos humanos eran objetivos blandos. Y estos ni siquiera llevaban blindaje.

Enterró los cuerpos en la playa, pues estaba programada para tratar a los muertos del enemigo con respeto, según los protocolos de guerra. En cuanto le puso una férula en la pierna y le curó las magulladuras, Belvedere dejó de correr peligro de muerte inminente, pero Calcedonia consideró que estaba demasiado herido para ser de ayuda. De todos modos, la arena era suave y se podía excavar, aunque no había forma de mantener los cuerpos por encima del agua. No podía hacer más.

Cuando hubo terminado, trasladó a Belvedere de vuelta a la roca y se puso a recoger los tesoros desperdigados.

Belvedere tenía una lesión en los ligamentos y la pierna estaba amoratada, pero no había fractura; sin embargo, cierta terquedad surgida de la lesión le volvió aún mucho más propenso a salirse de los límites en cuanto se sintió algo recuperado. Estuvo de pie en una semana, con la ayuda de unas muletas y arrastrando una pierna tan rígida como la de Calcedonia. Nada más quitarse la férula se lanzó a explorar mucho más lejos. La recién adquirida cojera apenas lo detenía y pasaba las noches fuera. Seguía creciendo, había pegado un estirón y ya era casi tan alto como un marine, y más capaz de cuidar de sí mismo. El incidente con los asaltantes le había enseñado el valor de la prudencia.

En el entretanto, Calcedonia confeccionaba sus collares funerarios. Debía hacer que fueran todos dignos de un camarada caído, pero ahora se veía ralentizada porque no podía trabajar por las noches. El rescate de Belvedere le había costado buena parte

de la energía que con tanto esmero había atesorado y no podía encender los reflectores si pretendía acabar antes de que se le agotaran las baterías. Podía «ver» a la luz de la luna, con absoluta precisión, pero su visión térmica y para luz escasa no servía de nada cuando se trataba de armonizar colores.

Habría cuarenta y un collares, uno para cada miembro de su antiguo pelotón y no iba a conformarse con unas piezas de artesanía mal hechas.

Por deprisa que trabajase aquello era una carrera contra el sol y la marea.

Terminó el cuadragésimo collar en octubre, cuando los días se iban haciendo más cortos. Empezó el cuadragésimo primero, el dedicado a la sargento Patterson, el que tenía el Buda azul grisáceo al final, antes del amanecer. Llevaba días sin ver a Belvedere, pero eso le parecía aceptable. No iba a terminar el collar esa noche.

La voz de Belvedere la despertó de la quietud en la que esperaba la salida del sol.

—¿Calcedonia?

Algo estaba llorando cuando se despertó. «Bebé», determinó, pero la mancha de calor entre los brazos de Belvedere no era un bebé. Era un perro, un cachorro, un pastor alemán como los que habían formado equipo con los adiestradores que alguna vez habían trabajado en la Compañía L. Los perros nunca se habían sentido incómodos en presencia de Calcedonia, pero algunos de los adiestradores sí que le tenían miedo, aunque no lo admitieran. Una vez la sargento Patterson le había dicho a uno: «Pero si Calce no es más que una enorme perra de presa» y después, con mucho teatro, había rascado a Calcedonia por detrás de las miras telescópicas para tremenda risa de todos.

El cachorro estaba herido. Las heridas derramaban calor por toda la pata trasera.

—Hola, Belvedere —dijo Calcedonia.

—He encontrado un cachorro. —Aplanó la arrugada alfombra con el pie para poner al perro en ella.

—¿Vas a comértelo?

—¡Calcedonia! —exclamó él con brusquedad, y rodeó al animal entre sus brazos con un gesto protector—. Está herido.

Ella reflexionó.

—¿Quieres que lo cure?

Él asintió, ella meditó. Necesitaría luces, energía, provisiones insustituibles. Antibióticos y coagulantes y productos quirúrgicos, e incluso así el animal podría morir. Pero los perros eran valiosos; sabía que los adiestradores los tenían en mucha estima, incluso en más que la que la sargento Patterson le tenía a Calcedonia. Y guardaba en su biblioteca archivos sobre medicina veterinaria.

Encendió los reflectores y accedió a los archivos.

Terminó antes del amanecer, antes de que las células se agotaran. Por los pelos.

Cuando el sol se alzaba ya en el cielo y el cachorro respiraba tranquilamente, ya cosido el corte del anca y con el torrente sanguíneo inundado de antibióticos, retomó el último collar. Tendría que trabajar deprisa y el collar de la sargento Patterson contenía las cuentas más frágiles y bonitas, las que más miedo tenía Calcedonia de romper y que por tanto había dejado para el final, cuando tuviera más experiencia.

Sus movimientos se fueron haciendo más lentos a medida que avanzaba el día, más trabajosos. El sol no le daba suficiente energía para recargar el gasto de la noche anterior. Sin embargo, una cuenta tras otra fue creciendo el collar: trozos de peltre, de cerámica, de vidrio y de nácar. Y el Buda de calcedonia, pues la sargento Patterson había sido la operadora de Calcedonia.

Cuando el sol alcanzó el cenit Calcedonia pudo trabajar más rápido, aprovechando ese impulso de energía. El perro dormía bajo su sombra, tras haber devorado los restos de un pájaro que le había dado Belvedere. Él, por su parte, trepó por la roca y se agachó junto a la pila de collares terminados.

—¿Pa quién es ese? —preguntó, tocando aquella floja largura colocada sobre el manipulador.

—Kay Patterson —respondió Calcedonia, añadiendo una cuenta de cerámica marrón verduzco moteada como un uniforme de combate.

—Sir Kay —dijo Belvedere. Le estaba cambiando la voz y a veces le abandonaba por completo en mitad de una palabra, pero aquellas las dijo de un tirón—: Era jefe de cuadras del rey Arturo y su hermano adoptado, y guardaba los robots de combate de Arturo en el establo —dijo, orgulloso de su memoria.

—Eran Kays diferentes —le corrigió—. Tendrás que irte pronto. —Metió otra cuenta en la cadena, cerró el eslabón y endureció el metal con su manipulador de precisión.

—Pero tú no puedes salir de la playa. No puedes escalar.

Con aire distraído, Belvedere cogió un collar, el de Rodale, y lo estiró entre sus manos de forma que las cuentas atraparon la luz. Los eslabones tintinearón con suavidad.

Belvedere permaneció sentado con ella mientras el sol descendía y ella volvía a moverse con más lentitud. Calcedonia ya trabajaba casi en exclusiva gracias a la energía solar. Con la llegada de la noche, se quedaría estática de nuevo. Cuando llegaran las tormentas las olas romperían sobre ella y después ni siquiera el sol podría despertarla de nuevo.

—Tienes que irte —sentenció Calcedonia, con las pinzas inmóviles sobre la cadena casi terminada. Y entonces mintió y dijo—: No te quiero aquí.

—¿Este pa quién es? —preguntó él. Abajo, en la playa, el cachorro levantó la cabeza y gimió.

—Garner —respondió, y entonces le habló de Garner, de Antony y de Jávez, de

Rodríguez y de Patterson, de White y de Wosczyzna, hasta que ya estaba tan oscuro que le fallaron la voz y la visión.

Por la mañana Belvedere dejó la cadena de Patterson terminada en las pinzas de Calcedonia. Debía de haber trabajado en la oscuridad a la luz del fuego.

—No pude endurecer los eslabones —dijo, estirándolos sobre sus pinzas.

Ella se encargó de eso, en silencio, uno por uno. El cachorro estaba a sus pies, olisqueando la base de la roca y ladrando a las olas, a los pájaros, a un cangrejo que se escabullía. Cuando Calcedonia hubo terminado, estiró una extremidad y colgó el collar alrededor de los hombros de Belvedere mientras él se quedaba muy quieto. Un suave vello le bajaba por las mejillas. Entre los marines, los hombres se rasuraban el suyo hasta que las tenían lisas y a las mujeres no les crecía vello facial.

—Deciste que esa era para sir Kay. —Levantó la cadena en las manos y examinó la forma en la que el vidrio y las piedras atrapaban la luz.

—Es para que alguien la recuerde —dijo Calcedonia. Esta vez no lo corrigió. Cogió los otros cuarenta collares. Todos juntos pesaban. Se preguntó si Belvedere podría llevarlos todos—. Así que recuérdala. ¿Sabes para quién es cada uno?

Uno a uno los nombró y uno a uno ella se los fue pasando. Rogers, Rodale, Van Metier y Percy. Belvedere extendió una segunda manta (¿y de dónde había sacado otra manta? Quizá del mismo lugar de donde había sacado al perro) y los puso uno al lado del otro sobre la lana de color azul marino.

Centellearon.

—Cuéntame la historia de Rodale —dijo ella, acariciando el collar con su pinza.

Y él la contó, a su manera, una mezcla de la de Oliver y la de Roland. Así y todo, por la forma en la que la contó resultó una historia bastante buena. Al menos en la medida en la que ella supiese valorarla.

—Coge los collares —dijo—. Cógelos. Son joyería fúnebre. Dáselos a la gente y cuéntales las historias. Son para gente que recuerde y honre a los muertos.

—¿Dónde voy a encontrar a toa esa gente? —preguntó, cruzándose de brazos—. En la playa no.

—No —respondió ella—, aquí no. Tendrás que ir a buscarlos.

Pero él no quería dejarla. Belvedere y el perro siguieron recorriendo la playa de arriba abajo mientras el tiempo se iba haciendo más frío. Calcedonia dormía cada vez más tiempo, cada vez más profundamente; el bajo ángulo del sol no calentaba lo bastante para despertarla salvo a mediodía. Llegaron las tormentas y como el oleaje rompía en la roca truncada, el agua salada le iba volviendo rígidas las juntas aunque sin corroerle el procesador. Aún. Ya no se movía y rara vez hablaba, incluso durante el día, y Belvedere y el cachorro usaban su coraza y la roca para resguardarse, de modo

que el humo de los fuegos empezó a oscurecerle la tripa.

Calcedonia estaba acumulando energía.

A mitad de noviembre logró la suficiente, así que esperó y habló con Belvedere cuando regresó con el cachorro de sus vagabundeos.

—Tienes que irte —le dijo, y en cuanto él abrió la boca para protestar, añadió—: Ya es hora de que hagas como un caballero andante.

El chico se llevó la mano al collar de Patterson, que llevaba al cuello enrollado en dos vueltas, debajo del andrajoso abrigo. Belvedere le había devuelto los otros, pero ese había sido un regalo.

—¿Caballero andante?

Con un chirrido y una llovizna de corrosión cayendo de sus juntas, Calcedonia alzó los collares por encima de la cabeza de Belvedere.

—Tienes que encontrar a sus dueños.

Belvedere desatendió esas palabras con un movimiento brusco de la mano.

—Están muertos.

—Los guerreros están muertos —replicó ella—. Pero no las historias. ¿Por qué salvaste al perro?

Él se pasó la lengua por los labios y tocó otra vez el collar de Patterson.

—Porque tú me salvaste. Y me contaste historias. Sobre buenos y malos combatientes. Y Percy habría salvado al perro, ¿verdad? Igual que Hazel-rah.

Emma Percy, Calcedonia estaba bastante segura, habría salvado al perro si hubiera podido. Y Kevin Michaels habría salvado al chico. Le ofreció los demás collares.

—¿Quién va a proteger a los demás niños?

Él la miró fijamente, retorciéndose las manos.

—No puedes escalar.

—No. Tienes que hacer esto por mí. Encontrar a gente para que recuerden las historias. Encontrar a gente a la que hablarle de mi pelotón. No sobreviviré al invierno. —Tuvo un momento de inspiración—. Por eso te doy esta misión, sir Belvedere.

Las cadenas colgaban centelleantes bajo la luz invernal, con el mar gris y encrespado de fondo.

—¿Qué clase de gente?

—La que ayudaría a un niño —dijo—. O a un perro herido. Gente como la que formaría parte de un pelotón.

Belvedere hizo una pausa. Alargó un brazo, acarició las cadenas, dejó tintinear las cuentas. Dobló ambas manos y las introdujo en los collares, llenándose hasta los codos, recogiendo la carga de Calcedonia.

Amor en el talud

No es posible mantener a una princesa encerrada en una torre. No si la princesa no tiene hermanos y debe aprender el arte de gobernar, de la danza, de la equitación, de los venenos y pociones y del paso de armas para convertirse en regente cuando llegue el momento.

Pero hay otra posibilidad.

En la tierra del imperio reluciente, en una pequeña provincia al norte de la ciudad de Mesalina y más allá del gran desierto de sal, vivía una princesa de nariz respingona con su madre, Hoelun Katún, la reina viuda. La princesa —llamada, por cierto, Nilufer— era alta y espigada como un mástil de marfil, y aunque debido a la práctica de tiro con su largo arco de roble blanco era ancha de hombros, algo no del gusto de la época, su dote compensaría sin duda cualquier falta de belleza detectable. Tenía el pelo liso y negro, tan suave y frío como el agua, e incluso cuando no cabalgaba con sus hombres de armas, vestía faldas guateadas con abertura y acolchadas túnicas de tablas hechas de raso, todas de color jade y esmeralda, negro y carmesí, adornadas con bordados de crisantemos en blanco y oro.

A la princesa no le hacía falta torre alguna porque ella misma era una torre, una fortaleza tan segura como las montañas junto a las que había crecido, su fría reserva y sus burlonas miradas de ojos entornados las almenas de una virginidad glacial.

Su provincia comprendía estribaciones y también aquellas montañas, llamadas Estelas del Cielo. Y aunque las tierras de labranza no se caracterizaban por el verdor natural, eran ricas en minerales. En las elevaciones moderadas las antiguas terrazas en pendiente habían sido convertidas en cenagosos arrozales de muros bajos que estaban aquí y allá salpicados por infelices bueyes. En esas tierras se afanaban las mujeres, dobladas bajo sus sombreros de paja, impasibles ante la vegetación fermentada y las viscosas sanguijuelas que se les pegaban en sus nervudos gemelos. Más arriba los campos daban paso a pedregosas pendientes. Y en lo más profundo de las escarpadas y altas montañas se abrían las alimenticias bocas de las minas.

Dichas minas no las trabajaban los humanos; los mineros eran taludes, enormes rocas vivientes con grandes bocas capaces de moler las piedras. Los taludes consumían por igual minerales, rocas plutónicas y metamórficas (por lo general hallaban las areniscas, pizarras, esquistos y lutitas faltas de sabor y nutrientes, pero las roían de todos modos para tener más alimento) y excretaban arena y lingotes irregulares de metal refinado.

Las rocas vivientes eran mansas, imperturbables, indiferentes a la vida humana, aunque a veces se producían pérdidas entre los pastores de taludes cuando estos molían sus vastas e inertes cargas, en parte o en su totalidad, encima de sus cuidadores. Eran pacíficos, no obstante, mientras pastaban la piedra y sus cuidadores a menudo se reclinaban contra sus rugosos costados para disfrutar de las relajantes vibraciones que producían sus mollejas al moler, pues estaban hechas de las piedras

más duras. Y eso quiere decir carborundos —rubís y zafiros— y a veces diamantes, pulidos por el continuo desgaste hasta que alcanzaban el lustre de las joyas pulimentadas o de los cantos rodados.

Naturalmente era preciso sacrificar al talud para extraer esas piedras, así que se hacía solo con los taludes de granja. O en tiempos de penurias económicas o de gastos imprevistos. O para pagar el diezmo al Gran Kan, el kan de kanes, larga vida tenga, quien había conquistado la provincia de Nilufer y asesinado a su padre y a su hermano cuando ella aún estaba en el vientre de su madre.

Antes del Gran Kan no había habido paz. Ahora las provincias en guerra ya no podían combatir más y los bandidos no eran libres de revolver entre los botines conquistados como cuervos de batalla. Bajo la paz del kanato y la protección de los imperios del Gran Kan los señores de los bandidos solían estar casi siempre controlados.

Así que estaban desesperados, y además nunca habían sido quisquillosos. Cuando veían a uno de los taludes lo mataban y desollaban para obtener joyas, oro y acero.

Como ya se ha dicho, la princesa de aquellas tierras no tenía hermanos y la katún, que consideraba inoportuno mantener confinada a su única hija hasta el matrimonio (como es la costumbre de los guardianes excesivamente celosos en cualquier época), prefirió prepararla para un futuro aterradoramente definido y rodearla de los mejores hombres de armas de sus tierras. En la princesa y en su tropa de arqueros y espadachines recaía, no por casualidad, la tarea de contener a las hordas de bandidos.

Eso sí, los bandidos, como es de imaginar, tradicionalmente no habían estado bien organizados. En los últimos años, sin embargo, habían caído bajo la influencia de un nuevo líder, un atractivo hombre de fuertes extremidades del que algunos contaban que había sido un humilde pastor de taludes en su juventud, y de quien otros decían que era un *khanzadeh*, un hijo del Gran Kan, o el hijo escondido de uno de los enemigos derrotados del Gran Kan, que eran muchos. Con el tiempo, agrupó a las distintas tribus bajo el mismo estandarte negro y las enseñó a emplumar sus flechas con plumas negras.

Si era o no el nombre que le pusieron en el portabebés, nadie lo sabía, pero él se llamaba a sí mismo Temel.

Decir que Nilufer no podía ser encerrada en una torre implica injustamente que ella no moraba en una y eso, por supuesto, sería falso. El palacio de su madre tenía muchas torres y una de ellas —la más alta y más blanca de todas— era solo para Nilufer. Como ya se ha mencionado, la provincia de la katún era pequeña, apenas unas pocas planicies amplias y algunos estrechos valles, así que no necesitaba más de un palacio. Pero como se ha dicho también, la provincia de la katún era rica, el

palacio lujoso y próspera la corte que lo habitaba.

Nilufer, como corresponde a una princesa que algún día sería reina, albergaba a su propia corte en sus aposentos, contiguos a los de la corte de su madre. Una parte del séquito lo formaban acompañantes nombrados por la katún —un tutor de letras, un tutor de ciencias, un tutor de asuntos de estado y tesorería; un maestro de danza; un maestro de halcones, caballos y perros de caza; un par de carabinas (una que era vieja y olía a leche agria de yegua, la otra de mediana edad y severa); tres monjas guerreras que habían sobrevivido después de que el Gran Kan incendiara su convento hacía diecisiete años y que por eso entraron al servicio de la katún— y otra parte lo componían los pocos sirvientes y damas de compañía de Nilufer, a ninguno de los cuales llamaba amigo.

Y también, claro, estaba la bruja, que iba y venía, que profetizaba, comía y dormía cuando se le antojaba, como un gato cualquiera.

En las noches de verano, buscando aparearse, el talud se escabullía de las minas para cantar siniestras melodías similares a los plañidos del vidrio mojado. Nilufer, si no estaba haciendo otra cosa, las oía desde la ventana de su torre.

A veces contestaba, sacándole satinadas melodías al hueso blanco de su flauta de caña. A veces incluso tocaba para ellos en la que estaba hecha de plata.

Ya avanzada la mañana de cierto día de primavera, Nilufer se apartó de la ventana que miraba al valle rocoso desde seis pisos de altura. El sol apenas empezaba a alcanzar los picos blancos de las montañas, aunque el crepúsculo gris había dado bastante luz durante horas. Nilufer ya había salido a cabalgar esa mañana con los hombres de armas y las tres monjas y había practicado con su arco tirando sobre unos postes y sobre un grupo de bandidos con ropajes negros, de los que había matado a cuatro de siete.

Ahora, vestida cómodamente con ropajes sueltos protegidos por un guardapolvo con mangas remangadas, se hallaba frente a un caballete; ignorando el largo pincel de bambú claro con la punta mojada de fuerte tinta negra que llevaba en la mano derecha, se concentraba en examinar el soporte. El papel era grueso, absorbente. Suave pero no brillante. Absorbería bien la tinta pero podría correrse.

Era adecuado para el arte, para una acuarela o un paisaje montañoso donde podría valer una cierta vaguedad e insinuación brumosa, pero para los trazos de un hechizo o de una carta diplomática habría escogido un papel con una fina capa de arcilla, para que las líneas se mantuvieran firmes.

Nilufer se volvió a la bruja, disparando la mano derecha hacia el papel de forma inconsciente.

—¿Estás segura, anciana?

La bruja, encorvada junto al fuego sobre un taburete bajo a pesar de que era un día templado, levantó la cabeza, de forma que sus trenzas ásperas y grises se deslizaron por la abigarrada mezcla de plumas y pelo de sus charreteras. La capa bajo la que se arrebujaba podría llamarse gris, pero eso era como mucho una aproximación. Más que de gris se componía de retazos de marrón grisáceo, tostados, grises y platas, con trozos de lana tejidos a mano y de pelo de conejo y zorro cosidos unos con otros, de modo que la bruja parecía una roca de granito cubierta de líquen.

La bruja dejaba ver unos dientes mellados con manchas de té cuando sonreía. Nunca estaba segura.

—Escríbeme un hechizo de amor —dijo.

—La tinta es demasiado fina —respondió Nilufer—. La tinta es demasiado fina para el papel. Se correrá.

—La calidad del papel es irrelevante para tu propósito —dijo la bruja—. Has de usar las herramientas que tengas a mano lo mejor que sepas, pues así es como edificarás tu vida, alteza.

Nilufer no regresó a la ventana ni a su caballete, aunque el sol había rebasado ya las cumbres a su espalda y una luz oblicua teñía el valle.

—No quiero hacer un hechizo. No hay hombre que me interese que me ame, anciana.

La bruja hizo un ruido grosero y se volvió hacia el fuego, con los párpados entornados sobre unos ojos que habían dado la impresión de estar velados cuando los iluminaron los polvorientos rayos de luz.

—Tendrás que saber hacerlo cuando seas katún y estés casada. Será conveniente que domines el amor entonces, alteza.

—No me casaré por amor —dijo la princesa, fría y serena como las montañas que se elevaban a su espalda.

—El amor de tu marido no es el único amor que te será conveniente dominar cuando seas katún. Escribe el hechizo.

La bruja no levantó la mirada de la rejilla. La princesa no dijo «pero no quiero ser katún».

Habría sido un gasto de palabras innecesario.

Nilufer volvió al caballete. La tinta había salpicado el papel cuando le dio aquel meneo brusco al pincel. Las desperdigadas gotitas estaban allí diseminadas como el hollín sobre una roca de cuarzo.

La princesa no dormía sola; la realeza no disfrutaba del privilegio de la privacidad. Pero tenía una cama ancha y blanca para ella sola, con las sábanas y el cobertor de plumas cuidadosamente doblados sobre los tablones, con una névea colcha sobre la que contrastaba su pelo oscuro y su marfileño rostro. Estaba tumbada de espaldas, los brazos cruzados, serena como en el sueño o en la muerte. La carabina más vieja

dormía en un catre dispuesto al este de su cama y la más joven e inflexible de las monjas guerreras al oeste. Una dama de compañía dormía de pie.

El cabecero de la cama se apoyaba contra la pared, a varias zancadas de la ventana junto a la que estaba el caballete de Nilufer.

Fue por la ventana —no la noche del día en el que la princesa discutió con la bruja, sino otra, cuando las noches eran más templadas— por donde llegó el bandido Temel. Escaló la torre como siempre han llegado los príncipes a sus damas, subiendo por una cuerda blanca de seda con nudos a cada brazo de distancia para dejarse un lugar en el que descansar los pies y las manos. Pasó sigilosamente por el alféizar de la ventana y se acurrucó junto al muro, con las manos enguantadas extendidas como arañas.

Había tenido la previsión de ir de blanco, con una capucha y una máscara que le cubrían el pelo y todo el rostro menos los ojos, de forma que prácticamente no se le veía contra la pared de mármol.

Las guardianas ni se movieron. Pero Nilufer se incorporó, oscura en su níveo lecho, el cabello un arroyo frío sobre los hombros y los pechos como lunas llenas bajo la seda del camisón, y cogió aire para gritar. Y entonces se detuvo, ahogando el grito, y se giró primero al este, después al oeste, donde dormitaban sus acompañantes.

Dejó salir el aire.

—Eres un brujo —dijo ella, sacando los pies de debajo de la colcha. Se le arquearon las plantas al contacto con la fría piedra del suelo; de ser por la mañana, sus damas se habrían arrodillado junto a la cama para calzarla. Desdeñando las zapatillas, se levantó.

—No soy más que un bandido, princesa —respondió, y se incorporó para hacer una burlona reverencia.

Cuando levantó la cabeza miró, más allá de la punta de una flecha con forma de media luna, pasado el astil, a los ojos negros e inmóviles de Nilufer, debidamente dirigidos hacia la garganta del joven en lugar de a su rostro. Ella no lo vio mover ni un músculo —imposible a la luz de aquella luna—, pero él sí sintió un temblor en los párpados, ardor en las mejillas, una contracción aguda entre los omóplatos.

—Pero has embrujado a mis mujeres.

—Cualquiera puede hacer un hechizo —le respondió con modestia y después continuó—: y he venido a traerte un regalo.

—Me dan igual tus regalos. —Nilufer era fuerte. No le temblaron los brazos, que emergían de las aberturas del camisón tan rectos y blancos como su arco, aunque aquella era un arma asesina y no un mero juguete para una chica.

La sonrisa del bandido era visible incluso a través de la seda blanca de su máscara.

—Este te gustará.

No hubo respuesta. Ella tenía la cabeza y el cuello erguidos. Él podía ver, incluso bajo la luz de la luna, cómo a ella se le emblanquecían las desprotegidas puntas de los

dedos con los que agarraba la cuerda. Seis milímetros de carne inmóvil era todo lo que impedía su muerte.

Él se humedeció los labios, mojando la seda.

—Quizá solo vine a ver a la mujer que un día será Nilufer Katún.

—No quiero ser katún —replicó Nilufer.

—¿Para qué otra cosa vales? —se mofó el bandido.

Nilufer alzó los ojos a la altura de los suyos. No era lo que las mujeres hacían con los hombres, pero ella era una princesa y él solo un bandido. Señaló con la mirada detrás de su hombro, al caballete junto a la ventana en el que se extendía un trozo de papel para que se secara durante la noche. El resultado de los esfuerzos del día —el ideograma para «cimientos»— estaba dibujado con unos trazos mucho más firmes que los que habían formado la palabra «amor».

—Quiero ser bruja, una bruja y no una reina. No deseo ser amada sino sabia. Dile a tu señor de los bandidos que si me puede dar eso quizá acepte su regalo.

—Solo tú puedes darte eso, alteza —respondió él—. Pero yo puedo ofrecerte una huida.

Abrió la mano y un trozo de papel doblado en forma de pájaro se escurrió del guante. Puede que la cuerda se aflojara un poco en las puntas de los dedos de Nilufer, pero la flecha no voló.

El bandido esperó a que el pájaro se posara sobre suelo de piedra antes de concluir:

—Y el señor de los bandidos, como tú lo llamas, ha oído tus palabras de esta noche.

Entonces sí tembló la flecha, aunque ella la estabilizó y la apuntó de nuevo hacia la garganta del intruso.

—Temel.

—Para servirla, alteza.

Las plumas de la flecha se agitaron con el aliento de Nilufer. Él retrocedió y ella se adelantó. El arpeo rechinó sobre la piedra y, antes de que ella se diera cuenta, el bandido estaba ya sobre el alféizar y luego bajando, casi en silencio salvo por el aleteo de la escurridiza seda blanca.

Nilufer se acercó a la ventana y se quedó allí parada, con la cuerda del largo arco de roble blanco cerca de su nariz y de sus labios de capullo de rosa, el brazo izquierdo firme, los músculos de su brazo derecho flexionados hasta marcar los tirantes tendones bajo su piel. La luz de la luna argentaba cada pelo erizado de su ebúrneo cuerpo como escarcha sobre el vellosa tallo de una planta. La punta de la flecha siguió al príncipe bandido hasta que desapareció entre las sombras de las montañas. Solo entonces Nilufer relajó el arco, dejó la flecha en el carcaj —las mujeres seguían durmiendo— y se agachó para coger el pájaro de papel.

Un papel rojo, rojo como la sangre, resbaladizo y tan duro que crujía en los pliegues. En las alas, con tinta negra, estaba escrita la palabra mágica para «huida».

Soplándose los dedos, escocidos de sostener la flecha con tanta firmeza, volvió a la cama.

Por la mañana, la caravana del Gran Kan llegó para recoger el diezmo. El emisario del Gran Kan era un hombre ascético con bigote y el pelo encanecido en las sienes. La bruja dijo que él y el Gran Kan habían crecido juntos, cabalgando sobre ponis en las estepas.

Hoelun Katún lo dispuso todo para que el emisario pudiera observar la matanza de los taludes, de cuyas entrañas se recogería el tributo, como regalo. No había duda de que Nilufer también acudiría.

Marcharon sobre el anciano elefante de la katún; una extravagancia en aquella árida parte de las montañas, pero una que una provincia rica podía permitirse por el estatus que otorgaba.

Un palanquín de seda y mármol proporcionaba sombra y Nilufer pensó amargamente que el emisario era ciego a cualquier clase de ironía, pero su rostro se mantuvo inexpresivo bajo la capa de pintura blanca mientras el abanico de plumas se movía en su mano. Los colmillos del elefante estaban recubiertos de rubíes y de platino, un metal poco común tan impermeable al fuego que incluso un horno de fundición no derretiría el mineral. Solo los taludes podían refinarlo, aunque una vez que lo excretaban era maleable y podía trabajarse con facilidad.

Mientras el elefante viajaba, Nilufer trató con el emisario. Sabía que la observaba con ojos calculadores, pero no pensaba que fuera codicioso. Más bien sospechaba que quizá esta vez el tributo exigido sería algo más que mero oro y piedras, y el corazón le latió más fuerte debajo de la fresca seda verde de sus vestiduras. Aunque un torrente de sangre le ardió en los oídos se sentía tan fría como la seda o como las joyas pulimentadas por los taludes.

El elefante cubrió la distancia con rapidez. Más temprano que tarde llegaron al lugar del sacrificio y los sirvientes que los habían seguido en asnos levantaron tortas y granizados y los pusieron sobre la alfombra que cubría el lomo del elefante.

A pesar de su tamaño y su fuerza, la matanza del talud resultó fácil. Podían atraerlos de un sitio a otro dejando rastros de antracita en polvo mezclada con aceite mineral; los pastores de taludes usaban la misma mezcla para dirigir sus cargas a las caras de las rocas que querían minar. Y así la bestia escogida para el sacrificio era guiada a la superficie y separada de las demás. Un maestro cantero, con un oficial y dos aprendices, se acercaba al talud mientras este pastaba y calculaba la ubicación de algunos puntos anatómicos vulnerables. Con la ayuda del oficial, el cantero colocaba una puntiaguda barra de uña de un metro ochenta de longitud, que los fornidos aprendices, con golpes rápidos de sus almádenas, insertaban en el corazón —si es que una palabra así puede ser apropiada para un constructo hecho de piedra— del talud, de forma que la bestia moría casi al instante.

Era un procedimiento peligroso, más en el caso del oficial —casi atrapado entre la roca y los martillos, por así decirlo— que en el del maestro o los aprendices. Los canteros solían esforzarse por dar una muerte rápida y limpia, tanto por su propia seguridad como por clemencia hacia la bestia. (Los bandidos eran menos humanos en sus métodos, como sabía Nilufer, pero ellos también conseguían el mismo objetivo). La princesa lamió los cristales de hielo y el azúcar de remolacha a través de su pajita de junco y contempló la muerte del talud.

Durante el camino de vuelta el emisario hizo su oferta.

Nilufer buscó a Hoelun Katún en su salón, después de que el emisario hubiera sido agasajado durante la cena, una vez que el sol ya se había puesto.

—Madre —dijo, extendiendo los brazos de forma que las mangas largas y abiertas de su manto volaron como pálidas alas doradas a su alrededor—, ¿me enviarás a Karakórum?

La posibilidad latía en su pecho; implicaría un viaje peligroso, por tierra con una caravana. Significaría una boda con Toghrul Khanzadeh, el sexto hijo del Gran Kan, a quien Nilufer nunca había visto. Se decía de él que era un jinete mediocre, un general poco más que aceptable, que estaba lejos de ser el hijo predilecto del Gran Kan y que era muy poco probable que resultara elegido como kan de kanes después de su padre.

Pero la oferta había sido para un matrimonio consorte, no un concubinato morganático. Y puesto que era poco probable que Toghrul Khanzadeh fuese a convertirse en Gran Kan, era doblemente improbable que cuando su padre muriera sus hermanos quisieran cortar su tronco y ramas familiares para impedir esa posibilidad.

Hoelun Katún se levantó de sus cojines, en su mano derecha sujetaba una taza de porcelana bordeada en oro de la que emanaba un té aromático. Avanzó por entre sus acompañantes, despachándolos con un reguero de gestos hasta que solo quedó la bruja, desplomada como un peñasco desgredado que roncaba suavemente delante del brasero.

Se oían ecos en el salón cuando se quedaba vacío. La katún caminó por él, con la espalda tan recta como los muchos pilares que sostenían el techo arqueado que las cubría. Nilufer se puso a caminar a su lado, de modo que sus pasos coordinados repiquetearon y sus pies susurraron sobre las baldosas.

—Toghrul Khanzadeh vendría aquí si te casaras con él —dijo la madre de Nilufer—. Vendría aquí y te gobernaría como marido. Es lo que el Gran Kan quiere para él: un lugar seguro para un hijo débil.

Nilufer deseaba mojarse los labios con la lengua, pero la pintura le mancharía los dientes. Trató de pensar en cómo sería aquello, el estar casada con un hombre débil. No podía imaginárselo.

Se dio cuenta de que no tenía mucha experiencia con hombres.

Pero Hoelun Katún volvió a hablar de nuevo cuando llegaron al final del salón y se dieron la vuelta.

—No te casarás con Toghrul Khanzadeh. No es posible.

Los espacios entre las columnas eran espacios en blanco. Los pasos de Nilufer los cerraban por delante y los abrían por detrás mientras caminaba junto a su madre y esperaba a que encontrara las palabras.

Hoelun Katún caminó más despacio.

—Hace diecisiete años hice un trato con el Gran Kan. Diecisiete, antes de que nacieras. Un trato que ha mantenido nuestra provincia libre, Nilufer. Hice lo que pidió y como pago él se comprometió a que solo tú gobiernes cuando yo no esté. Tienes que casarte, pero no es posible que te cases con su hijo. Con ninguno de sus hijos.

Nilufer llevaba una máscara por rostro. Las enseñanzas de su madre lo hacían posible; otra ironía que nadie salvo ella captaría nunca.

—No pretende cumplir el trato.

—Pretende proteger a un hijo débil. —Hoelun Katún echó un rápido vistazo a su hija a través de sus pestañas entornadas—. Los padres están dispuestos a llegar muy lejos para proteger a sus hijos.

Nilufer dejó escapar un sonido evasivo. Hoelun Katún agarró la manga de Nilufer, ignorante del papel que se arrugaba en el bolsillo. Dijo, con demasiada premura:

—Temel podría alzarse como kan.

Nilufer echó una mirada por encima del hombro a la bruja, pero seguía durmiendo. Estaban solas, la princesa y su madre.

—¿Kan de kanes? —preguntó Nilufer con demasiada afectación como para que sonase incrédula—. Temel es un bandido.

—No importa —dijo Hoelun Katún, dejando que la seda del atuendo de Nilufer se le escurriera entre los dedos—. Dicen que el kan fue un príncipe de los bandidos en su juventud.

Hoelun Katún se dio la vuelta y Nilufer vio cómo su recta espalda se alejaba bajo la torre lacada en negro de su pelo. La princesa cruzó los brazos bajo las mangas de sus vestiduras, en apariencia de serenidad.

Dentro de la izquierda, las alas arrugadas del pájaro rojo le pinchaban la palma derecha.

Aquella noche, en la torre, Nilufer desdobló el hechizo-pájaro en la oscuridad mientras sus acompañantes dormían. Durante un apresurado y desasosegante momento sus vestiduras nocturnas la envolvieron y creyó que podría ahogarse bajo el peso acolchado, pero entonces abrió sus alas y se liberó, volando lejos de la pila de

ropa sucia y hacia la noche helada.

Sus alas eran un borrón en la oscuridad mientras un brillo danzante la guiaba; lo persiguió y bajó tras él, sobre los arrozales donde unos niños insomnes vigilaban las tiernas plántulas, armados con palos y piedras para que los ciervos salvajes no pastaran de ellas; en el pueblo los bueyes dormían de pie y los hombres con las cabezas reposadas sobre los regazos de las hilanderas; en las minas estaban los pastores de taludes casi todos en duermevela, pues los taludes trabajaban por la noche, machacando repetitivamente sus siniestras canciones.

Fue hacia las montañas que la guio y cuando lo siguió en la bajada Nilufer descubrió que había perdido las alas. De haberlo esperado podría haber aterrizado ligeramente, puesto que la caída era de muy pocos metros. Sin embargo tropezó y se magulló las plantas de los pies en las piedras.

Quedó desnuda bajo la luz de la luna, fría, con sangre en los dedos de sus pies, en medio de una pendiente rocosa. Una suave vibración rechinante reveló que el objeto musgoso que se alzaba junto a ella en la oscuridad era un talud. Ella extendió una mano, tanto para estabilizarse como para evitar que la bestia rodara sobre ella en la oscuridad, y así fue como sintió el dulce y maravilloso repique que surgió del talud cuando este empezó a cantar. Aún faltaba un poco para la época de apareamiento, pero quizá la fresca primavera le hacía temer al talud la llegada de un invierno frío y temprano, con un suelo demasiado congelado para que las crías pudieran roerlo.

Y por encima del sonido de su canción oyó una voz conocida, pues el príncipe bandido habló tras ella.

—¿Dónde está tu arco ahora, Nilufer?

Pensó que quizá él creyese que ella iba a ahogar un grito y cubrir su desnudez, así que cuando se dio la vuelta lo hizo despacio, rozando con sus dedos la superficie de la mole que rompía el viento helado. Temel la había acechado y estaba a solo a unos pocos brazos de distancia, con una mano extendida que le ofrecía una capa forrada de pieles. Ella se fijó en la forma en la que las pieles atrapaban el brillo ambarino y dorado bajo la luz de la luna. Pieles de lobo.

—Cógela —le dijo.

—No tengo frío —respondió ella al tiempo que la sangre se le helaba a los lados de los pies. Al final, él dobló el codo y se echó la capa al hombro.

Cuando Temel hablaba su aliento quedaba suspendido en el aire. Incluso sin la capa Nilufer sintió que tenía más calor; algo había detenido el viento, así que solo había que preocuparse del frío en el ambiente.

—¿Por qué has venido, Nilufer?

—Mi madre quiere que me case contigo —respondió—. Por tus ejércitos.

El bandido mostró unos dientes brillantes. Ahora no llevaba máscara y a la luz de la luna podía ver que era atractivo y bien proporcionado. Los ojos de Temel permanecían clavados en su cara. Nilufer no pensaba cruzar los brazos en busca de calor, menos aún cubrirse y que él pensase que se avergonzaba.

—Ya estamos casados —respondió él—. Nos casamos cuando desenvolviste aquel papel. ¿Pues quién podría detenerme ahora?

Nilufer ya no tenía pintura en la boca. Se mordió un labio a placer.

—Podría sacarte los ojos de las cuencas con mis pulgares —le dijo—. Serías un estupendo príncipe de los bandidos sin ojos.

Él se acercó un paso más. Llevaba botas y las rocas se movieron a sus pies. Ella apoyó la espalda sobre el frío costado del talud. Este zumbó contra sus hombros, gorjeando.

—Lo harías —replicó—. Si quisieses. Pero ¿no preferirías vivir libre, la katún de un kan, y recolectar los diezmos en vez de pagarlos?

—¿Y qué hay de la paz del kanato? Llevamos mucho tiempo, Temel, sin guerra. La única discordia es tu discordia.

—¿Y qué hay de vivir libre del mandato de un gobernante supremo?

—¿Mi libertad para convertirme en un gobernante supremo? —replicó.

Él sonrió. Era un hombre atractivo.

—¿Cómo de vastos son tus ejércitos? —preguntó Nilufer.

Él estaba ya tan cerca que podía sentir su calor. Ella apretó los dientes, no de miedo sino porque no quería que le castañeteasen. En la oscuridad oyó más cánticos, más ruido. Otro talud respondió al primero.

—Lo bastante. —Alargó el brazo y le dio unas palmaditas a la superficie áspera de la bestia sobre la que ella se reclinaba—. Hay mucho de valor en un talud. —Y entonces le tocó el hombro a ella, con el mismo afecto—. Ven, princesa —dijo—. Tienes el corazón de un tigre, es cierto. Pero no lo hagas difícil.

Aceptó el manto cuando se lo pasó por los hombros y después se subió al talud junto a él, sobre la inmensa espalda del primitivo animal. Había lugares más suaves allí, blandos por el musgo y el líquen, y era hermoso tumbarse y contemplar las estrellas, ver cómo la luna surcaba el cielo.

Esta era una bestia salvaje, estaba claro. No de las mineras. Tan solo un ser salvaje con una vida lenta y salvaje que cantaba sus canciones lentas y salvajes. Sola, pero no infeliz, al modo en que aquellas criaturas podían serlo. Y ahora se aparearía (sintió al segundo talud acercarse por el costado, aunque no había peligro; los taludes se anclaban el uno junto al otro como barcos, en vez de que el uno montara al otro como un ansioso caballo semental) y puede que tuviera criaturas, incluso que las diera a luz, o como fuera que los taludes hacían estas cosas.

Pero Temel le dio calor con su cuerpo y el talud nunca tendría la oportunidad. Por la mañana, Temel guiaría a sus hombres contra la bestia y ni el líquen ni el musgo ni su aspecto rocoso significarían nada. Las canciones lentas y errantes y el fuego que anidaba en su corazón no serían nada. Eran ejércitos. Era la revolución. Era liberarse del kan.

Él mataría a la bestia por las joyas que albergaba en su interior y no sentiría nada. Nilufer se echó de espaldas sobre la fría piedra, se apretó contra el bulto resonante y

dejó que se le enroscaran los dedos a placer. Sus uñas cogieron y trituraron el liquen que crecía en las grietas como pájaros nerviosos que se tirasen de las plumas hasta sangrar.

Temel deslizó una mano delicada bajo el manto de pelo de lobo, por su vientre, sobre el monte de su pecho. Nilufer abrió los muslos.

Voló a casa sola, las alas en la ventana y se vistió aprisa. Las acompañantes seguían durmiendo, bajo el mismo modesto hechizo en el que las había dejado, así que salió a buscar a la bruja. Estaba agachada junto al brasero, como antes, en el salón vacío. Pero ahora tenía los ojos abiertos, muy abiertos, y brillantes.

La bruja no habló. Eso le correspondía a Nilufer.

—Ella mató a mi padre —dijo Nilufer—. Traicionó a mi padre y a mi hermano y durmió con el kan, así que soy la hija del Gran Kan, y lo hizo todo para poder convertirse en katún.

—¿Entonces no te casarás con el *khanzadeh*, tu hermano?

Nilufer sintió que se le contraía un músculo en el mentón.

—Eso no parece importarle al Gran Kan.

La bruja colocó sus hombros bajo la masa escrofulosa de su manto.

—Antes de ser la bruja —dijo, con apenas un leve chirrido en su voz—, yo era la madre de tu padre.

Nilufer enderezó su ya de por sí enderezada espalda. Estiró el cuello hasta dejarlo firme como una columna.

—¿Y cuándo te convertiste en la bruja y dejaste de ser una madre?

Los dientes de la bruja mostraron lunas negras en las raíces donde se habían retraído las encías.

—Da igual el tiempo que lleves siendo bruja, nunca dejas de ser una madre.

Nilufer se pasó la lengua por los labios, tenían un regusto a gravilla y sangre. Sus pies habían dejado huellas rojas sobre la piedra blanca.

—Necesito un hechizo, abuela. Un hechizo para hacer que un hombre ame a una mujer sin importarle cualquier defecto que tenga. —«¿Incluso la posibilidad de tener un hijo de otro hombre?».

La bruja se levantó y se irguió.

—¿Estás segura?

Nilufer se giró sobre uno de sus pies heridos, dejando un rastro tras de sí.

—Voy a hablar con el emisario —le dijo—. Tendrás, yo creo, un mes como poco para tenerlo listo.

La propia Hoelun Katún se presentó para vestir a la princesa con el traje de novia. Tendría que haber sido rojo como la vida, pero la princesa había escogido el blanco,

como la muerte de la antigua vida, y la katún había permitido a su hija esa arrogancia. El luto por el matrimonio, después de todo, era un halago para la madre.

El día designado, Nilufer se sentó en su torre después de que se hubiera despachado a todas las doncellas y los guerreros. Las carabinas habían sido despedidas. A los tutores se les había asignado otro servicio. La princesa esperaba sola mientras su madre y los hombres de armas cabalgaban por el valle delante del palacio para recibir al príncipe bandido, Temel, de quien decían algunos que sería el próximo kan de kanes. Nilufer los observó desde la torre de su ventana. A poco más de un disparo de arco de distancia, con el esplendor de los estandartes al viento, constituían una visión espléndida.

Pero el príncipe bandido Temel nunca llegó a su boda. Fue hallado ese día por la guarnición y comitiva del *khanzadeh* Toghrul, el sexto hijo del Gran Kan, quien cabalgaba para cortejar a la misma mujer, bajo su expresa invitación. Temel fue cogido por sorpresa, con una armadura ligera y con sus ejércitos aparejados en señal de paz y no de guerra.

La batalla podría haber sido peor, quizá incluso el comienzo de una exitosa rebelión, si Hoelun Katún no hubiera caído en los primeros momentos de la batalla, derribada por el arco negro de un bandido. Esta prueba de traición de los supuestos aliados persuadió a los hombres de la antigua reina de obedecer las órdenes de las tres monjas guerreras, que habían sido aliadas del marido de la katún antes de que este muriera. Entraron al combate al flanco del *khanzadeh*.

Se cuenta que no hubo supervivientes en el ejército de los bandidos.

Nadie mencionó a la princesa que las plumas negras de la flecha estaban aún húmedas con la tinta en la que habían sido impregnadas. Nadie le dijo que Hoelun Katún había caído enfrentándose al enemigo, con una flecha de punta de media luna en la espalda.

Y cuando las tres monjas guerreras volvieron a la torre para informar a Nilufer de la muerte de su madre y la encontraron restregando las gotas negras que manchaban su vestido de novia con sus dedos ennegrecidos, tampoco le dijeron que el contorno de la cuerda de un arco se notaba aún cárdeno en su boca de capullo de rosa y en la punta de su respingona nariz.

Si lloró, las lágrimas se habían secado antes de que bajara por la escalera.

De la reina viuda Nilufer Katún —que fue la esposa y después la viuda de Toghrul Khanzadeh, a quien apodaron Barricada del Cielo por su defensa del imperio de su padre de las hordas de bandidos en las faldas de las Estelas del Cielo— poco nos cuenta la historia.

Salvo que murió vieja.

En la casa de Ariamán brilla una señal solitaria

La subinspectora Ferron se agachó, con las manos enfundadas en guantes no reactivos y los codos apoyados en las rodillas vestidas de uniforme, sobre lo que se suponía que era el difunto. El cuerpo (el presunto cuerpo) yacía en el centro de una alfombra de colores brillantes como una botella de Klein rosa y fofa, con la superficie que una vez fuera húmeda encostrándose al contacto con el aire. La alfombra debajo del cuerpo se mantenía aún fresca, las frondas apenas un poco melladas por el peso y sin rastro del oscurecimiento que podría indicar que habían estado en contacto con un objeto tratado incorrectamente con feromonas en las últimas veinticuatro horas. Un rastro pardusco y serpenteante rodeaba aquella cosa parecida a un cuerpo; una buena parte de la sangre ya había sido absorbida por la alfombra, pero quedaba la suficiente como para que Ferron lograra distinguir un contorno de suaves pisadas de animal y unas marcas como pinceladas de pelo largo.

Aquella noche Ferron iba a llegar tarde a casa de su madre después del trabajo.

Alzó la mirada hacia el oficial Indrapramit y, con voz cansada, dijo:

—¿Así que estos son los restos mortales de Dexter Coffin?

Indrapramit apoyó la barbilla sobre los pulgares y entrelazó pensativamente los dedos delante de unos labios secos y agrietados por el calor estival.

—No lo sabremos seguro hasta que llegue el ADN. —Una bota alta, brillantada con pulcritud y envuelta en una funda estéril apuntó hacia el cadáver pero se quedó a unos buenos quince centímetros de distancia. ¿Estaba asustado? ¿O tan solo le preocupaba contaminar la escena?

—¿Qué piensas de esa cosa, jefa? —dijo él.

—Bueno —Ferron se puso de pie, estirando la agarrotada espalda—, si ese es Dexter Coffin, escogió un alias adecuado, ¿verdad?

El lujoso apartamento de una sola habitación había sido precintado por los agentes que se personaron para una comprobación rutinaria después de que Coffin no respondiera al vigilante del apartamento. Cuando la policía echó abajo la puerta —los controles de emergencia estaban bloqueados— se toparon con eso. Ese tubo rosa. Esa enorme salchicha. Ese objeto carnoso parecido a una anguila de juguete, ese toroide lleno de fluidos.

Ferron imaginó que, de tener una mano lo bastante grande para recogerlo, se le escurriría de nuevo soltando un chorro.

Ferron estaba convencida de que allí había el equivalente de masa de un humano adulto. Pero ¿cómo lo grabas exactamente... poner a alguien del revés?

La subinspectora se apartó del cuerpo para dar una vuelta, pensativa y despaciosa.

El piso estaba preparado para una velada. La cama, con los dispositivos plegados. La mesa de estilo occidental, elevada y lista para la cena, una estantería desmontada para poner las sillas. Había un espacio de trabajo en una esquina, sin plegar por el simple incordio —según le parecía a Ferron— de tener que recoger todo aquel equipo

de apariencia tan técnica y misteriosa. Proyecciones de profundidad en sobrios marcos modernistas decoraban la pared del fondo: imágenes con colores saturados de una magnífica cacofonía de estrellas. Probablemente estarían tomadas por alguno de los telescopios espaciales, porque había demasiadas miles poblando el cielo para que Ferron pudiera reconocer el *navagraha*, los signos del zodiaco hindú, a pesar de su excelente formación.

Había un Ganesha de latón en la esquina opuesta del apartamento, visible cada vez que levantaras la vista de tu puesto de trabajo. La pequeña bandeja de ofrendas que tenía delante sostenía paquetes de *kumkum* y cúrcuma, flores de fragantes olores, una antigua moneda de diez centavos estadounidense y un palito de incienso *agarbathi* intacto metido en un plátano. Un chal de seda, tan añil como el cielo a medianoche, colgaba sobre los muslos de latón del dios.

—Qué mono —dijo secamente Indrapramit tras seguir la mirada de Ferron—. El yanqui se estaba integrando.

En la mesa de la cena había dos sitios preparados al estilo occidental que a Ferron le parecían estar dispuestos para una velada romántica. Eso si a uno de los invitados no lo hubieran vuelto del revés.

—¿Dónde está el gato? —preguntó Indrapramit, señalando con un gesto el rastro evanescente de pisadas animales.

Parecía tranquilo, concluyó Ferron.

Y ella necesitaba dejar de estar encima de él como si fuese a mostrar signos de flaqueza en cualquier momento, porque preocupándose solo iba a conseguir que él se pusiera peor. Indrapramit ya llevaba mes y medio de vuelta en el trabajo, podía relajarse. Confiar en los siete años que llevaban siendo amigos y compañeros, confiar en que él sabría cómo tenía que adaptarse de nuevo a sus obligaciones y en que si necesitaba algo se lo pediría.

Claro que para Ferron aquello significaría dejar de ponerse excusas y verse obligada a encarar sus propios problemas.

—Me estaba preguntando lo mismo —admitió Ferron—. Estará escondiéndose del *farang*, tal vez. Ven, gatito, gatito. Ven, gatito...

Cruzó la habitación hasta los armarios de la cocina y rebuscó en el interior. Había un cuenco de agua, casi seco, y otro de comida vacío en un rincón junto al fregadero. La comida andaría cerca.

No tardó ni treinta segundos en encontrar una lata decorada con espinas de pescado y huellas de gato. Dentro había bolitas de color marrón grisáceo que desprendían un olor aceitoso. Ferron puso el cuenco en la encimera y echó un puñado de pienso procurando que hiciera ruido al caer.

—¿Míau? —se escuchó desde un oscuro rincón debajo de la tumbona que probablemente se convertía en la cama de Coffin.

—¿Gatito?, ¿gatito, gatito? —Ferron cogió el cuenco de agua, lo lavó, lo volvió a llenar del grifo de agua potable. Algo saltó a la encimera y le tocó el brazo con la

cabeza, ronroneando como loco. Era un gato loro de última generación, una suave bola de pelo del color azul del jacinto sobre unas patas amarillas como el sol bordeadas de manchas marrones. Tenía una gorguera de pelo a juego, perilla y penetrantes ojos amarillos que atrapaban y concentraban la filtrada luz del sol.

—A ver, ¿qué es eso de subirse a la encimera?

—Miau —respondió el gato, ladeando la cabeza inquisitivamente. No se movió ni un pelo.

—¿No habla? —se sorprendió Indrapramit, que estaba junto a Ferron.

—Oye, minino —preguntó Ferron—, ¿cómo te llamas?

El gato se sentó, mantuvo el equilibrio en la cenefa entre el fregadero y el borde de la encimera, meneó la cola esponjada y azul y la puso sobre sus pies. El ronroneo hizo vibrar sus bigotes y los largos pelos de su gorguera. Ferron le ofreció un poco de pienso y el gato lo aceptó ceremoniosamente.

—Debe de ser nuevo —concluyó Indrapramit—. Aunque siendo un gato adulto lo normal es que hubiera aprendido a hablar en el criadero.

—Nuevo no es. —Ferron le ofreció la yema de un dedo al animal modificado. Este entornó los ojos y se frotó resueltamente contra el guante no reactivo, primero un lado del hocico y después el otro—. ¿Te fijaste en el pelo de gato que había en la tumbona?

Indrapramit hizo una pausa, pensativo.

—Le han borrado la memoria.

—Nuestro único testigo y tiene amnesia. —Ferron se volvió hacia Indrapramit—. Necesitamos averiguar a quién estaba esperando Coffin. Hay que comprobar los informes de tránsito. Y quiero un registro de llamadas de cinco horas de cada persona que se acercó a cincuenta metros de este apartamento entre las veinte horas de ayer hasta que la patrulla echó la puerta abajo. Que alguno de nuestros técnicos averigüe qué clase de equipo es ese de la esquina. ¿Y quién llamó para pedir que los agentes se pasaran por la casa?

—Eso no nos será de mucha ayuda, jefa. —Los iris de tintes dorados de Indrapramit se desplazaron rápidamente por los datos: el oficial estaba revisando una línea transmisión superpuesta sobre las percepciones inmediatas. Ferron sintió deseos de darle una ligera reprimenda por no estar atento a la escena del crimen pero le pareció desconsiderado porque, al fin y al cabo, Indrapramit estaba cumpliendo órdenes—. Cuando no se conectó esta mañana para trabajar su supervisor se preocupó. Dicho supervisor no logró contactar con él ni por voz ni por texto. Se puso en contacto con el vigilante del edificio y cuando este no obtuvo respuesta a sus llamadas pidió ayuda.

Ferron observó los bordes rotos de la puerta reventada antes de devolver su atención al cadáver.

—Sé que la puerta estaba cerrada en modo de emergencia. ¿No funcionó la invalidación de la patrulla?

Indrapramit tenía una de las expresiones más impávidas entre todos los impávidos oficiales acreditados y entrenados de la policía de Bangalore.

—Es evidente que no.

—Bueno, ahora que estás conectado, haz que traigan un transportín para la testigo. —Señaló al gato loro de color jacinto—. Yo la custodiaré.

—¿Cómo sabes que es hembra?

—Tiene un rostro femenino. Ojos de loto como Draupadi. —Él la miró. Ella sonrió—. Es una conjetura.

Ferron había desconectado todos los filtros y líneas de transmisiones mientras examinaba la escena del crimen, pero el enlace de la policía era fijo. Un icono parpadeó discretamente en una esquina de su interfaz; aquel resplandor amarillo resultaba muy poco agradable en combinación con el salmón y coral de las entrañas tensas y estiradas de Coffin. Aceptar el contacto no exigía más que un movimiento rápido del ojo. Brilló al decodificarse y en un lado de la interfaz se desplegó una imagen de Coffin en vida.

Coffin no había sido un individuo con un aspecto demasiado llamativo. Nada afectado, pensó Ferron, a no ser que escoger un tono de piel morena, pelo oscuro y típicos rasgos de brahmán contara como afectación. Su alias, Dexter Coffin (¿y no habría sido Sinister Coffin una elección más lógica?), sugería una personalidad más extravagante. Ferron tomó nota: esas pequeñas inconsistencias eran las que ayudaban a resolver un caso de homicidio.

—Y bien, ¿cómo pasa uno de esto... —empezó a decir Ferron en referencia a la imagen, que debía de estar flotando en la interfaz de Indrapramit también—... a esto? —terminó, señalando al cadáver sobre la alfombra—. Y en una habitación cerrada, por si fuera poco.

Indrapramit se encogió de hombros. La presencia del cuerpo no parecía incomodarle y Ferron deseó que pudiera dejar de observarlo en busca de síntomas de estrés. Quizá la normalización mental estaba funcionando. No era mucho esperar, y además desde principios de siglo se habían puesto en marcha buenos tratamientos para el estrés postraumático.

Pero Indrapramit era un reubicado: toda su familia vivía en un pueblo en las cercanías de Mumbai. No conocía a nadie aquí, así que Ferron sentía que era su responsabilidad como compañera cuidar de él. O eso era lo que se decía a sí misma.

—¿Y si se comió un agujero negro? —preguntó Indrapramit.

—Me gusta vivir en el futuro. —Ferron cogió un extremo del guante no reactivo—. Hay tantas formas interesantes de morir.

Para salir del bloque de apartamentos Ferron e Indrapramit tuvieron que abrirse paso entre la aglomeración de vecinos de Coffin. Era un bloque sin parentesco. Por lo visto Coffin no tenía familia en Bangalore, pero eso no impidió que todo residente (vivo)

pareciera haberse enterado de la noticia y hubiese bajado a ver. Las áreas comunes estaban atestadas de abuelitas y jóvenes, de hermanos, padres y primos, todos aullando de dolor, derramando lágrimas, apoyándose unos en otros, siendo entrevistados por servicios de noticias y blogbots. Ferron echó un vistazo a los periodistas apostados en la entrada y más adelante en la calle e hizo malabarismos para pasarse el transportín a la mano izquierda. Dio un manotazo con la palma desnuda contra la puerta del patio. Se abrió —no era posible encerrar a nadie— y Ferron e Indrapramit salieron y se resguardaron bajo la sombra de la granja solar doméstica.

Los árboles eran viejos. Ese bloque llevaba allí mucho tiempo, lo bastante como para que las aspas negras movidas por el sol de las hojas más bajas fueran tan largas como el brazo de Ferron. Además, se notaba que alguien del bloque las cuidaba con mimo, pues estaban pulidas con un paño suave para eliminar partículas obstruyentes. Gotas de condensación caían por los túbulos transparentes del tronco e iban a encharcarse en los recolectores que había bajo tierra.

Ferron se apoyó en un árbol, disfrutando del frío, y bostezó.

—¿Estás bien, jefa?

—Cansada —dijo Ferron—. Si no hubiéramos cogido este asesinato, si es que es un asesinato, ahora estaría con un bajón. Tuve que volver a doparme y me voy a querer morir cuando se me pase.

—Jefa...

—No son más que mis segundas cuarenta y ocho horas —dijo Ferron, despachando la preocupación de Indrapramit con un menear de dedos. Destellaron en ellos unos anillos dorados, pero ninguno en el dedo anular. Llevaba las uñas cortas y arregladas con manicura en un intento de parecer profesional, aunque también era un recordatorio para no mordérselas—. En la universidad a veces me pasaba semanas en estado hipomaniaco. Te ayuda a empollar, ya sabes.

Indrapramit asintió. No parecía satisfecho con la respuesta.

La subinspectora se sacudió los residuos de la sustancia no reactiva de las manos antes de frotarse los ojos cansados con los dedos entumecidos. Las líneas de transmisiones temblaron hasta que cesó el movimiento. El correo se apilaba: solicitudes de la prensa, papeleo. No tenía tiempo para ponerse con ello ahora.

—Sea como sea —dijo Ferron—, ya me he dopado, así que te toca aguantarme durante otras cuarenta horas por lo menos. ¿Por dónde te parece que empezemos?

—Por la lista de interrogatorios —dijo Indrapramit enseguida.

Higueras trepadoras repletas de frutos maduros se enroscaban por la granja solar; el oficial acercó la mano y cogió uno con delicadeza. Cuando le hincó el diente su intensa dulzura granulada se propagó en eco por la interfaz. Era un higo sabroso.

Ferron alzó la mano y robó otro también.

—¿Miau? —maulló la gata.

—Chis. —Ferron se alisó unos bucles de pelo que se empeñaban en escaparse de

su conservador moño por sus sienes empapadas de sudor—. No sé cómo puedes llevar esas botas.

—Están hechas de un material revolucionario —dijo. Y masticando un segundo higo, señaló con la barbilla las cómodas sandalias de Ferron—: ¿Y qué hay de esas chancletas? ¿Y si tienes que correr encima de cristales rotos o darle una patada a una puerta?

Ferron dejó que la pregunta se perdiera en el silencio.

—Los agentes de menor rango pueden encargarse de la familia por ahora. Son entrevistas en masa. Yo llevaré a Presidenta Miau a los técnicos para que la analicen. Oye, ¿Coffin era un Empleado? ¿En qué y para quién?

—Físico —respondió Indrapramit al tiempo que le compartía un enlace con una lista de compañeros de trabajo, nombres de proyectos y una breve descripción de la firma de biotecnología para la que Coffin, como la mitad de los Empleados de Bangalore desde el ocaso del turismo médico, había trabajado. Probablemente era un trabajo mejor que ser un poli de homicidios—. Están distribuidos. La mayor parte de su grupo no está ni siquiera en esta zona horaria.

—¿Y para qué necesitan físicos en BioShell?

En silencio, Indrapramit señaló las aspas de los árboles solares, que tintineaban débilmente con sus movimientos infinitesimales mientras seguían el sol.

—Bioingeniero cuántico —explicó, tras una pausa apropiada.

—Vale —dijo Ferron—. Bueno, los de Forense querrán que no estemos por medio mientras procesan la escena. Imagino que podemos empezar a redactar una lista de interrogatorios.

—¿Listas y comida? —preguntó Indrapramit esperanzado.

Ferron se abstuvo de recordarle que acababan de salir de un apartamento donde había un fiambre al que le habían dado la vuelta como a un calcetín.

—¿*Masala dosa*?

Indrapramit sonrió.

—Vi un SLV calle abajo.

—Llamaré a un técnico —dijo Ferron—. Ahora vamos a ver si podemos escaparnos por la entrada de servicio y esquivar a la prensa.

Ferron e Indrapramit (y la gata) se encaminaron a la puerta trasera. Indrapramit comprobó las cámaras de seguridad en el callejón detrás del bloque: la transmisión decía que estaba desierto salvo por un vehículo de recogida de residuos. Pero justo cuando Ferron estaba mostrando su placa —cifrada en la nube, accesible a través del omni que llevaba en la cadera izquierda para equilibrar el arma aturdidora— las luces de emergencia de bajo consumo que rodeaban la puerta de salida pasaron de un blanco frío a un amarillo incandescente y, enseguida, se apagaron del todo.

—Mierda —dijo Ferron—. Un apagón.

—¿Cómo puede ser, en un bloque con una granja solar?

—¿Un cable suelto? —aventuró ella, mientras sacudía la puerta contra el pestillo

por si se hubiera retirado antes de que se fuera la energía. La gata protestó. Ferron dejó el transportín en el suelo con cuidado, donde no molestase. Después le dio una patada a la puerta por frustración y de inmediato apartó el pie entre maldiciones. Vaya... Chancletas.

Indrapramit la observó sosegadamente.

—No deberías haber vuelto a doparte.

Ella lo miró enarcando una ceja y puso el pie en el suelo con precaución. Los dedos se lamentaron.

—¿Me estás diciendo tú que tengo que controlar mi respuesta al estrés, oficial?

—Mientras se te esté ajustando la bioquímica...

Ferron suspiró.

—No es por el trabajo —dijo—. Es por mi madre. Se ha hecho atávica y...

—Ah, ya —interrumpió Indrapramit—. ¿Se está gastando tu herencia en la vida virtual?

Ferron apartó el rostro. «Peor», escribió. «No va a ser capaz de pagar las tarifas de archivo».

«¿No tiene ayudas? ¿Eso no lo cubre el subsidio?».

«Sí, pero vive en realidad artificial. Siempre ha sido jugadora, pero desde que padre murió... es una adicción. Lo archiva todo. Y lo lleva haciendo desde que yo era pequeña. Hablamos de terabytes. Petabytes. Yottabytes. No sé. Y me persigue para que le “preste” el dinero».

—Uf —dijo él—. Qué mal. —Le acarició el brazo con la mano apenas un momento: compasión y calor humano.

Ferron se dejó llevar por el contacto antes de apartarse. No le dijo que ya llevaba dieciocho meses pagando las facturas ni que estaba llegando al punto en el que no podía seguir financiando el hábito de su madre. Sabía lo que tenía que hacer, lo único es que no sabía cómo obligarse a hacerlo.

Su madre era su madre. Había creado todo de Ferron, del ADN para arriba. Estaba programada desde muy dentro para el honor y la obediencia. El deber. La dicha. Como se llame.

Frustrada, incapaz de encontrar las palabras para expresarse con claridad, dijo:

—Necesito uno de esos parches de ADN del mercado negro y reprogramar mis genes sobrediseñados para que se aparten de la devoción filial.

Él se rio, justo lo que ella quería.

—Puedes hacerlo legalmente en Rusia.

—Pues vaya —dijo—. Sí que eres de ayuda. Oye, y si... —Antes de que pudiera decir que probaran a correr el cerrojo, las luces se encendieron de nuevo y en la puerta, que reconoció por fin su placa, sonó un clic.

—Ya está —dijo Indrapramit—. Podría haber sido peor.

—Miau —maulló la gata.

—No te preocupes, Presidenta —respondió Ferron—, que de ti no me iba a

olvidar.

La calle rezumaba actividad: mototaxis, vehículos para gente con problemas de movilidad, bicicletas, pedícolos y enjambres de peatones. Llegaba el barboteo de varios idiomas: canarés, hindi, inglés, chino, japonés. El bloque de apartamentos de Coffin estaba en una de las zonas más antiguas de Nueva Ciudad. Era un gueto estadounidense: la mayoría de los residentes habían venido a trabajar y su idioma principal era el inglés, a veces el único. Habían hecho piña allí en ausencia de una familia con la que quedarse. La zona donde vivía Coffin estuvo de moda en su día pero ahora, cincuenta años después de su transformación, estaba pasando por... no tiempos difíciles exactamente, sino por un periodo más contenido. La calle guardaba aún el recuerdo de días mejores. Estaba parapetada a ambos lados por los descuidados cubos verdes de los bloques de apartamentos, en cuyos interiores crecían árboles solares negros, y al borde de cada avenida prosperaban plumosas casias, con ramas de las que brotaban flores rosas, doradas y terracota.

«Casia», pensó Ferron. Una palabra griega de origen incierto, posiblemente relacionada con la palabra inglesa *cassia*, que significa canela china o canela continental. Pero estos árboles no eran especias; es más, las vainas negras de la casia dorada eran una poderosa medicina en las tradiciones ayurvédicas y las de la casia rosa se habían usado desde tiempos inmemoriales como purgante para caballos.

Ferron se enjuagó otra vez el sudor de la frente y —siguiendo con la alusión a los caballos— sujetó las riendas de aquella muestra tan abrumadoramente útil de su cultura clásica.

El muro y los jardines de las azoteas de los bloques dejaban claro quién vivía allí. El bloque de Coffin estaba bien cuidado, verde y exuberante, a rebosar de berenjenas y tomates. Una pareja de jóvenes —que probablemente iban aún al colegio, aunque no siguieran el itinerario de Empleo— subían y bajaban por las escaleras podando, labrando, cosechando, limpiando las ventanas cubiertas aquí y allá por el alargado rastro verde de las vides de boniato. Por el contrario, el bloque de parentesco de al lado estaba tan seco que corría el riesgo de llevarse una multa, pues los árboles solares del patio estaban caídos y mustios. Ferron incluso pudo distinguir los estrechos tubos de riego por goteo que subían por una pared cercana detrás de la marchita vegetación.

Ferron debió de lanzar un resoplido, porque Indrapramit dijo:

—¿Y qué hacen con sus aguas residuales?

—Quizá está abandonado.

Pero era poco probable. No es que sobrasen tantas viviendas en Nueva Ciudad como para que un edificio se fuese a quedar vacío mucho tiempo.

—A lo mejor es que no pueden permitirse un fontanero.

El comentario hizo que Ferron resoplara de nuevo y que reanudara la marcha. De

todos modos le sacó una foto al moribundo bloque de apartamentos y se la envió por correo a los de Servicios Ambientales. Ellos se ocuparían de la multa si decidían que en este caso era de recibo.

El Sri Lakshmi Venkateshwara (SLV) estaba unos cien metros más adelante, un puesto de comida al aire libre a la sombra de unos árboles nim artificiales, cuyas hojas paneladas se inclinaban en dirección al sol. El hambre aún no había logrado hacer mella en la hipomanía reestimulada de Ferron, pero aun así comer sería buena idea: a lo mejor su cerebro no estaba en las condiciones necesarias para darse cuenta de que su cuerpo necesitaba mantenimiento, pero no proporcionarle ese mantenimiento solo serviría para añadir intereses a la inevitable factura que su organismo acabaría por pasarle.

Ferron pidió un crepe enorme relleno de patatas y guisantes; Indrapramit pidió un paquete de samosas y agua de coco verde. En vez de quedarse en las mesas altas del SLV, siguieron caminando por la avenida hasta que encontraron un banco donde comer. Las noticias y los anuncios centelleaban en la pantalla que tenían a su espalda. Ferron dejó el transportín en el hueco entre los dos.

Indrapramit activó un filtro de «no es asunto tuyo» en busca de privacidad y desenvolvió su primera samosa. Bandadas de loros verdes y amarillos daban vueltas en círculos alrededor de los árboles cercanos; los más osados aletearon hacia el suelo, se pelearon y dieron saltitos por donde podían caerse las migas. No había forma de filtrar tu presencia de las percepciones del mundo no conectado.

Indrapramit alzó la voz para que se le escuchara por encima del estrépito.

—No deberías haberte dopado otra vez.

La *dosa* estaba buena, tan crujiente como a ella le gustaba, servida con un poco de curry rojo untado. Ferron se lo comió casi todo mientras copiaba y pegaba nombres de las listas de los socios conocidos de Coffin en un plan de interrogatorios en la interfaz. Después contestó:

—La mayoría de los asesinatos se resuelven, si es que se resuelven, en las primeras cuarenta y ocho horas. Merece la pena un poco de subidón hipomaniaco para encontrar al asesino de Coffin.

—Se comete más de un asesinato cada dos días en esta ciudad, jefa.

—Claro. —Aunque tenía su genio, ahora no era momento de dejarlo salir. Sabía que en el fondo Indrapramit temía por ella, que le preocupaba que, dados sus antecedentes familiares, acabara por sucumbir a la adicción y al abuso de sustancias químicas de normalización mental. Con una explosión de guisantes machacados entre los dientes, mandó lo que le quedaba de la *dosa* al encuentro de sus congéneres. El envoltorio fue a parar a la papelera de reciclaje que había al lado del banco—. Pero no cogemos todos los casos que nos caen entre las manos.

Indrapramit le tiró una bola de papel a la cabeza. Ferron la lanzó a la misma papelera.

—No, *yaar*. Esta semana solo los hemos cogido todos.

Los anuncios personalizados que se derramaban detrás de Ferron por el respaldo del banco estaban científicamente diseñados para llamar su atención, lo que solo los hacía más molestos. Algunos ciudadanos muy atractivos vociferaban información sobre programas geriátricos de normalización mental («¡Mete a tus padres en la modernidad!») y en las noticias —en estridente y directo contrapunto— estaban hablando sobre los últimos descubrimientos del telescopio orbital: por lo visto, una estrella a unos veinte mil años luz, en la galaxia de Andrómeda, había empezado de repente a mostrar unos patrones centelleantes que algunos astrónomos consideraban que podrían ser el preludeo de una nova.

La parte de su cerebro que encontraba automáticamente esos paralelismos dijo: «Andrómeda. Contenida dentro del espacio de *uttara bhadrapada*. La vigésimo sexta *nakshatra* en la astrología hindú, aunque no era un signo del zodiaco para los griegos». Pegaso también estaba en *uttara bhadrapada*. Ferron siguió pensando en bucle si había alguna relación más allá de la coincidencia entre Ahir Budhnya, la deidad con forma de serpiente legendaria que preside la constelación de *uttara bhadrapada*, y Ceto, el monstruo marino, enviado para comer —«devorar», que los griegos eran muy melodramáticos— a la encadenada Andrómeda.

Todo ello caía bajo la influencia del dios Ariamán, cuyo camino era la Vía Láctea: el Ganges celestial.

«Está usted sobrecualificada, señora». Sí, podría haber sido la catedrática, la académica que su madre había soñado hacer de ella, gracias a las largas horas que pasó en reproducciones virtuales de mitología universal. Podría haberlo sido. Aunque si realmente hubiese querido hacer feliz a su madre también se tendría que haber dedicado a la egiptología.

Pero no era una académica y ya iba siendo hora de que se centrara de nuevo en el trabajo que sí tenía.

Ferron volvió a activar las líneas de transmisiones que había detenido para concentrarse en la escena del crimen. No le gustaba usar filtros cuando trabajaba: un poli de homicidios dependía mucho de las percepciones desnudas, y si filtrabas de tu realidad a todo aquel o todo aquello que te irritaba o con lo que no estabas de acuerdo había muchas posibilidades de que se te escapase la verdad detrás de un crimen. Aunque a veces era preciso hacer una excepción.

Se conectó, activó los filtros de *spam* y el bloqueador de anuncios y clasificó más archivos de relaciones conocidas. Y, hablando de su madre, para eso tenía que ignorar todas las notificaciones de mensajes con el icono de cabeza de león que aguardaban parpadeantes en una esquina de su línea de transmisiones, además de la pila de noticias y mensajes personales en su asimilador.

Leones. El capitolio de Bangalore estaba rematado por la estatua de un león de cuatro cabezas que miraban cada una a los cuatro puntos cardinales. El antiguo símbolo de la India era parte de la razón por la cual la madre de Ferron escogía ese simbolismo, pero solo parte.

Ocultó los mensajes, retorciéndose de culpa al hacerlo, y se concentró en los correos de trabajo.

Cuando levantó la mirada, Indrapramit parecía haber acabado tanto con la clasificación como con las samosas.

—Muy bien, ¿qué es lo que tienes?

—Solo esto. —Ferrón descargó los archivos de los interrogatorios en el espacio libre de Indrapramit.

El oficial parpadeó al recibirlos.

—Uf. Es más de lo que pensaba.

Los primeros nombres de la lista pertenecían a los compañeros de trabajo del difunto, por la simple razón de que quien tenía más probabilidades de saber cómo darle la vuelta a un hombre sería otro físico. Indrapramit volvió al bloque de apartamentos para proseguir con los interrogatorios de los vecinos más o menos histéricos por si daba con el nombre de algún amante o la cita de la noche anterior.

De entre todas las tareas esa era la que sonaba menos divertida, pero Ferron era la oficial de mayor rango. Las mercedes de la jerarquía. Algún día le tocaría a Indrapramit dejar que sus subordinados se encargasen del horrible trabajo sucio.

Resultó que el autobús pasaba justo por la esquina donde la calle del bloque de Coffin se cruzaba con la carretera principal. Se decidió a cogerlo porque le quedaba más cerca que el tren maglev, pero no tardó en arrepentirse de su decisión porque el autobús serpenteó como ebrio por lo que le pareció casi todo Bangalore.

Como no era hora punta tuvo suerte de encontrar un asiento libre. Registró su posición con diligencia y se dispuso a esperar tranquilamente y a charlar con la gata loro, dado que hacía el sol suficiente como para que nadie tuviera que pedalear. Aguardó con sosiego la llegada al lugar de transbordo: ese autobús sí que iba justo hasta el distrito U, donde BioShell tenía sus oficinas.

Predecible. Práctico para la caza de talentos y a un paseo de distancia para cualquier empleado de BioShell que además diera clases. Al parecer, por la cantidad de catedráticos de esto, catedráticos de lo otro que salían en la lista de Ferron eran muchos los que lo hacían.

Su técnico, un hombre bajito de barriga prominente conocido por el alias de Ravindra, le dio alcance mientras ella estaba aún reclinada al calor de la ventana tintada del segundo autobús. Subió los escalones a saltos, de dos en dos, contradiciendo su mole, y echó con su tarjeta de detective a un ciudadano sentado en el asiento contiguo al de Ferron.

A diferencia de los agentes del orden, que hacía mucho que habían sido reciclados como trabajadores distribuidos, los técnicos cumplían con sus funciones entre el equipo y los recursos de un laboratorio centralizado. Pero hoy Ravindra había venido equipado para el trabajo de campo. Se puso de pie, asegurándose en la barra de

sujeción, y extendió el kit en el asiento del pasillo que había quedado libre mientras Ferron, por su parte, trataba de persuadir a la gata para que saliera del transportín de debajo del asiento.

—Buena gatita —dijo Ravindra, y rebuscó entre el suave pelaje hasta que encontró el punto de contacto detrás de las orejas del animal. La sonda emitió un tenue y satisfecho bip cuando la conectó. La gata se relajó, como si se hubiese quedado sin huesos, ronroneando—. ¿Quieres una descarga completa?

—Todo lo que puedas —dijo Ferron—. Parece como si le hubieran borrado la memoria. Tampoco habla, encima.

—Puede ser el trauma, jefa —respondió Ravindra, dubitativo—. Mira, ya tenemos los resultados del ADN. Sí, han identificado a tu víctima vuelta del revés. Acababan de ponerse con la autopsia cuando me marché y el médico me pidió que te dijera que, en el primer examen, parecía que estaban todos los trozos, aunque no necesariamente en el orden correcto.

—Bueno, qué alivio. —El autobús dio un bandazo—. Al menos es el fiambre correcto.

—Miau —maulló la gata.

—¿Cómo te llamas, gatita? —preguntó Ravindra.

—Presidenta Miau —dijo la gata, con la dulce voz de una muñeca.

—Ay, no —se lamentó Ferron—. Así la he estado llamando yo.

—Vaya. —Ravindra frunció el ceño ante las lecturas que debían de estar desplegándose en su línea de transmisiones—. ¿Le diste algo de comer, jefa?

—Sí —admitió Ferron—. Para sacarla de debajo del sofá.

Él asintió y empezó a enrollar el kit. Al desconectar la sonda dijo:

—He descargado todo lo que había. No es mucho. Y me llevaré una muestra de tejido para seguir con la investigación, pero no creo que le hayan borrado la memoria.

—Pero no hay nada...

—Ya lo sé —dijo—. Pero no es un borrado. Es nueva de fábrica. Y tiene un vínculo contigo. Felicidades, subinspectora. Creo que tienes una gata.

—No puedo... —dijo, y se detuvo—. Ya tengo un zorro. El zorro de mi madre, más bien, pero yo cuido de él.

—Mía —se oyó decir con claridad a la gata, mientras frotaba el hocico azul y amarillo por la manga del uniforme de Ferron e iba dejando un rastro de pelusa cerúlea.

—Supongo que pueden aprender a cohabitar. —El técnico se colgó el kit del hombro—. En fin, es poco probable que Presidenta Miau valga como testigo, pero revisaré los datos de todos modos y me pondré en contacto contigo. No es ni un giga.

—Mierda —gruñó ella—. Esperaba que hubiera visto al asesino. Pero aunque sea nueva... ¿cómo es que no está unida a Coffin?

—No le había dado de comer —respondió Ravindra—. Y no le había puesto un nombre. Es un encanto, eso sí. —La rascó detrás de las orejas. En el rostro del

técnico apareció una expresión divertida—. Oye, llevo años preguntándomelo... ¿por qué has escogido eso de «Ferron»?

—Mi madre solía decir que era obstinada como el hierro. —Ferron logró evitar lo que sabía que sería un encogimiento de hombros de un patetismo adolescente—. A ella le fascinaba Egipto, pero yo estudié clásicas: latín, griego, sánscrito. Algo de chino. Y me gustó el nombre. *Ferrum*, hierro. Ella no quiere usarlo. Sigue llamándome por mi nombre de nacimiento.

«Incluso aunque sea yo la que paga sus facturas».

La cara de león seguía parpadeando, silenciada y sin respuesta. En un arranque de irritación, Ferron la bloqueó. Tampoco es que se fuera a olvidar de llamarla.

En cuanto tuviera tiempo, le prometió al fantasma de su madre.

Ravindra, Ferron se dio cuenta, estaba mirándola con desconcierto.

—¿Cómo ha terminado una experta en clásicas como poli de homicidios?

Ferron resopló.

—¿Alguna vez has tratado de encontrar Empleo como experto en clásicas?

Ravindra se bajó en la siguiente parada. Ferron vio cómo se alejaba y silbaba a una mototaxi para que lo llevara de vuelta al laboratorio. Rascó a Presidenta Miau debajo de la barbilla y suspiró.

Tan solo unos minutos más tarde llegó al distrito de la universidad y se bajó, cargada aún con la gata y el transportín. Fue un bonito paseo desde la parada, a pesar del calor del final de la estación seca. Estaban a finales de junio y Ferron se preguntó cómo había sido todo antes del Cambio, cuando los monzones ya habrían llegado y puesto fin a la temporada de calor.

Caminó menos de quince minutos desde el autobús; la gata era un remanso somnoliento. Sobre los pantalones de verano de Ferron se extendió una mancha de sudor donde el transportín chocaba suavemente contra la cadera. Sabía que estaba recorriendo la ruta de Coffin en aquellos raros días en los que escogiera presentarse en la oficina.

Al acercarse al Instituto Indio de Ciencia, Ferron fue consciente de que se había ido produciendo un cambio en los estilos en el vestir: predominaban los tejidos vivos ecológicos y unas ropas estudiantiles poco favorecedoras y anticuadas. Entre los edificios y las estatuas de los héroes culturales —R. K. Narayan, Ratan Tata, de un blanco brillante, con expresiones serenas o severas— las calles todavía bullían de vida, y así seguirían hasta mucho después de la caída de la noche. Un hombre de alguna profesión liberal vestido con un *salwar kameez* hecho con tejido vivo pasó dándose aires de importancia; Ferron fue muy consciente de que tal atuendo debía de costar el salario de una semana de incluso un oficial de alto rango.

La mayoría de esta gente eran Empleados. Llevaban *salwar kameez* o trajes y caminaban con paso resolutivo, al contrario que la mayoría de los ciudadanos, que no

tenían demasiada prisa por llegar a ninguna parte, sobre todo cuando el sol calentaba más. Era más fácil moverse por el barrio de la universidad, porque el tráfico circulaba con cuidado. Ferron, acostumbrada a caminar entre los Subvencionados que le lanzaban ojeadas por las ventanas y la gente que salía a hacer su ejercicio prescrito, sintió su estrés desvanecerse mientras veía cómo el follaje, los árboles y los elegantes edificios del campus que databan de los siglos diecinueve y veinte se alzaban a cada lado.

Mientras caminaba bajo el mentón de Mahatma Gandhi, Ferron sintió la misma rabia de siempre por no ver a la pionera oficial de policía Kiran Bedi, uno de sus ídolos personales, representada entre las estatuas. La activista *hijra* Shabman Mausi sí que estaba detrás de una fila de maceteros bien cuidados, lo que le pareció correcto.

Algunos encontraban inquietante estar rodeados de tanto ladrillo, hormigón vertido y piedra: el legado de unos días de clima más fresco y de energías más abundantes. Ferron sabía que el grueso de los edificios de la universidad eran construcciones ecológicas más eficientes, pero estas tendían a fundirse con el entorno. Por tanto, la abrumadora impresión seguía siendo la de estar de regreso a una época más sencilla: 1870, quizá, o 1955. A Ferron no le habría gustado ver toda la ciudad así, pero le parecía bien que se hubiese conservado un pedazo de historia.

Después de cruzar el campus, Ferron salió a una ilustre calle de edificios mucho más modernos. Aquí no se permitía la circulación de vehículos más grandes que una bicicleta y el firme estaba abarrotado de ellas, de gente a pie y de pedícolos. Ferron pasó junto a una fila de bicicletas de alquiler y un edificio ecológico de nueva construcción, aún deshabitado, con las hojas de los árboles solares estrechas, verdes y enrolladas. No tardarían en abrirse del todo y la estructura pronto estaría completamente habitada.

La oficina de BioShell era una atracción por sí misma: estaba situada en la planta baja de un edificio de negocios y contaba con una recepcionista de carne y hueso visible detrás de unas nebulosas paredes de cristal fotosintético. «Odiaría tener un trabajo donde no te puedes hurgar la nariz por si te ven los transeúntes». Por supuesto, Ferron no había escogido ser tan decorativa como la recepcionista; una cierta falta de atractivo ayudaba en su trabajo.

—Hola —dijo Ferron, mientras la recepcionista se colocaba el cabello castaño sobre un hombro—. Soy la subinspectora Ferron. He venido a ver al doctor Rao.

—Un momento, señora —respondió la recepcionista, al tiempo que señalaba cortésmente una silla.

Ferron juntó los talones como en posición de descanso militar y esperó, impasible. No pasó más que un momento antes de que un resplandor verde cruzara el iris de la recepcionista.

—La primera puerta a la derecha, señora, y después suba las escaleras. ¿Necesita que la acompañe alguien?

—Gracias —respondió Ferron, contenta de que no le hubiera preguntado por la

gata—. Creo que lo encontraré.

Había un ascensor para los discapacitados, pero las escaleras no andaban lejos. Una vez arriba Ferron atravesó la puerta de incendios acarreado a Presidenta Miau y se detuvo un momento para recuperar el aliento. De la habitación más cercana, cuya puerta estaba entreabierta, llegaba un zumbido constante.

Ferron avanzó con cuidado por una exuberante bioalfombra salpicada de flores violetas y amarillas y llamó a la puerta con suavidad. Una voz se alzó por encima del zumbido:

—¡*Namaskar!*

El doctor Rao era un hombre delgado y alto con ojos rodeados de profundas arrugas. Caminaba despacio sobre una cinta andadora, con un teclado y un monitor viejos montados en un brazo giratorio delante de él. Cuando Ferron entró, apartó el brazo pero siguió caminando. Del monitor se desprendió una luz ambarina justo antes de apagarse: ahora estaba cargando la batería.

—*Namaskar* —contestó Ferron. Trató de que no se le notara demasiado que estaba mirando el escritorio ambulante.

No debió de conseguirlo.

—Parte de mi normalización mental, señora —dijo Rao, encogiendo los hombros como a modo de disculpa—. Tengo fibromialgia y el ejercicio suave ayuda. Usted tiene que ser la subinspectora. ¿Cómo practica el ejercicio prescrito? Se mueve con enorme confianza.

—Practico *kalari payat* —respondió Ferron, nombrando el arte marcial del sur de la India—. Me viene bien en mi trabajo.

—Vaya —dijo—, espero que no tenga que hacerme una demostración. ¿Eso es un gato?

—Lo siento, *saab* —respondió Ferron—. Está relacionado con el trabajo. Puede esperar en la recepción si le molesta...

—No, para nada. Es más, adoro los gatos. Puede salir, si no está muy asustado.

—¡Fueeeeeeeera! —dijo Presidenta Miau.

—Supongo que eso lo dice todo. —Ferron bajó la cremallera del transportín y la gata loro color jacinto salió despacio y se subió al pasamano de la cinta.

—¿Niranjana? —dijo el doctor Rao, sorprendido—. Disculpe, señora, pero ¿qué hace con la gata del doctor Coffin?

—¿Conoce a la gata?

—Claro que sí. —Dejó de caminar y rascó a la gata debajo de la barbilla. Ella estiró la cabeza como una serpiente perezosa, grácilmente en equilibrio sobre sus patas de narciso—. Viene por aquí unas dos veces al mes.

—¡Nueva! —discrepó la gata—. ¿Tú quién?

—Niranjana, soy Rao. Me conoces.

—¿Rrrraao? —preguntó, ladeando la cabeza con curiosidad. Después exclamó con rotundidad—: ¡Nueva! ¡Me llamo Presidenta Miau!

El doctor Rao arrugó la frente. Mirando a Ferron por encima de la cabeza de la gata, preguntó:

—¿Está Dexter con usted? ¿Está bien?

—Me temo que por eso estoy aquí —respondió Ferron—. Es mi pesaroso deber informarle de que Dexter Coffin parece haber sido asesinado en su casa en algún momento de esta pasada noche. *Saab*, la ley exige que le informe de que esta conversación está siendo grabada. Cualquier cosa que diga puede ser considerada como prueba. Tiene el derecho a codificar sus respuestas o a guardar información, pero si decide hacerlo, bajo determinadas circunstancias podría pedirse una orden judicial para descargar de la nube y decodificar los recuerdos relacionados. ¿Comprende esta medida?

—Cielos —exclamó el doctor Rao—. Cuando llamé a la policía no imaginaba que...

—Lo sé —dijo Ferron—. Pero ¿entiende la medida, *saab*?

—Sí —afirmó.

Un nódulo periférico en el campo visual de Ferron pasó del amarillo al verde.

—¿Confirma que esta es la gata de Dexter Coffin?

—La reconocería en cualquier parte —respondió el doctor Rao—. Las marcas son muy características. Dexter la traía por aquí a menudo. ¿Le han borrado la memoria? Qué espanto.

—Lo estamos investigando —dijo Ferron, aliviada por volver a tener el control de la conversación—. Me temo que necesitaré conocer los detalles de en qué estaba trabajando Coffin, sus contactos, cualquier relación romántica, rivalidades profesionales o enemigos...

—Por supuesto —dijo el doctor Rao. Sacó su interfaz de nuevo y empezó a teclear—. Le generaré una lista. Respecto a en qué estaba trabajando... me temo que hay muchos secretos comerciales involucrados, pero somos una empresa de ingeniería biomédica, como seguro que sabrá. El proyecto de Dexter en concreto ha sido el de aplicaciones en ingeniería cuádrimensional.

—Lo lamento —dijo Ferron—, pero eso no me dice nada.

—Lógico. —Presionó una tecla. La gata echó un vistazo por encima de su hombro, fascinada aparentemente por las luces parpadeantes del monitor.

El hipervínculo parpadeó en la línea de transmisiones de Ferron. Accedió a él y recibió una breve formación en física teórica sobre cómo manipular formas tridimensionales en el espacio-tiempo. Un sudor frío le recorrió las palmas de las manos. Se dijo que era solo por el segundo subidón de la hipomanía.

—Cirugía a corazón cerrado —dijo ella. Durante el auge del turismo médico la economía de Bangalore había prosperado. Ahora que la gente ya no viajaba con tanto derroche habían encontrado otras formas de sobrevivir, pero el estado seguía siendo uno de los centros de tecnología médica de la India. Ferron se preguntó por las aplicaciones de la cirugía a distancia y cuál podría ser el impacto económico de dicha

tecnología.

—Claro. O extraer el apéndice sin dejar cicatriz alguna. Introducir células madre en la médula ósea sin trauma quirúrgico, facilitando al cuerpo que cure la enfermedad en vez de la infección y las heridas. Es revolucionario. Si conseguimos que funcione.

—*Saab*... —Ferron acarició la suave y celeste cabeza de Presidenta Miau—. ¿Podría usarse como arma?

—Cualquier cosa puede ser usada como arma —respondió, ¿demasiado rápido quizá? Pero su conductividad cutánea y frecuencia cardiaca no mostraban ni engaño ni ocultación—. Subinspectora, ¿le gustaría tomar un café?

—Me encantaría —reconoció.

El doctor Rao pulsó unas teclas más y bajó de la cinta. Ferron habría jurado que teclear resultaba de lo más ineficiente, pero desde luego Rao parecía hacer las cosas deprisa.

—¿Motivos religiosos, *saab*? —preguntó.

—¿Mmm? —Miró de reojo el monitor—. No. Es que soy un excéntrico. Prefiero un solo flujo de información a la vez. Y me gusta venir aquí y hacer mi trabajo, y que mi casa siga siendo mi casa.

—Ah. —Ferron se rio y le siguió por la oficina hasta un juego de antiguas sillas lacadas. Presidenta Miau los siguió a pequeños y delicados pasitos, deteniéndose para olisquear la desconocida alfombra y revolcarse en una zona especialmente exuberante. Sintiendo como si estuviera haciendo una enorme confesión, Ferron dijo —: A veces desconecto mis líneas de transmisión también. Quito todos los filtros. Me ayuda a concentrarme.

Él le guiñó un ojo.

—Cuénteme sobre Dexter y su gata —continuó ella.

—Bueno... —Lanzó una mirada de soslayo y con aire culpable a Presidenta Miau—. Estaba muy adelantada. No había duda de que Dexter pasaba mucho tiempo trabajando con ella. Frases completas, conversación del nivel de un niño de cinco años muy imaginativo. Es uno de nuestros diseños, por cierto.

—¿El gato loro?

—La variedad jacinto. Estamos trabajando en una variedad *Eclectus* que saldrá al mercado el próximo año, con colores carmesí y ciruela. ¿Sabía que tienen una duración mayor que los originales? Los gatos loro deberían poder vivir de unos treinta a unos cincuenta años, aunque por supuesto el diseño no lleva demasiado funcionando y carecemos de evidencias experimentales.

—No lo sabía. Sobre el doctor Coffin... —Hizo una pausa y escaneó las listas de enemigos y de contactos que el doctor Rao le había proporcionado, comprobando las referencias cruzadas a los archivos y los informes de tres interrogatorios de Indrapramit que habían entrado en los últimos cinco minutos. Otra petición de contacto de su madre parpadeó oficiosamente. La descartó—. Entiendo que no nació aquí.

—Se trasladó —dijo el doctor Rao en voz baja—. De Estados Unidos.

—¿Cómo? —se sorprendió Ferron—. ¿Se reubicó por un trabajo? Qué medieval. ¿Cómo justificó BioShell el gasto... y la huella de carbono?

—Tenía unas aptitudes extraordinarias. Traemos a gente de muchos sitios, en realidad. Aquí era bastante popular: su trabajo era excepcional y él resultaba lo bastante encantador y talentoso como para que sus colegas le perdonaran algunas de las... inconsistencias de su normalización mental.

—¿Inconsistencias?

—Era depresivo, señora —dijo el doctor Rao—. Inclinado a tener fuertes arranques de desesperanza existencial. La medicación y la cirugía lo controlaban adecuadamente y llevaba una vida funcional, pero no lo bastante como para que estuviese siempre... cómodo.

—¿Cuando dice desesperanza existencial...? —Ferron era una experta en dejar las frases abiertas con una vacilación indefinida.

El doctor Rao parecía alegremente dispuesto a terminar la frase por ella.

—Cuestionaba el valor y el mérito de casi todos los empeños humanos. De la propia existencia.

—¿Así que era un poco nihilista?

—El nihilismo niega el valor. Dexter estaba dispuesto a creer que la compasión tenía valor, no un valor intrínseco, ya me entiende. Un valor asignado. Creía que lo mejor a lo que podía aspirar un ser humano era a limitar el sufrimiento.

—Eso explica su alias.

El doctor Rao soltó una risita.

—Lo hace, ¿verdad? Sea como sea, era brillante.

—Entiendo que eso significa que BioShell sufrirá su ausencia.

—El proyecto cuadrimensional se derrumbará sin él —dijo el doctor Rao con franqueza—. Va a ser necesario hacer una búsqueda mundial para sustituirlo. Y tendremos que hacerlo rápidamente, estábamos preparando ya el lanzamiento de esta tecnología.

Ferron pensó en esa persona vuelta del revés sobre su alfombra, en mitad de un apartamento dispuesto para una cena en pareja.

—Doctor Rao...

—¿Sí, subinspectora?

—Según usted, ¿podría el doctor Coffin cometer suicidio?

Él juntó las manos por las yemas de sus dedos y suspiró.

—Es... posible. Pero era un hombre muy dedicado a su trabajo y sus evaluaciones psicológicas no mostraban que fuera un peligro inmediato. Odiaría pensarlo.

—¿Porque sentiría que podría haber hecho más? No puede salvar a alguien de sí mismo, doctor Rao.

—A veces —dijo— una palabra en la oscuridad es lo único que hace falta.

—El doctor Coffin trabajaba desde casa. ¿Tenía allí parte de su equipo de laboratorio? ¿Es posible que muriera en un accidente?

El doctor Rao alzó las cejas.

—Ahora siento curiosidad por la naturaleza de su fallecimiento, me temo. No se esperaba que tuviera ningún equipamiento propietario en casa: aquí tenemos un laboratorio para él y su trabajo en casa tendría que haber estado restringido a la teoría y el análisis. Pero, por supuesto, tendría diversas interfaces.

El café llegó de manos de un hombre joven con una sonrisa franca que dejó la bandeja en la mesa y desapareció de nuevo sin decir palabra. No había duda de que estaba contento de ser un Empleado.

Mientras el doctor Rao servía el café de una jarra de cerámica, antigua y compacta, pasó a una charla intrascendente.

—Qué apasionante lo de la galaxia de Andrómeda, ¿verdad? A la estrella la han llamado Al-Rahman.

—Pensaba que hoy en día a las estrellas les ponían el nombre de las coordenadas y el número de catálogo.

—Y así es —respondió Rao—. Pero a esta le pega un poco de romanticismo. Siendo la gente como es, ya le habrían puesto cualquier nombre si la comunidad científica no lo hubiera hecho. Y el astrónomo Abd Al-Rahman Al-Sufi fue el primero en describir la galaxia de Andrómeda, en torno al año 960. La llamó la «pequeña nube». También se la llama Messier 31...

—¿Cree que puede convertirse en una nova, *saab*?

El doctor le pasó el café —del que salía un aroma caro y sofisticado que hacía pensar que probablemente venía de las colinas— y le ofreció crema de leche y azúcar. Ferron añadió un terrón a la taza con las pinzas, mezcló la crema de leche y escogió una galleta de limón del platito que le ofrecía.

—Eso es lo que dicen en las noticias —dijo él.

—¿Así que no lo cree?

—Es usted astuta.

—Soy inspectora de homicidios —replicó.

Él metió la mano en un bolsillo y sacó un kit de inyecciones. La hipodérmica silbó de forma inquietante cuando la introdujo en la piel. Hizo una mueca de dolor.

—¿Insulina? —preguntó Ferron, mordiéndose la lengua para no caer en la grosería de preguntarle cómo es que, siendo diabético, no se había puesto células madre.

Él negó con la cabeza.

—Escotofobina. También es parte de mi normalización mental. Tengo problemas con la memoria a corto plazo. —Escogió una galleta de chocolate y la mordió con ganas.

También ella había tomado de eso, en el colegio, y cuando empollaba para los exámenes de policía. También ella se negaba a apartarse del camino.

—¿Entonces no cree que esta estrella...?

—Al-Rahman.

—Que Al-Rahman... ¿no cree que vaya a ser una nova?

—Bueno, pudiera ser —respondió—. Pero ¿y si le dijera que tiene un patrón de una serie repetida de números primos?

La penetrante acidez de la galletita de limón se volvió arenosa en la boca de Ferron.

—¿Disculpe?

—Alguien nos está enviando señales —dijo el doctor Rao—. O sería más propio decir que nos estaba enviando señales, en pasado. Hace mucho, mucho tiempo. Alguien con la tecnología necesaria para ajustar la potencia de salida de su estrella.

—Explíquese —dijo ella, depositando los restos de la galleta en el platillo.

—Al-Rahman está a más de dos millones y medio de años luz de aquí. Eso significa que la luz que vemos fue modulada cuando los primeros humanos identificables estaban brotando del árbol genealógico de los homínidos. Incluso aunque pudiéramos enviar una señal de respuesta... las posibilidades de que ya no estén son muy altas. Era tan solo un mensaje en una botella. «Estuvimos aquí».

—En las noticias hablaron de veinte mil años luz.

—Las noticias. —Soltó una mueca burlona—. ¿Alguna vez informan bien del trabajo de la policía?

—Nunca —respondió Ferron con convicción.

—Con la ciencia pasa lo mismo. —Alzó la vista un momento cuando las luces se oscurecieron—. Otro apagón.

Una idea informe rieló en un rincón de la mente de Ferron.

—¿Tienen una granja solar?

—BioShell es completamente autosuficiente —confirmó—. Tiene que ser un *bug*, pero aún no lo hemos localizado. Sea como sea, volverá en un momento. Todo el equipo importante lleva fuentes de alimentación. —El doctor Rao terminó la galleta y removi6 el café, pensativo, mientras masticaba—. Lo más probable es que el universo esté, o haya estado, lleno de especies inteligentes. Y que nunca lleguemos a conocerlas. Las distancias y las escalas temporales son inmensas. En los doscientos años que hemos sido capaces de enviar señales al espacio... bueno. Compárelo en escala con Al-Rahman.

—Es espantoso —dijo Ferron—. Hace que entienda la perspectiva del doctor Coffin.

—Es horrible —convino el doctor Rao—. Horrible y maravilloso. En cierta manera me pregunto si eso será lo más cerca que lleguemos a estar alguna vez de concebir el rostro de Dios.

Los dos bebieron el café a sorbos, reflexivos, frente a frente pero separados por la bandeja y la mesita lacada.

—¿Leche? —dijo Presidenta Miau. Con cuidado, Ferron echó un poco de crema

de leche en un platillo y se lo dio a la gata.

El doctor Rao comentó:

—¿Sabe? Se espera que la galaxia de Andrómeda y nuestra Vía Láctea vayan a colisionar en algún momento.

—¿En algún momento?

Sonrió. Aquello le sentó bien a las arrugas alrededor de sus ojos.

—En cuatro mil millones y medio de años o así.

Ferron pensó en *uttara bhadrapada*, en el Ganges celestial y en la casa de Ariamán —en un sentido más o menos metafísico— mientras transitaba aquel camino en el cielo. Desde un punto tan remoto hacían falta dos millones y medio de años solo para ver así de lejos.

—No esperaré levantada, entonces. —Terminó el último sorbo de café y buscó a la gata a su alrededor—. ¿Podría ver el laboratorio del doctor Coffin antes de irme?

—Ah —dijo el doctor Rao—. Creo que eso será posible, e incluso más.

El espacio de laboratorio que Coffin compartía con otros tres investigadores contradecía la riqueza corporativa de BioShell. Era un laberinto de mesas y un equipo inidentificable con una disposición mareante. Ferron reconoció un secuenciador de genes, cuatro o cinco microscopios y una centrifugadora, pero la mayor parte del equipo superaba su limitado conocimiento de bioingeniería. Le llamó la atención, eso sí, que casi todos los objetos de la estancia eran de los colores corporativos de BioShell, en dorado y esmeralda.

Entrevió a través de una puerta que conectaba varias estancias un exuberante invernadero de lo que parecían prototipos de plantas; al otro extremo de la habitación, filas de condensadores zumbaban junto a una puerta giratoria cubierta de escarcha. Una mujer de piel negra que llevaba una bata de laboratorio y el pelo recogido en pequeños rizos apretados tenía los ojos puestos en una lente y las manos en las mangas de unos *waldos*. ¿Microcirugía?

El doctor Rao extendió una mano cuando Ferron se detuvo junto a él.

—¿No la molestaremos?

—La doctora Nnebuogor habrá filtrado prácticamente todo menos la alarma de incendios —respondió el doctor Rao—. La única forma de que la distrajéramos sería darle un empujón. Y eso es algo —dijo alzando un dedo a modo de advertencia— que no aconsejaría, ya que probablemente estará trabajando en uno de esos siguientes gatos loro de los que le hablé.

—¿Nnebuogor? ¿Es nigeriana?

El doctor Rao asintió.

—Educada en El Cairo y en Bangalore. Que viniera a trabajar a BioShell fue una verdadera suerte para nosotros.

—Sí que contratan a muchos *farang* —dijo Ferron—. Y no por telepresencia. — Esperó a que Rao mostrara algún gesto de indignación, pero debió de haberlo dicho con el tono de voz adecuado porque él solo se encogió de hombros.

—Los investigadores necesitan acceso a nuestros laboratorios.

—Miau —maulló Presidenta Miau.

—¿Puede? —preguntó Ferron.

—Aceptamos gatos —respondió Rao, con un atisbo de sonrisa, así que Ferron dejó el transportín en el suelo y abrió la puerta. El ritmo cardiaco de Rao se aceleró un poco y ella se descubrió a sí misma mirando a los lados mientras él se estiraba los pantalones y se quitaba pelusa de una manga.

Presidenta Miau salió despacio, frotándose todo el costado contra el lateral del transportín. La gata alzó la mirada hacia el equipo y los muebles sin pestañear y pronto se puso en posición de saltar sobre una mesa de laboratorio, pero el doctor Rao sacó una mano con firmeza.

—Nada de saltar ni de trepar —ordenó—. Peligroso. Te lastimaría.

—¿Lastimarrrrr? —La gata alargó las erres de una forma tan adorable que tenía que estar diseñada—. ¿No saltarrrr?

—No. —Rao se volvió hacia Ferron—. Están cableados para responder a la orden «no». Me parece que encontrará que nuestros gatos loro son superiores en este sentido a los felinos no modificados. Pero eso no quita que sigan siendo gatos.

—Claro —convino Ferron. Observó a Presidenta Miau explorar el nuevo entorno, frotándose el rostro aquí y allá—. ¿Tiene usted alguna mascota?

—Es frecuente que nos llevemos a casa un prototipo que ha tenido éxito —dijo—. Sería una pena destruirlos. Tengo un gato loro rojo y gris y un lémur dorado. Modificado, claro. Los estándar están protegidos.

Bajo su mirada, la gata de color jacinto se fue abriendo camino, olisqueando todas las superficies. Se detuvo delante de un puesto de trabajo en particular antes de marcarlo con la mejilla y dijo con una sorpresa cómicamente exagerada:

—¡Mío! ¡Mi olor!

Había una cesta forrada con lana sintética metida bajo la mesa. La gata se inclinó hacia ella estirando la cabeza y el cuello y la olió a conciencia y repetidas veces.

—¿Has estado aquí antes? —preguntó Ferron.

Presidenta Miau miró a Ferron con los ojos desorbitados ante su patente ignorancia y declaró:

—¡Nueva!

Saltó a la cesta y se acurrucó dentro, hundiendo las patas en la lana varias veces y a conciencia.

Ferron se obligó a dejar de morderse la uña del pulgar. Metió la mano en el bolsillo del uniforme.

—¿Son todos los jacintos clones?

—Todos están íntimamente relacionados —afirmó el doctor Rao—. Pero no, clones no. E incluso si fuera un clon, habría diferencias en la estructura de las manchas de su cuerpo.

En ese momento, la doctora Nnebuogor suspiró y se alejó unos pasos de la

máquina, retirando las manos de los *waldos* y meneando los dedos como un músico después de practicar. Cuando se dio la vuelta se sobresaltó al verlos.

—¡Ay! Lo siento. Tenía los filtros puestos. *Namaskar*.

—¿Miau? —dijo la gata desde la cesta que se había apropiado.

—Hola, Niranjana. ¿Dónde está Dexter? —preguntó la doctora Nnebuogor. Ferron intuía que la científica estaba leyendo las metaetiquetas. La doctora Nnebuogor alzó los ojos hacia Rao—. Y, disculpe, oficial, pero ¿qué hace aquí la poli?

—Bueno —dijo Ferron—. Tengo malas noticias para usted. Parece que Dexter Coffin fue asesinado anoche.

—Asesinado... —La doctora Nnebuogor apoyó la mano en el borde de la mesa—. ¿Cómo que asesinado?

—Sí —dijo Ferron—. Soy la subinspectora de policía Ferron... —algo que la doctora Nnebuogor ya sabría— y me temo que he de hacerle algunas preguntas. También me pondré en contacto con los demás investigadores que comparten las instalaciones por telepresencia. ¿Hay alguna zona tranquila que pueda usar?

La doctora Nnebuogor parecía afligida. Se llevó a la boca la mano que no tenía apoyada en la mesa. La línea de transmisiones de Ferron mostró la aceleración de su pulso y el aumento de la conductividad cutánea según su cuerpo se iba empapando en sudor frío. ¿Culpa o dolor? Era demasiado pronto para decirlo.

—Puede usar mi oficina —dijo el doctor Rao—. Haga el favor, con mi gratitud.

Los interrogatorios le llevaron la mayor parte del día y de la tarde, y para cuando todo hubo terminado le habían proporcionado a Ferron muy poca información nueva. Sí, habría gente que mataría por aquello en lo que Coffin estaba —o había estado—, trabajando. No, ninguno de sus colegas tenía ninguna razón para ello. No, no mantenía ninguna relación amorosa, que ellos supieran.

Ferron supuso que técnicamente podría pasar toda la noche con el transportín a rastras, pero su apartamento no estaba muy lejos del barrio de la universidad. Vivía en un bloque de parentesco, junto con sus tíos y primos, sus abuelos, sus bisabuelos, sus hermanas y sus maridos (y, en un caso, esposa). El apoyo fiscal del alojamiento compartido era la única razón por la que había podido cargar con su madre durante tanto tiempo.

Solicitó un pedícolo porque no se sentía capaz de volver en autobús y le pareció que había superado con creces su cupo de pasos antes de la cena; el pedícolo llegó, después de un buen rato. Con el transportín equilibrado sobre el asidero, Ferron condujo con impecable destreza a través del tráfico, disfrutando de la sensación del viento en el pelo y de los enfurecidos bocinazos que retumbaban por las avenidas de varios carriles.

Puesto que podía poner la conducción en piloto automático, concentró la otra

mitad de su atención en enviar una transmisión de los hechos al sistema experto del departamento. Doyle lo sabía todo de todo y aunque no tenía conciencia ni iniciativa propia en el sentido que la mayoría de las personas tienen en mente cuando dicen «inteligencia artificial», seguía siendo mejor que un cerebro humano a la hora de ver patrones, y al estar superenfriado lo hacía muchísimo más rápido.

Le pasó incluso los hechos más desconcertantes, como la forma en la que Presidenta Miau había reaccionado al meterla en el laboratorio comunal que Coffin había compartido con otros tres investigadores de BioShell.

Doyle engulló todo lo que Ferron tenía para darle, tan rápido como podía transmitírselo. Sabía que en lo más profundo de sus entrañas estaría integrando esa información con los informes de Indrapramit y los de los demás agentes y técnicos asignados en el caso.

Pensó que quizá necesitaban algo más. Cuando el pedícolo la dejó al final de su calle, le escribió unas líneas a Damini, su infoarchivista favorita.

—Hola —dijo Ferron cuando Damini respondió.

—Hola, hola, jefa. ¿Qué necesitas?

Ferron liberó el pedícolo para que regresara con el resto de los que circulaban por la ciudad y este se escabulló, probablemente convocado ya por la siguiente llamada. Ferron había usado sus permisos de anulación para requisarlo. Intentó sentirse culpable, pero lo cierto es que llegaba tarde para ayudar a su madre y había ignorado dos mensajes más en el entretanto. Probablemente ya era demasiado tarde para evitar un derramamiento de sangre, pero tenía que hablar con ella para acabar de una vez por todas con lo inevitable.

—Sácame todo lo que puedas de la víctima de hoy, ¿quieres? Dexter Coffin, estadounidense de nacimiento, trabajaba en BioShell. Remóntate tan atrás en el tiempo como que puedas y busca cualquier rastro que haya dejado con otro nombre o alias.

—La historia dental de la infancia y los *posts* juveniles en los foros del Candyland —dijo Damini, bromeando—. Entendido. Lo pasaré a Doyle cuando acabe.

—¿Me darás un toque también? ¿Aunque sea tarde? Estoy dopada.

—Yo también voy a estarlo —respondió Damini—. Esto me llevará un rato. ¿Algo más?

—No, a no ser que hayas dado con una cura para las familias.

—Ja —dijo la infoarchivista—. Todo el mundo habla pero nadie escucha lo que los demás tienen que decir. Podría vivir de las rentas. Bueno, hablamos más tarde. —Desapareció justo cuando Ferron llegaba al vestíbulo del bloque de apartamentos.

Ya había pasado la hora de la cena, pero la mitad de la familia estaba reunida en las áreas comunes, viendo las noticias o jugando a algo al tiempo que pretendían ignorarlo. Ferron sabía que no servía de nada tratar de pasar a hurtadillas por aquellas salas de suelo de mármol sintético amuebladas con *charpoys* y cojines y con los

rincones a rebosar de vegetación. Cualquier intento de sigilo solo los incitaría a que la entretuvieran más.

La información del doctor Rao sobre la progresión de números primos se había filtrado fuera de los círculos científicos —o había sido publicada— y una incontable sucesión de comentaristas la estaba analizando con un discurso menos rico en matices que el suyo. Los primos mayores le preguntaron a Ferron si había oído lo de la estrella; dos hermanas y un tío le dijeron que su madre la había estado buscando. Todas las sobrinas y los sobrinos y los primos más pequeños querían ver a la gata.

La *mausi* mayor de Ferron le dio una charla de cinco minutos sobre cómo un poquito de cirugía estética podría hacerla más atractiva en el mercado del matrimonio y ¿no había pensado en aclarar el tono caoba oscuro de su piel y dejarlo en un color trigueño «más bonito»? Como por arte de magia en la mano de la *mausi* apareció un plato de *idlis* con *sambaar* que pasó de la suya a la de Ferron. «¿Y cómo vas a conseguir un hombre con lo delgaducha que estás?».

Ferron tardó veinte minutos en alcanzar su pequeño apartamento, que hacía tres noches que había dejado preparado para dormir. Humo vino trotando a verla: una variedad de zorro con el pelaje más suave imaginable, color carbón y plata, de entre el que emergía un triangular rostro sonriente de ojos como negras piedras preciosas. Sus antepasados habían sido zorros de granja criados en Rusia por su pelaje. Los investigadores habían experimentado con ellos, cruzándolos en busca de docilidad. Resultó que no hacían falta más que unas pocas generaciones para convertir a un animal salvaje en una mascota.

Ferron se sentía un poco intranquila por las implicaciones éticas de todo aquello, pero eso no le había impedido adoptar a Humo cuando su madre perdió interés en la mascota. Los zorros ya no eran la última moda, lo que se llevaba ahora era los gatos modificados y los lémures; también las dermomascotas, para aquellos que quisieran parecer más atrevidos.

Aunque se había apresurado a llegar a casa ahora sentía el imperioso deseo de retrasar lo inevitable. Dejó el transportín de Presidenta Miau sobre los armarios y sacó a Humo fuera, a la granja solar, para que hiciera unos minutos de ejercicio en el relativo fresco de la noche. Después de que pasara un rato persiguiendo en círculos a los loros, volvió a meterlo dentro, limpió su cajón de arena y se quitó el uniforme empapado de sudor para darse una ducha. Se estaba lavando el pelo cuando se dio cuenta de que no tenía ni idea de qué darle de comer a Presidenta Miau. ¿Podría comer comida para zorros? Ferron tendría que imaginar alguna forma de separar parte del apartamento para ella... al menos hasta que estuviese segura de que Humo no vería a un gato loro como un buen aperitivo nocturno.

Se vistió con su ropa de paisano —descalza con un *salwar kameez*— y probó a reordenar los muebles para dividir el apartamento. Antes de marcharse dejó como ofrenda unos paquetes con *kumkum* y unas caléndulas de las que crecían en las cajas del patio en la bandeja que estaba delante del ídolo de Várana, el dios de los

acuerdos, el orden y la ley.

Ferron no se molestó en secarse el cabello antes de ir a la puerta de su madre. El calor se encargaría de ello si se lo dejaba suelto.

Madhuvanathi no se levantó a abrir, porque ya no era capaz; la puerta se abrió sin más ante la presencia de Ferron. Cuando entró, se fijó en que hacía falta regar la alfombra y recolocar la tumbona en la que estaba reclinada su madre, pues tenía los bordes hundidos de llevar demasiado tiempo con la misma forma. Su madre no tenía puesta la típica interfaz moderna no invasiva (lentes, sensores de conductividad cutánea y de actividad cerebral, finos cables invisibles pegados a la piel que detectaban los impulsos nerviosos y los micromovimientos musculares) sino un traje completo de inmersión.

Como tantas otras veces, Ferron pensó si ponerle un filtro a esa cosa voluminosa y acolchada y ver a su madre como quería verla. Pero aquello sería deshonesto. Ferron estaba allí para afrontar los problemas, no para hacer como si no existieran.

—Hola, madre —dijo Ferron.

No obtuvo respuesta.

Ferron envió un mensaje de texto. «Hola, madre. ¿Querías verme?».

Hubo una larga pausa, pero no tan larga como podría haber sido. «Llegas tarde, Tamanna. Llevo todo el día intentando localizarte. Ahora estoy en mitad de una misión».

«Lo siento», escribió Ferron. «Ha habido un asesinato».

La palabra escrita, gracias a los dioses, se llevó todo el sarcasmo defensivo que habría desbordado la frase hablada. Jugueteeó con los brazaletes que no podía usar en el trabajo, solo para oír el tintineo del vidrio.

Ferron sentía que la atención de su madre estaba en otra parte y lo mucho que le disgustaba que su hija le echara encima la desagradable realidad de su trabajo. Tendría la atención puesta en cualquier cosa que no fuese Ferron durante todo el tiempo que ella estuviese dispuesta a esperar. Era una lucha de voluntades y Ferron siempre perdía.

«Madre...».

Su madre se levantó la placa frontal del casco de realidad virtual y se incorporó de golpe.

—Maldita sea —gruñó—. Me han matado. Eso me enseñará a hacer dos cosas al mismo tiempo. Oye, sobre los archivos...

—Madre —dijo Ferron—. No puedo. Ya no me quedan más ahorros que darte.

—Me matarán —respondió Madhuvanathi.

«Desarchivarán tu historia virtual», pensó Ferron, pero tuvo el sentido común de morderse la lengua.

Después de que el silencio se prolongara durante unos quince segundos,

Madhuvanathi dijo:

—Vende el zorro.

—Es mío —contestó Ferron—. No voy a venderlo. Madre, necesitas de verdad salir de tu mundo simulado de vez en cuando...

Su madre se abrió el cuello del traje de realidad virtual para alborotar el pelo violeta y verde azulado de la dermomascota que se acurrucaba junto a su garganta en busca de calor. Esta arqueó el lomo como respuesta, lo más probable que vibrando con un reconfortante ronroneo. Ferron intentaba ser imparcial, pero la idea de las mascotas parasitarias, por más suaves y coloridas que fueran, le ponía los pelos de punta.

La madre de Ferron replicó:

—Simulado. ¿Es que tu mundo no lo es?

—Madre...

—Ven a ver mi mundo alguna vez antes de juzgarlo.

—He visto tu mundo —respondió Ferron—. Solía vivir allí, ¿recuerdas? Todo el tiempo, contigo. Ahora vivo aquí fuera y tú también puedes.

La mirada furiosa de Madhuvanathi habría resultado abrasadora incluso en la temporada de lluvias.

—Soy tu madre. Me obedecerás.

Todo en el interior de Ferron exigía que respondiera «sí». Esa obligación estaba grabada en sus circuitos. Planificada. Programada.

Ferron alzó la mano derecha.

—¿Qué tal si cogemos algo de cena y...?

Madhuvanathi resopló y bajó de nuevo la placa frontal. Y ese fue el final de su encuentro.

Fuera o no por la normalización mental, fueran o no las alas frescas de la hipomanía, el corazón de Ferron latía a toda prisa y la ropa limpia se puso pegajosa otra vez. Se dio la vuelta y se marchó.

Cuando regresó a su propio apartamento lo primero en lo que se fijó fue en que el improvisado muro de muebles estaba parcialmente derruido: una silla-estantería volcada de lado, la superficie de la mesa, antes desconectada y puesta de pie, ahora por tierra.

—Ay, no. —El corazón se le subió hasta la garganta. Corrió hacia dentro sin preocuparse de cerrar la puerta...

Encima de un montón de cojines estaba Humo, con aire orgulloso y engreído. Apoyada sobre el costado suave y gris del zorro, envuelta en su cola como si fuera una manta, se enroscaba Presidenta Miau, con los ojos áureos cerrados a cal y canto de puro placer.

—¡Mío! —proclamó la gata loro categóricamente al tiempo que alzaba la cabeza.

—Supongo que sí —respondió Ferron. Cerró la puerta y fue a servirse una bebida mientras revisaba la última tanda de interrogatorios.

Según todo lo que Indrapramit había averiguado, Coffin era un tipo reservado. A pesar de su introversión, siempre estaba deseoso y dispuesto a hablar de su trabajo. Su compañía más cercana era la gata (Ferron bajó la mirada hacia Presidenta Miau, que se había recolocado para aprovechar el templado valle que quedaba en la cama entre Humo y el muslo de Ferron), la cual era una especie de celebridad en el barrio pues incluso iba subida al hombro de Coffin cuando este hacía sus ejercicios.

En conjunto, era el retrato del típico hombre solitario que no dejaba que la gente se le acercara demasiado.

—A lo mejor hay más en el infoarchivo —se dijo, y repasó los resultados del patrón algorítmico de Doyle otra puñetera vez.

Después de realizar, por primera vez en tres días, sus ejercicios vespertinos de *kalari payat*, Ferron preparó los muebles para acostarse y se fue a la cama con los expedientes. No esperaba que Indrapramit se presentase en su apartamento, pero a eso de las dos de la madrugada la puerta del vestíbulo le dejó saber discretamente que tenía un visitante. Claro, sabía que ella se había dopado, y como él no tenía familia y vivía en una habitación comunal con finas paredes le haría falta un sitio tranquilo donde acampar y trabajar a esas horas de la noche. No es que pudieras hacer muchos interrogatorios productivos cuando todos los sujetos estaban dormidos; a menos que los pillaras con las manos en la masa y pudieras llevártelos a la cárcel para interrogarlos.

Que fuera a su casa implicaba que todos los demás residentes del bloque lo sabrían y Ferron anticipaba una mañana de preguntas de sus tías mientras ella trataba de engullir los *idlis*. Daba igual que Indrapramit fuera un colega y ella su superior. A su edad, cualquier señal de interés masculino atraía enjambres de familiares no Empleados con demasiado tiempo libre.

Le dejó entrar, a pesar de todo. Se escabulló de entre la gata y el zorro, se puso el albornoz, se calzó las zapatillas y fue a recibirlo al vestíbulo. Si la charla quedaba constreñida a las áreas públicas reduciría al menos el número de miradas cómplices al día siguiente.

Él también se había dopado. Lo sabía por su paso saltarín y por la fijeza casi furiosa de su mirada, además de por el hecho de que se hubiera dejado caer para una visita a altas horas de la noche.

Bajando la voz para no molestar a los vecinos, Ferron dijo:

—¿Es tan bueno que no se podía mandar por correo?

—Se trata de una complicación potencialmente interesante.

Ferron hizo un gesto en dirección a las puertas de cristal que llevaban a la granja solar. Él la siguió, con las botas casi tan brillantes como por la mañana. Debía de

lustrar las botas con un brillo antiestático.

Ferron se quitó las zapatillas lanzándolas con los pies y atravesó sin hacer ruido el umbral, tras asegurarse de apagar la alarma primero. Los árboles solares se plegaban durante la noche, de modo que las hojas enrolladas en embudos canalizaban la condensación hasta las raíces. Se notaba incluso un poco de frío en el ambiente.

Ferron respiró agradecida mientras meneaba los dedos de los pies en la tierra cultivada.

—Subamos al tejado —sugirió ella.

Sin decir palabra, Indrapramit la siguió por la serpenteante escalera calada repleta de buganvilla, ahora espinosa y sin hojas debido a la estación seca pero que cuando volvieran las lluvias se convertiría en una explosión de color y vegetación. Los muros interiores del bloque de apartamentos estaban cubiertos de musgo y de una espesa plantación de cilantro y otras hierbas ayurvédicas. Ferron rompió una amarga hoja de alholva para mordisquearla mientras subía.

Al llegar al final de la escalera se hizo a un lado y echó la cabeza hacia atrás para contemplar a través de las macetas de nim, de los limoneros y de los mangos las estrellas en lo alto. Una sombra oscura y encorvada en las ramas de un granado la asustó hasta que se dio cuenta de que era la silueta de uno de los monos de la casa, ovillado mientras dormía. Se preguntó si la galaxia de Andrómeda sería visible desde ahí en esa época del año. Cuando lo comprobó con un mapa del cielo averiguó que se vería, pero probablemente baja en el horizonte y no sin ayuda de un telescopio, dada la contaminación lumínica de aquellos tiempos. Aun así, ahora resultaría más fácil de encontrar que hace cien años, cuando solo podían verse las estrellas más brillantes. El Ganges celestial se derramaba por la oscuridad como lentejuelas cosidas al azar en un velo de color índigo y un curvo pedazo de luna se alzaba en lo alto. Respiró profundamente y pisó el césped y las hierbas del jardín de la azotea. Una *Meehania cordata* le atrapó los dedos de los pies, propagando su olor pungente.

—Bueno, ¿y cuál es la noticia?

—No somos los únicos que vamos por ahí haciendo preguntas sobre Dexter Coffin. —Indrapramit le mostró un video de una mujer de piel pálida con pelo rojo que el sol había decolorado hasta un tono naranja y con un surtido de pecas que ni siquiera el brillo de la crema solar que cubría sus mejillas podía ocultar. Tenía los hombros anchos y parecía competente. Los códigos de identificación que atravesaban la línea de transmisiones bajo la imagen le dijeron a Ferron que llevaba una placa y una pistola aturdidora.

—¿Una poli contratada? —preguntó, con empatía.

—Estoy bien —contestó él, antes de que ella preguntara nada. Extendió los dos primeros dedos opuestos a su pulgar y apretó cada punta de la uve bajo las clavículas, un nuevo gesto nervioso—. La semana pasada me hicieron el mantenimiento del bloqueo de Chicago y la reprogramación es estable. Si tuviera algún síntoma te lo diría. Sé que no todos los polis con contrato van a dar muestras de una

descompensación psicológica y a empezar una masacre.

Una masacre que Indrapramit había detenido por las malas, por cierto.

—Si necesitas algo dímelo —dijo ella, porque cualquier otra cosa que pudiera decir sonaría como un voto de desconfianza.

—Gracias —respondió—. ¿Cómo te fue con tu madre?

—¡Puaj! —exclamó—. Creo que necesito un chute. Bueno, ¿y qué va preguntando la contratista? ¿Quién la ha contratado?

—Ahí es donde viene lo interesante, jefa. Ella también es estadounidense.

—Es imposible que haya llegado hasta aquí tan rápido. No a menos que ya estuviera trabajando antes de que él muriera...

—No —dijo él—. Es una emigrante, una antigua detective de homicidios de Nueva York. Su alias es Morganti. Vive en Hongasandra y suele trabajar para la policía estadounidense y canadiense. Con licencia y fianza, y parece tener muy buena reputación.

—¿Con quién tiene contrato ahora?

—La placa dice que Honolulu.

—¿Ajá? —Ferron seguía con la mirada en las estrellas y las hojas oscuras que se agitaban delante de ellas—. Vigilancia policial distribuida de primerísimo nivel, ya veo. ¿Es un caso de busca y captura?

—¿Crees que era un prófugo y que de quien hubiera huido al final le ha dado alcance?

—Es una teoría. —Ferron se encogió de hombros—. Damini debería llamar con información sobre su historial en cualquier momento. De hecho, voy a darle un toque. Se está retrasando y por la mañana tengo que enviar al inspector un informe de las últimas veinticuatro horas.

Con apenas un gesto le pasó a Damini una petición de videoconferencia y metió también a Indrapramit. La infoarchivista respondió de inmediato.

—Lo siento, jefa —dijo—. Ya sé que soy lenta, pero sigo tratando de componer una imagen completa. Vuestro muerto enterró el pasado muy a conciencia. Pero puedo darte un informe preliminar, con la advertencia de que puede cambiar.

—Dispara —dijo Ferron, abriendo el cortafuegos para los datos. Estos llegaron deprisa y de golpe y parecía haber kilómetros desenrollándose en la línea de transmisiones como una infinita bobina de seda—. Madre mía...

—Ya, ya... ¿Quieres el resumen ejecutivo? ¿Incluso si es un trabajo en curso? Vale. Lo primero, nadie excepto Coffin estuvo en el apartamento aquella noche según el rastreo de la red de transmisiones.

—«La otra noche en la escalera —recitó Ferron— vi a un hombre que no era».

Damini se sopló el flequillo para apartárselo de los ojos.

—Así que o no entró nadie o quien lo hiciera es tan buen *hacker* que ha podido erradicar cualquier rastro de su presencia. Y eso no es algo común.

—Ya veo. ¿Qué más?

—Doyle detectó un patrón parcial en tu línea de transmisiones. Dos apagones en lugares asociados al crimen. Siguió investigando y descubrió una serie de caídas de tensión durante el curso de un año o así, todas en localizaciones que guardan alguna relación con el doctor Coffin. Y aún hay más: Doyle identificó la causa.

—Te prometo que estoy conteniendo el aliento —dijo Indrapramit.

—¿Entonces cómo es que estás hablando? Bueno, el caso es que es un virus inteligente en las redes eléctricas. Redirige la energía del laboratorio y de las granjas solares domésticas a intervalos irregulares. La energía se desvía a una serie de baterías recargables en el laboratorio de Coffin. Salvo que Coffin no firmó la orden de compra de esas baterías.

—Nnebuogor —aventuró Ferron.

—Dos puntos —dijo Damini—. Igual es una idea disparatada, pero podría haber ido a la oficina justo hoy para ver si los policías pasaban por ahí.

—Sí, pudiera ser... —dijo Indrapramit, sin estar muy convencido—. ¿Crees que Nnebuogor mató a Coffin porque descubrió que estaba robando energía? ¿Con qué objetivo?

—Me meteré en su correo y demás medios —dijo Damini—. Ahí va mi especulación: tenemos un virus en la red pública, que se extiende a través de la red eléctrica inteligente de un bloque de apartamentos a otro. Para cometer el asesinato nadie tenía que estar en la habitación con Coffin, no si esos manipuladores cuadrimensionales podían darle alcance. ¿Verdad? Simplemente anulas cualquier protocolo de seguridad que haya y... ¡bum! O ¡chof!, si lo prefieres.

Ferron hizo una mueca de asco. No, no lo prefería.

—¿Alguna señal de que los manipuladores hayan sido intervenidos?

—Su memoria está borrada —dijo Damini—. Igual que la gata. Oh, y he descubierto otra cosa. Dexter Coffin no es la primera identidad de nuestro chico. Más bien la tercera, si mi analizador sintáctico y semántico no se equivoca respecto al contenido web que está recogiendo. Tengo a Conan con ello también —Conan era otro de los sistemas expertos del departamento— y voy a revisar a mano la selección. Pero parece como si nuestro difunto se hubiera reinventado a sí mismo cada vez que se hubiera metido en un lío profesional, algo que le pasaba mucho. Tenía unas opiniones impopulares y no era tímido para compartirlas con la red. Así que cuando ponía a la comunidad calentita regresaba con otra marioneta: nueva apariencia, nueva dirección, nuevo alias. Cortaba todos los lazos con su yo anterior. Pero he conseguido averiguar cuál fue su última identidad...

Indrapramit se echó hacia delante, cruzándose de brazos para protegerse del frío.

—¿Cómo se hace una cosa así? Trabajaba en un campo especializado, selecto. Supongo que todos se conocen, al menos por reputación. ¿Y cuánto ha cambiado su aspecto físico?

—Bueno —dijo Damini—, antes tenía este aspecto. Además tiene que haber empleado alguna táctica de normalización mental para cambiar elementos de su

personalidad. Solo que no los más prominentes. Un verdadero camaleón, el gilipollas este.

Escogió una imagen fija del banco de datos y la compartió. Ferron miró de reojo a Indrapramit, cuyas audaces cejas le estaban escalando la frente. Una mujer de Asia Oriental de pelo oscuro largo y brillante, que parecía ser unos quince centímetros más alta que el doctor Coffin, flotaba en el centro de su campo visual, sonriendo con benevolencia.

—Señora, *saab* —dijo Damini—. Les presento a la doctora Jessica Fang.

—Vaya —dijo Ferron después de una pausa moderadamente larga—. Eso requiere una inversión considerable. —Pensó en Aristóteles: cuando se altera la disposición de la mente se altera la disposición del cuerpo, de igual modo, cuando se altera la disposición del cuerpo, también se altera la disposición de la mente.

Indrapramit comentó:

—Le gustan los alias evocadores. ¿Alguna idea de por qué ese acto de desaparición?

—Estoy en ello —dijo Damini.

—Tengo una idea mejor —dijo Ferron—. ¿Por qué no le preguntamos a la detective Morganti?

Indrapramit juntó las manos por la yema de sus dedos.

—Jefa...

—Escucharé lo que tenga que decirme —dijo Ferron—. Me da igual si es una locura.

—El asunto de la gata nos ha desviado por completo. Presidenta Miau tiene que ser Niranjana, ¿no? Porque los genes de un clon habrían expresado las manchas de forma distinta. Pero no puede ser Niranjana, porque no le han borrado la memoria: es nueva de fábrica.

—Justo —dijo Ferron con cautela.

—Bueno. —Indrapramit estaba disfrutando de este momento dramático—. Si una persona puede ser modificada mediante cirugía estética, ¿por qué no un gato loro?

—¿Presidenta Miau? —la llamó Ferron, mientras dejaba entrar a Indrapramit en el piso. Necesitaban té para sacudirse de encima el frío de la madrugada y a ella ya no podía importarle menos lo que pensarán los vecinos. Además, necesitaba un uniforme limpio.

—Miau —maulló Presidenta Miau desde el interior del armario de la cocina.

—Ay mi madre —Indrapramit siguió a Ferron hasta el interior. Humo estaba sentado recatadamente en medio del suelo, con la suave cola recogida sobre sus patas: la imagen de la inocencia. Ferron abrió de par en par la puerta del armario, que estaba ligeramente entreabierta. Ahí estaba Presidenta Miau, ronroneando, con un paquete de atún hecho trizas del que derramaban hilillos de agua grasienta por toda la

superficie del armario.

La gata se pasó la lengua por el morro con descaro y bajó de un salto al borde del fregadero, donde mantuvo el equilibrio con la misma elegancia que había mostrado en el apartamento de Coffin.

—Gata —dijo Ferron. Reflexionó sobre lo siguiente que quería decir y recordó que estaba hablando con un gato loro—. No te pienses que te has librado de nada. El zorro se va a zampar el resto.

—La comida para zorros está asquerosa —respondió la gata—. Además, no suficiente taurina.

—Ajá —dijo Ferron. Volvió los ojos hacia Indrapramit y él le devolvió la mirada.

—Supongo que está aprendiendo a hablar.

No tuvieron problemas en encontrar a la detective Morganti. La pelirroja estadounidense llegó al bloque de apartamentos de Ferron cuando los primeros rayos de luz acariciaban los costados de las granjas verticales. Había estado esperando en el banco junto a la puerta, leyendo en una pantalla, pero levantó la mirada y se puso de pie en cuanto Ferron e Indrapramit salieron.

—¿La subinspectora Ferron, asumo? Y el oficial Indrapramit, me alegro de volver a verlo.

Ferron le estrechó la mano. La mujer resultaba aún más imponente en persona: alta, ancha de pecho y con unos hombros dignos de una superheroína de tebeo. No apretó fuerte.

Morganti prosiguió:

—Entiendo que es la detective al cargo en el caso Coffin.

—Venga con nosotros —dijo Ferron—. Hay una agradable cafetería francesa de camino al metro.

Tenía toldos de lona y un patio, y se sentaron y les sirvieron en cuestión de minutos. Mientras hablaban, Ferron se entretuvo empujando las migas de su hojaldre por el plato. De tanto en tanto cogía un trozo y se lo metía en la boca, regando las mantecosas migas con una intensa infusión de cardamomo.

—Y bien —dijo Ferron al cabo de unos minutos—, ¿qué hizo Jessica Fang en Honolulu? Imagino que no solo montarla en los foros. Y no hemos visto ninguna orden judicial a su nombre.

Morganti levantó la mirada.

—Qué eficiencia.

—Gracias. —Ferron inclinó la cabeza hacia Indrapramit—. Casi todo es trabajo suyo y de mi infoarchivista.

Morganti sonrió; Indrapramit asintió en silencio. Después la detective continuó:

—Se cree que es la responsable de un desfalco de casi tres millones de condólares cometido contra su antiguo empleador hace once años en Hawái.

—Eso daría para pagar muchos cambios de identidad.

—Desde luego.

—Pero no pueden probarlo.

—De haber podido, la policía de Honolulu habría pedido una orden y la habrían extraditado virtualmente. «Lo» habrían, a él. Me contrataron para investigar el caso hace diez días. —Mordió un trocito de cruasán de queso y lo mastico pensativa—. Así de largo ha sido el rastreo para localizarla. Localizarlo.

—¿Es culpable?

—Hasta la médula. —Sonrió como la estadounidense que era—. La cuestión es... está bien, de acuerdo, soy consciente de que el asesinato es competencia local, pero a mí no me pagan a no ser que cierre el caso o elimine al sospechoso... Y me dan un extra si recupero parte de la propiedad robada. Bien, «asesinado por persona o personas desconocidas» es un resultado perfectamente aceptable por lo que a la ciudad de Honolulu se refiere, con la ventaja añadida de que el estado de Hawái no tiene que pagar a Bangalore para encarcelarlo. Así que tengo que saber, de poli a poli, si el fiambre ese vuelto del revés corresponde a Dexter Coffin.

—El ADN encaja —respondió Ferron—. Eso puedo decirlo en confianza. Se difundirá un comunicado de prensa una vez que localicemos y se lo notifiquemos a su pariente más cercano.

—Entendido —dijo Morganti—. Guardaré el secreto. Me entretendré clasificando papeles de cobro contra los bienes del muerto por valor de 2.798.000 de condólares más suelto. Yo tengo información de quién es el pariente más cercano, por cierto.

Los datos llegaron de golpe. Hija, Maui. Fang-Coffin realmente había cortado con todos los lazos.

—Entendido —repitió Ferron, en eco. Sonrió al darse cuenta. Le gustaba esa mujer—. Imagino que entenderá que tenemos que tratarla como sospechosa, dadas sus motivaciones económicas.

—Por supuesto —respondió Morganti—. Me cubre una fianza y estaré encantada de someterme a un interrogatorio con suero de la verdad.

—Eso facilitará las cosas —dijo Ferron.

Morganti volvió a poner la taza de café en el platito.

—Y bien. ¿Qué puedo hacer yo para ayudarles a resolver su homicidio?

Indrapramit se revolvió intranquilo en el banco.

—¿Qué hizo Jessica Fang, exactamente? —Ferron tenía los datos de Damini en el búfer del caso. Podría usar lo que Morganti le dijera para juzgar la sinceridad y el alcance de los conocimientos de la oficial contratada.

—¿Aparte del desfalco? Estaba acusada de robar datos de una investigación y de hacerlos pasar como suyos propios —explicó Morganti—. Además, era... bueno, era bastante gilipollas en la red, la verdad. Desprestigiaba a sus colegas, hacía de menos su trabajo, magnificaba el suyo... Ella era buena, eso es cierto. Pero nadie es tan bueno.

—¿Tendría alguien motivos personales para seguirlo hasta aquí?

—Como ya se habrán imaginado, este tipo no era muy diligente respecto a su normalización mental —dijo Morganti. Se echó unos mechones de pelo detrás del hombro—. Y era un poco narcisista. O sociópata. O antisocial de alguna forma atávica. La gente normal no... no se aparta de todas sus relaciones sociales solo porque ha metido un poco de bulla en la red.

Ferron pensó en la política de disgregación de su propio puesto de trabajo, en las críticas y en los conflictos personales. Y en su madre, que más que perdida en un Serengueti electrónico estaba encerrada en los palacios de pilares virtuales de un Egipto que nunca existió.

—No —sentenció.

Morganti siguió:

—La mayoría de la gente encuentra la forma de superarlo. Claro que tampoco llegan a los límites a los que llegó Jessica Fang.

—Ya veo. —Ferron deseó con todas sus fuerzas tener a mano agua con gas en vez de ese empalagoso café.

—Ha estado siguiendo las finanzas de Coffin, ¿no? ¿Puede compartir la información?

Morganti reveló que había liquidado un montón de bienes ocultos hacía una semana, unos dos días después de que a ella le encargaran el caso.

—Fue antes de que diera con él, pero es posible que hubiera puesto alertas que le avisaran de si alguien estaba buscando a Jessica Fang, o igual tenía un contacto en Honolulu que le tenía al corriente de los avances en su busca y captura. Mi teoría es que se estaba preparando para huir otra vez. ¿Qué tal suena?

Ferron suspiró y se reclinó en la silla.

—Fabuloso. Suena completamente fabuloso. ¿No tendrá alguna idea sobre a quién estaba esperando para cenar? ¿O sobre cómo pudo salir quien quiera que lo matara cuando todo estaba cerrado a cal y canto por orden de Coffin?

Morganti se encogió de hombros.

—No tenía amigos cercanos ni relaciones amorosas. Supongo que en todo momento era consciente de que vivía escondiéndose. A veces recibía a compañeros de trabajo, pero he consultado con todos y ninguno admite haber ido a verlo aquella noche.

—Subinspectora —interrumpió Indrapramit con delicadeza—. Va siendo hora.

—Mierda —dijo Ferron como despertando—. Reunión matinal. ¿Hablamos más tarde?

—Por supuesto —dijo Morganti—. Como he dicho antes, solo me preocupa despejar mi caso de desfalco, pero siempre estoy dispuesta a echar una mano a una hermana policía en un asesinato.

«Y a dorarle la píldora a la policía local», pensó Ferron.

Morganti añadió:

—Hay algo que nunca llegó a cambiar. Fang estaba completamente obsesionada con la astronomía.

—Había imágenes del espacio profundo en las paredes de Coffin —señaló Ferron.

—Y le había ofrecido a Ganesha una bufanda de color añil —añadió Indrapramit—. Me pregunto si ese color tenía algún significado astronómico para él

—Añil —repitió Morganti—. ¿No es gracioso que tengamos una palabra distinta para el azul oscuro?

Ferron sintió que le iba subiendo la pedantería y no pudo refrenarla.

—¿Sabía que en muchas partes del mundo se utiliza la misma palabra para referirse al azul oscuro y al negro? Posiblemente debido al color del cielo nocturno. ¿Y que los antiguos griegos no tenían un nombre concreto para el azul? Por eso describían sus mares con el adjetivo «vinoso». Pero en la tradición hindú el color azul tiene un significado especial: es el color de la piel de Visnú, y Krishna lleva el sobrenombre de Sunil, «azul oscuro». El color también se aplica a aquello que lo abarca todo, como el cielo. —Pensó en algo ligeramente más enigmático—. Además, es el color de Shani Bhagavan, una de las deidades asociadas con *uttara bhadrapada*, algo de lo que hemos oído hablar mucho últimamente. Puede que, en efecto, ese color guardara muchos significados para Fang-Coffin.

Morganti, con las cejas fruncidas en señal de confusión, miró a Indrapramit en busca de ayuda.

—¿Saab? ¿*Uttara bhadrapada*?

—Andrómeda —le aclaró Indrapramit.

Morganti se excusó cuando Indrapramit y Ferron se preparaban para entrar en la oficina virtual.

Mientras Ferron organizaba los archivos y el informe, Indrapramit terminó su café y dijo:

—Debemos revisar los vuelos entrantes desde Estados Unidos y los que han traído pasajeros de esa procedencia. Honolulu no es tan prohibitivo como, yo qué sé, Chicago.

Llevaban trabajando juntos el tiempo suficiente como para que no hiciera falta detenerse a explicar los giros en la conversación.

—En caso de que sí hubiera venido alguien a matarlo. Bueno, no pueden ser tantos pasajeros, ¿verdad?

—Haré que Damini se ponga con ello —dijo él—. Después de la reunión.

Las reuniones la volvían esquiva. Habría informes, política, riñas y una serie de pérdidas de tiempo mientras la gente trataba de probar que sus casos merecían más recursos que los otros.

Se pellizcó las sienes. Al menos el café de aquí estaba bueno.

—Vale. En telepresencia... ya.

Después de la reunión matinal pidieron otra ronda de cafés y Ferron accedió a la carta de sándwiches y le echó un ojo. Nunca sabía cuándo tendría tiempo para comer.

Picaría algo después de llevar a cabo la notificación al familiar más próximo. Si es que seguía con hambre cuando terminara.

Normalmente, en el caso de un pariente próximo tan geográficamente distante, el departamento de policía de Bangalore lo arreglaría para que un oficial con jurisdicción local hiciera la llamada. Pero el departamento de policía de Lahania no había conseguido dar con la hija de Jessica Fang en su domicilio, y una rápida investigación había revelado que estaba desempleada y que habitaba en realidad artificial de forma casi permanente.

Solo por el alias, se podía ver que la hija de Jessica Fang en Maui no tenía muchas aspiraciones profesionales. Ferron e Indrapramit tuvieron que hacerse virtuales y ponerse avatares para encontrarse con ella. Skooter0 no parecía salir de sus mundos virtuales más que en los biológicamente inevitables bajones del dopaje. Puesto que estaban de servicio, Ferron e Indrapramit llevaban los típicos avatares planos que la policía de Bangalore proporcionaba por defecto: uniformes virtuales elegantemente planchados y rostros virtuales inexpresivos e idénticos.

No era el cálido toque personal que cabía desear, pensó Ferron, cuando alguien venía a decirte que tu madre había sido asesinada.

—¿Por qué no llevas la voz cantante en esto? —preguntó ella.

Indrapramit resopló.

—Asegúrate de hablar de mis cualidades de liderazgo en el próximo examen de rendimiento.

Dejaron sus cuerpos sentados en las sillas de la cafetería y vadearon los primeros niveles de anuncios, promesas de dinero fácil, actrices aspirantes de Bollywood y cotilleos sobre estrellas del pop, hasta que conectaron con la línea de transmisiones estadounidense, donde todo eran promesas de dinero fácil, actrices aspirantes de Hollywood, pornografía y cotilleos sobre el Congreso, hasta que conectaron con el canal prioritario de las fuerzas del orden. Ferron comprobó la dirección y guio a Indrapramit a una masiva realidad artificial multijugador donde el número de identificación del sistema de Skooter0 mostraba actividad en tiempo real. En cuanto le facilitaron el alias del pariente más próximo a Damini, esta lanzó una selección de códigos clave y de anulaciones que les permitieron atravesar la barrera de pago con facilidad.

No necesitaban una orden en este caso. Era solo una llamada de cortesía.

La sala preferida de Skooter0 era una realidad artificial «histórica», lo que en teoría quería decir que representaba el mundo de antes del siglo veintiuno y en la práctica que era un baturrillo de vaqueros, *ninjas*, mafiosos de traje a rayas,

caballeros medievales, caballeros mongoles y pistoleros del oeste. Había macedonios, mauryas, traficantes de armas africanos, combatientes de la resistencia francesa y nazis, todos correteando por ahí con samuráis y monjes shaolín.

El avatar de Indrapramit comprobó su guía: una aguja verde brillante que flotaba justo encima de su inexistente muñeca. La señal direccional los llevó por un espacio diseñado para evocar una cueva de hielo antediluviana en la que unas doce personas —todas vestidas de diferentes encarnaciones de la estrella del pop de finales del siglo XX David Bowie— estaban entrenándose en un frenesí marcial mientras se preparaban para avanzar hacia la batalla virtual con algún clado rival de emuladores. Ferrón clavó los ojos en un guerrero engalanado como Bowie en su época de *Diamond Dogs* que estaba siendo vestido con una reluciente armadura por un par de personas ataviadas a su vez como el célebre cantante en su faceta del delgado duque blanco. Ferron se alegró de que el uniforme de avatar le diera esa fachada de inexpresividad.

Sabía de qué iban vestidos porque había hecho una búsqueda de reconocimiento de patrones en la red. La música era pintoresca pero estaba bastante bien. Los disfraces en cambio... hizo una mueca.

Bueno, probablemente era una forma mejor de lidiar con la agresividad antisocial que discutir con tu cónyuge.

Indrapramit siguió avanzando, con los ojos fijos en el camino; aunque no es que hicieran falta ojos para ver lo que sucedía en aquel lugar.

Al fondo de la cueva de hielo, cuatro enanos nórdicos del siglo VII cavaban una escalera en la piedra, cuyo fondo no parecía tener fin. El calor subía en volutas de las profundidades. La ejecución del trabajo virtual era asombrosa. Ferron e Indrapramit pasaron de largo, escondiendo sus miradas de admiración. Se dedicaban grandes esfuerzos a crear belleza en la realidad artificial, tantos como si esta fuera de genuina piedra.

La cueva de hielo dio paso al claro de un bosque con suelo de pizarras irregulares cubiertas de musgo. Sobre ellas habían colocado mesas curvas y transparentes para jugar al ajedrez, al go, al mancala, el *cribbage* y a juegos de estrategia parecidos. La mayoría de las mesas estaban ocupadas por parejas de jugadores y en torno a algunas se congregaban grupos de observadores.

Indrapramit siguió la aguja —y Ferron siguió a Indrapramit— hasta una mesa donde un unicornio y un *sasquatch* estaban jugando a un juego con unas filas de piedras transparentes rojas y amarillas dispuestas sobre una cuadrícula según unas reglas que Ferron no comprendía. El *sasquatch* levantó la mirada cuando se detuvieron junto a la mesa. El unicornio —de un negro lustroso con un cuerno perlado y reluciente y una piedra de ámbar que brillaba apretada entre las mitades de su pezuña hendida— estaba concentrado en su siguiente movimiento. La flecha apuntaba directamente entre aquellos enormes y centelleantes ojos dorados.

Ferron se aclaró la garganta.

—¿Sí, agentes? —dijo el *sasquatch*. Se rascó la coronilla. Tenía el pelo particularmente sedoso y flotaba alrededor de sus uñas largas y ganchudas.

—Me temo que tenemos que hablar con su amiga —dijo Indrapramit.

—Les está filtrando —dijo el *sasquatch*—. A menos que tengan una orden...

—Tenemos una anulación —dijo Ferron, y la usó en cuanto sintió el consentimiento de Indrapramit.

La cabeza de unicornio se alzó al tiempo que un escalofrío recorría todo su cuerpo y mecía su crin plateada. Con la voz crispada, dijo:

—Quisiera informar de un fallo técnico.

—No es un fallo técnico —respondió Indrapramit. Se identificó a sí mismo y a Ferron y preguntó—: ¿Skooter0?

—Sí —contestó. El cuerno brilló peligrosamente—. No he transgredido ninguna ley en la India.

El *sasquatch* se levantó con discreción y se retiró.

—Tengo el lamentable deber —prosiguió Indrapramit— de informarle del asesinato de su madre, la doctora Jessica Fang, también conocida como doctor Dexter Coffin.

El unicornio parpadeó con sus pestañas iridiscentes.

—Lo siento —dijo—. Está hablando de algo cuyo registro he eliminado. No podré escucharle hasta que deje de hablar de ello.

El avatar de Indrapramit no miró a Ferron, pero ella sintió su petición de ayuda. Ferron dio un paso hacia delante y tecleó una anulación de nivel superior.

—Nos escuchará —le dijo al unicornio—. Lamento la intrusión, pero tenemos la obligación legal de informarle de que su madre, la doctora Jessica Fang, también conocida como doctor Dexter Coffin, ha sido asesinada.

El labio del unicornio se curvó hacia arriba con un gruñido que dejó sus dientes al descubierto.

—Bien. Me alegro.

Ferron retrocedió. Era más o menos la respuesta que esperaba.

—Ella me hizo —dijo el unicornio—, pero eso no la convierte en mi madre. ¿Hay algo más de lo que tengan la obligación legal de informarme?

—No —dijo Indrapramit.

—Entonces lárquense de aquí. —El unicornio colocó una piedra ambarina en la cuadrícula del juego. Un resplandor dorado la envolvió junto con las piedras adyacentes—. Yo gano.

—Almacenada —dijo Indrapramit con desagrado, de vuelta a su propio cuerpo, entre mordiscos a una porción de quiche—. Y contenta de estarlo.

Ferron había pedido un sándwich con verduras, pasta de aceitunas negras, queso y un elaborado e incomprensible embutido europeo hecho con una mezcla de proteínas

artificiales ahumadas. Estaba delicioso, en un sentido del todo exótico.

—¿Preferirías que se sintiera desdichada e insatisfecha?

Indrapramit soltó un gruñido de descontento y pellizcó un poco de huevo y espinaca.

Ferron sabía que su actitud combativa en realidad tenía que ver con su madre, no con la elusiva hija de Fang-Coffin. Quizá era por los últimos coletazos del dopaje, pero no podía parar de decirse «lo que está haciendo no es tan distinto de lo que nuestros cerebros hacen de forma natural, salvo que ahora recurrimos a la tecnología y los filtros en vez de a los prejuicios y la neurología».

Indrapramit cambió de tema:

—Hagamos un recorrido virtual por la escena. —En ese preciso momento, un icono parpadeó en la interfaz de Ferron e Indrapramit añadió—: Ah, mira. El informe definitivo de la autopsia.

—También hay algo de Damini —dijo Ferron. Tenía un código prioritario. Entró en una simulación de realidad virtual del apartamento de Coffin cuando abrió el contacto. La emoción de la caza se alzó sobre la neblina de su evanescente hipomanía. El subidón no parecía durarle tanto como cuando era más joven y los bajones le resultaban mucho más duros ahora, pero la genuina y primitiva adrenalina lo curaba todo.

—Ferron —dijo Ferron, frunciendo el ceño ante las manchas ocre de la alfombra virtual de Coffin. El avatar de Indrapramit se renderizó en la conferencia solo un segundo más tarde—. Damini, ¿qué te revelan las profundidades de la red?

—El premio gordo —respondió Damini—. ¿Has visto ya el informe de la autopsia?

—Justo acabamos de terminar de hablar con el pariente —explicó Ferron—. Eres rápida... Acabo de ver el icono.

—La versión corta —dijo Damini— es que no es Dexter Coffin.

El avatar de Ferron hizo un lento circuito por el perímetro virtual de la escena del crimen.

—Teníamos una coincidencia de ADN, Damini. Le acabamos de decir a su hija que lo han asesinado.

Indrapramit, más práctico, dejó el tenedor en el espacio físico. Su avatar en la realidad artificial imitó el movimiento con una mano vacía.

—¿Entonces quién es? —preguntó él.

—Nadie —dijo Damini, y se reclinó, satisfecha—. El forense dice que es topológicamente imposible darle la vuelta a alguien de esa forma. Está mezclado, sea lo que sea. Parece un objeto cultivado, nominalmente vivo, clonado del tejido de Dexter Coffin. Pero no es Dexter Coffin. O sea, si lo piensas bien, ¿qué órgano podría ser ese de ahí exactamente?

—Clonado. —En el espacio real, Ferron se quitó una bolita de pelo de color azul jacinto de la manga de su uniforme. La levantó para que Indrapramit pudiera verla. Él

abrió mucho los ojos.

—Sí —dijo Indrapramit—. Pero ¿qué pasa con los patrones?

—Indrapramit, ¿tengo pinta de bioingeniera? —preguntó Ferron, pensativa—. ¿Te parece que esta escena estaba preparada?

—Puede —dijo Indrapramit con el ceño fruncido.

—Damini, ¿cómo te ha ido con los archivos del doctor Coffin? ¿Y los de Nnebuogor?

—No hay nada de utilidad en el correo de Coffin salvo algunos bruscos intercambios con la doctora Nnebuogor, muy parecidos en tono a los artículos de Jessica Fang. Nnebuogor estaba advirtiéndole a Coffin que no se acercara a su investigación. Pero no había amenazas de muerte, ni cartas de amor ni reclamos de pensiones alimenticias.

—¿Algo en lo que estuviera interesado?

—Esa estrella —dijo Damini—. La que se va a convertir en nova o lo que sea. Llevaba siguiéndola un par de semanas antes de que el comunicado de prensa acaparara las líneas de transmisiones principales. Los accesos de Nnebuogor respaldan la teoría de que está detrás del virus en el servicio público de electricidad, por cierto.

—Los accesos pueden suplantarse.

—Así es —convino Damini.

Ferron le quitó el envoltorio a su sándwich y levanto una ceja al reparar en el embutido creado artificialmente en el contenedor de algún laboratorio. Ahora parecía menos apetecible.

—Nadie fue al piso de Coffin. Y resulta que el fiambre no era ningún fiambre. Así que Coffin se fue a otra parte después de hacer los preparativos para escapar y luego abandonarlos.

—Y la escena del crimen estaba montada —dijo Indrapramit.

—Hay un detalle interesante —dijo Damini—: Coffin llevaba una semana sin ir a la oficina.

—Desde que Morganti empezó a investigarlo. O desde que se dio cuenta de que ella le estaba siguiendo la pista.

Ferron soltó unas palabras duras, autocríticas y excepcionalmente poco profesionales. Y a continuación, dijo:

—Soy una idiota. Filtración.

—¿Filtración? ¿Quieres decir como cuando la gente no deja de hablar del crimen que de hecho ha cometido o de la persona con la que tiene una aventura que nadie debería conocer?

Un icono urgente de Sandhya, la *mausi* de Ferron —la tía responsable, no la quisquillosa—, empezó a parpadear con insistencia en una esquina de su interfaz. «Cielos, ¿y ahora qué?».

—Exacto —respondió Ferron—. Vale, busca cualquier actividad de Coffin fuera

de su apartamento en los últimos diez días. Y necesito órdenes confidenciales para análisis de ADN de los compostadores en el laboratorio de BioShell y también del piso del doctor Rao.

—¿Crees que Rao lo mató? —Damini ni siquiera intentó ocultar su asombro.

El icono no dejaba de parpadear. Emergencia. Código rojo. Tu madre se ha pasado de la raya, querida.

—Tú consigue las órdenes. Quiero ver lo que tenemos antes de compartir mi teoría.

—¿Por qué? —preguntó Indrapramit.

Ferron suspiró.

—Porque es una locura, por eso. Y mira a ver si puedes conseguir un acceso confidencial al calendario y al correo de Rao. No quiero que sepa que lo estás investigando.

—Espera un momento —dijo Damini—. No toques nada. Estaré de vuelta antes de que te des cuenta.

—Madre —dijo Ferron a la diosa con melena de león que su madre tenía por avatar—. Lo siento. Sandhya lo siente. Todos lo sentimos. Pero no puedo dejar que sigas así.

Eran las palabras más duras que había pronunciado jamás.

Su madre, con los ojos dorados de Sejmet, miró el avatar de Ferron y frunció los labios. Ferron no había entrado con su avatar de uniforme sino con la armadura llena de cicatrices de batalla con la que solía jugar cuando era más joven, cuando ella y su madre se pasaban horas de atavistas. Fue en el periodo de su escolarización, antes de que se interesara en detener —o al menos en vengar— la verdadera desdicha.

Aunque ¿era justo decir algo así? La desdicha de su madre era real. También la de la hija abandonada de Jessica Fang. Su mundo era un paliativo para la viudez, para la invalidez.

El labio fruncido de Madhuvanathi fue transformándose en un gruñido.

—Claro. Déjales que destruyan esto. Que se lleven todo lo que soy. Eso no es un asesinato.

—Madre —le dijo Ferron—, ¡no es real!

—Si no es real —le dijo su madre señalando con un gesto a la habitación—, ¿qué es? Yo te hice. Te di la vida. Me debes esto. Sandhya dijo que trajiste a casa uno de esos nuevos gatos loro. ¿De dónde ha salido el dinero para algo así?

—Presidenta Miau —dijo Ferron— es una prueba. Y la reproducción es un acto fundamentalmente sociopático, te deba lo que te deba.

Madhuvanathi suspiró.

—Hija, venga, una última misión.

—Tendrás tus propios recuerdos de todo esto —dijo Ferron—. ¿Para qué

necesitas el archivo?

—Recuerdos —se mofó su madre—. ¿Qué son los recuerdos, Tamanna? ¿Qué recuerdas en realidad? Fragmentos, amalgamas. ¿Es eso comparable a poder revivirlo?

«Para revivirlo», pensó Ferron, «primero tendrías que haberlo vivido». Pero incluso tambaleándose al borde de la fatiga y del bajón de los estimulantes, tuvo el sentido común de guardarse el pensamiento para sí.

—¿Has oído lo de la estrella? —preguntó. Cualquier cosa para cambiar de tema—. ¿La que los alienígenas están usando para hablar con nosotros?

—La luz que nos llega tiene cuatro millones de años —respondió Madhuvanthy—. Están todos muertos. Mira, hay una nueva exhibición de sinestesia. Romana y egipcia. Algo para las dos. Si no quieres venir de aventura conmigo, ¿vendrás al menos a una exposición de arte? Prometo que no te volveré a pedir dinero para el archivo. Solo ven a esto conmigo. Prometo que mañana mismo purgaré el archivo.

El entrecejo de la leona estaba fruncido. La voz de Madhuvanthy era un hilo de derrota. No había más dinero y lo sabía. Aun así no podía dejar de regatear. Y la exposición era una concesión, algo que evocaba el tiempo que solían pasar juntas en aquellos mundos imaginarios.

—Ferron —dijo, suplicante—. Deja que sea yo quien lo haga.

«Ferron». En realidad no se estaban comunicando. No había nada ganado. Su madre estaba haciendo lo que todos los adictos hacen siempre en caso de confrontación: demorarse, regatear, comprar tiempo. Estaba dispuesta a llamar a su hija «Ferron» si eso le compraba veinticuatro horas más en su paraíso virtual.

—Iré —dijo Ferron—. Pero no hasta esta noche. Tengo trabajo que hacer.

—Jefa, ¿cómo sabías que había que buscar ese ADN? —preguntó Damini en cuanto Ferron activó su icono.

—Dime qué has encontrado —replicó Ferron.

—ADN en la compostadora de BioShell que coincide con el de Presidenta Miau —dijo— y, por tanto, con el de la gata de Dexter Coffin. Y la compostadora del edificio de Rao está llena de su ADN. Del de Rao, quiero decir. Mucho, muchísimo más del que cabría esperar. Además, parte de los datos de su calendario y su correo electrónico han sido purgados. Estoy tratando de reconstruir...

—Tenlo listo para la acusación —atajó Ferron—. Apuesto a que nos dirá que tuvo un encuentro con Coffin la noche en la que este desapareció.

El doctor Rao no vivía en un bloque de apartamentos, ni siquiera en uno de lujo, sino en la Ciudad Vertical. Una vez que Damini regresó con los resultados de las autorizaciones, Ferron se encargó del papeleo para la visita. La noche ya había caído

cuando ella e Indrapramit, acompañados por la detective Morganti y cuatro agentes, fueron a su encuentro.

Entraron y fueron dejando atrás tiendas y la granja vertical de la enorme torre del atrio. El aire olía a limpio y a plantas e, incluso a esta hora de la noche, la gente se movía en mareas constantes hacia los comedores, sobre frondosas alfombras verdes.

Un ascensor llevó a los oficiales de policía hacia arriba con suavidad; un muro exterior transparente dejaba ver las luces de Bangalore que se extendían abajo. Ferron miró a Indrapramit y apretó los labios. Él enarcó las cejas como respuesta. Consumo excesivo. Pero ahora no podían reprochárselo a Rao.

Dejaron a Morganti y a los agentes cubriendo la salida y se presentaron ante la puerta del doctor Rao.

—Abra —dijo Ferron, formalmente, presentando su autorización—. En nombre de la ley.

La puerta se abrió y Ferron e Indrapramit entraron con cautela.

El residente del apartamento tenía que haber abierto la puerta a distancia porque estaba tranquilamente sentado en un mueble dispuesto como una silla. Una gata gris con las puntas de las orejas rojas se agazapaba junto a sus rodillas y frotaba un lado de la cara contra sus pantalones.

—¡Nuevos! —maulló la gata—. ¡Gente nueva! ¡*Namaskar!* Es casi la hora del té.

—Dexter Coffin —dijo Ferron al hombre alto y delgado—. Está arrestado por el asesinato del doctor Rao.

Entraron en el ascensor y dejaron que este los bajara por el muro exterior de la Ciudad Vertical, con Coffin esposado y de pie entre dos agentes. Morganti dijo:

—Así que, si lo entiendo correctamente, usted, Coffin, ¿mató a Rao para usurpar su identidad? ¿Porque sabía que esta vez estaba acabado?

Ni siquiera un leve parpadeo indicó que la hubiera oído.

Morganti suspiró y se volvió hacia Ferron.

—¿Qué le dio la pista?

—La escotofobina —dijo Ferron. La gata de Coffin, con su nueva librea de gris y rojo, maulló quejumbrosa en el transportín—. No tenía problemas de memoria. La estaba usando para empollarse la vida de Rao y sus excentricidades, para no meter la pata.

Morganti preguntó:

—Pero ¿por qué liquidar sus bienes? ¿Por qué no llevárselos? —Levantó un momento la mirada por encima del hombro—. Discúlpeme si hablo de usted como si fuera una estatua, doctora Fang, pero esa es la impresión que me causa.

Fue Indrapramit quien señaló la Ciudad Vertical a sus espaldas.

—A Rao no le hacían falta más bienes.

Ferron asintió.

—¿Se habría creído que estaba muerto si no hubiera podido encontrar el dinero? Además, si su deuda, o parte de ella, se recuperaba, Honolulu habría tenido menos motivos para seguir buscándolo.

—Así que estaba jugando al despiste. Como lo de tratar de incriminar a Nnebuogor y la mesa para dos.

La voz se le apagó cuando una brillante luz de un blanco azulado arrojó sombras afiladas como un cuchillo sobre su rostro. Un resplandor ardió en el cielo nocturno, algo tan intenso y brillante como un sol al amanecer, pero frío, tan frío como la luz. Tan frío como un reflejo en un espejo.

Morganti entrecerró los ojos y se protegió del resplandor poniéndose la mano a modo de visera.

—¿Es eso una bomba de hidrógeno?

—Si lo fuera —dijo Indrapramit—, se le habrían derretido los ojos.

Coffin se rio, el primero ruido que hacía desde que había reconocido entender sus derechos.

—Es una supernova. —Levantó ambas manos, atadas por unas esposas, y señaló—. En la galaxia de Andrómeda. ¿Ven lo baja que está en el horizonte? La perderemos de vista en cuanto estemos bajo la sombra de esa torre.

—Al-Rahman —susurró Ferron. La pared del ascensor se fue oscureciendo a un tono ahumado y pudo mirar la luz directamente. Estaba baja en el horizonte, tal como había anunciado Coffin. Tan brillante que parecía visible como una esfera.

—No era esa estrella. Era estable. Quizá una cercana —dijo Coffin—. Quizá lo sabían y por eso se sentían tan desesperados por decirnos que estaban ahí fuera.

—¿Pudieron haber sobrevivido a algo así?

—Depende de lo cerca de Al-Rahman que estuvieran. La radiación... —Coffin se encogió de hombros con las esposas puestas—. Eso fue lo que los mató probablemente.

—Por todos los cielos —exclamó Morganti.

Coffin se aclaró la garganta:

—Hermoso, ¿verdad?

Ferron echó el cuello hacia atrás según la fuente principal del impresionante resplandor se fue deslizando por la parte trasera de un edificio cercano. No había un brillo disperso: los rayos de luz de la nova eran paralelos y la sombra en la que entraban inflexible, negra como un charco de tinta.

Hasta aquel momento, habría tenido que poner un filtro en sus percepciones para poder localizar la galaxia de Andrómeda en el firmamento. Pero ahora parecía que lo más importante del mundo era que, hace dos millones y medio de años, alguien había gritado en el vacío antes de morir.

Se vio invadida por una extraña euforia. «Todo el mundo habla pero nadie escucha nada de lo que los demás, ni siquiera ellos mismos, tienen que decir».

—Estamos aquí —le dijo Ferron a la vieja luz que se derramaba por el cielo y que

no atravesaba la oscuridad a la que había descendido. Cuando sus colegas se dieron la vuelta y la miraron, ella repitió las palabras como un mantra—. ¡Estamos aquí! Y os hemos oído.

Para Asha Cat Srinivasan Shipman y su familia.

Annie Webber

Porque soy idiota (y porque mi amigo Allan es el dueño de la cafetería y mi novia Reesa trabaja allí), el lunes después de Acción de Gracias empecé en un trabajo nuevo.

Aquello era una auténtica jaula de grillos. Pat y yo preparábamos la espuma de leche y echábamos café como el equipo del hangar de un aeropuerto mientras Reesa se encargaba de la caja registradora. Si salíamos adelante era solo porque yo había trabajado antes en Starbucks y porque la mayoría de nuestros clientes eran asiduos, así que o bien ya tenían listo su pedido o bien Reesa se lo sabía y lo pedía antes de que pagaran. Nunca jamás subestimes a una buena cajera.

El sitio de Allan tiene algo peculiar, un programa para la fidelización de clientes, así que Reesa se sabe los nombres de los que vienen a menudo.

—Hola, Annie —dijo Reesa—. ¿Un capuchino mediano?

Annie era bajita y llevaba un gorro de lana azul celeste bastante espantoso del que se le escapaban unos mechones rubio ceniza. Le dio cuatro dólares a Reesa y después metió el cambio en el frasco de las propinas.

Está bien hacer capuchino, pero es alucinante cómo se lo cargan algunos. Molí los granos, eché el expreso. Después hice la espuma con leche fría, tocando la jarra para ver si estaba caliente. Cuando la leche triplicó su volumen la temperatura era ya la adecuada. El sonido del vapor cambió de tono. Vertí la leche encima del café, eché la espuma con un cucharón y le puse una funda a la taza.

—¿Canela?

—Ya me la echo yo.

Extendió la mano. Puse en ella el capuchino y dejé la canela en el mostrador.

—¿Eres nuevo?

—Mi primer día.

—Se te da bien. —Le dio un sorbo a su bebida—. Annie Webber.

—Zach Jones.

Le habría dado la mano, pero la tenía ocupada con el café y había otro cliente esperando.

Aquella noche la gata de Reesa, Maggie, intentó echarme de la cama tirando del edredón. La aparté de un empujón y, sin querer, desperté a Reesa.

—¿Eh?

Uno no puede esperar más erudición a las dos de la mañana.

—La maldita gata —le expliqué.

Reesa enterró su cabeza en mi cuello.

—La tengo solo por lo de la toxoplasmosis.

Era una broma recurrente. El *toxoplasma* es un parásito que hace que a las ratas

les encante el orín de gato. El parásito continúa su ciclo vital dentro del gato después de que este se haya comido a la rata. Según un programa que vimos, también afecta a la gente. En ese mismo programa pusieron una animación fotograma a fotograma de unos virus muriendo mientras unos húmedos dedos fúngicos se desenroscaban de sus cuerpos. El hongo hace que las hormigas infectadas hagan cosas para infectar así a más hormigas.

El hongo era horrible y maravilloso. En una imagen se veía una polilla muerta (espero que lo estuviera) sobre una hoja, apresada en lazos plateados similares a un velo nupcial.

A la mañana siguiente Reesa dijo: «Hola, Annie»; pero una voz distinta respondió: «Hola, Reesa».

Levanté la mirada de la boquilla del vaporizador. Había un tipo grande que llevaba un abrigo tres cuartos de plumas.

—¿Café gratis hoy?

Reesa comprobó el sistema:

—Os tocan diez.

El tipo dejó caer unas monedas en el bote de las propinas.

—¿Capuchino mediano?

Pat fue a servirlo. La miré de reojo.

—Todos son Annie Webber —comentó—. Por cortesía. Comparten la cuenta.

—Entiendo.

Por cómo sonaba, estaba escaldando la leche sin darme cuenta. Para cuando pude rescatarla, Annie Webber se había ido. Reesa agitó en la mano un hexágono rosáceo que parecía una moneda extranjera.

—Zach, ¿qué es esto?

Ni siquiera reconocí el metal y menos lo que ponía.

El tercer día regresó la Annie Webber original. El cuarto vino el número dos. El viernes aparecieron los dos, pero no juntos. Luego, media hora después de la segunda, serví a una tercera. Un capuchino; me dejó echarle la canela.

—¿Es que todos bebéis lo mismo? —pregunté.

—¿Qué «todos»? —Esta Annie era una mujer, con los ojos color avellana y la nariz torcida.

—Los Annie Webber.

Se lamió la espuma del labio.

—El alimento perfecto de la naturaleza.

Agarré a Pat por el codo.

—¿Cuántas Annie Webber hay? ¿Cuántas me faltan por conocer?

Contó mentalmente.

—Suelen venir cinco. La rubia y sus parejas.

—¿Sus parejas? ¿Como en el poliamor?

Se encogió de hombros.

—Nunca les he preguntado. A lo mejor son de una secta.

Saqué la moneda rosácea del tarro. La busqué en internet, pero no encontré nada por ninguna parte.

El sábado Annie entró a eso de las diez. La original, con el gorro espantoso y una bufanda apretada alrededor del cuello.

Le di la taza y la canela. Con una máquina profesional tardas apenas unos segundos en conseguir una buena espuma.

—Te dejaste esto el martes.

Dejé la moneda sobre el mostrador.

—La confundí con una moneda de veinticinco centavos. Lo siento. —La cambió por un billete de un dólar—. ¿Lo pongo en el tarro?

—Annie. No fuiste tú la que vino el martes.

—¿No?

Guiñó un ojo y se dio la vuelta tras dejar el dinero. Grité: «¡Un momento!», y me zambullí debajo del mostrador. Oí el repiqueteo de sus tacones, pero esta era la Annie pequeña, así que le di alcance. Se dio la vuelta, con el abrigo ondeando.

—¿Dónde vas? —pregunté.

—¿Perdón?

—Tú. Annie. ¿De dónde es esa moneda?

—Fue un error. Tendría que haber revisado las monedas, pero no me quedaban de vuestro... dinero.

—¿Así que usáis los cafés gratis cuando acabáis de regresar? ¿Cuando no os queda... dinero de aquí?

Me miró fijamente.

—Llevo viniendo a esta cafetería desde que abrieron. Eres el primero que pregunta.

—¿Vas a otros lugares?

—¿Otros... «lugares»?

—Otras dimensiones.

—¿Lees mucha ciencia ficción, Zach?

—¿Qué sois?, ¿muchos cuerpos y una sola mente?

—*Star Trek* —dijo.

—¿Me equivoco? ¿Por qué nosotros? —Me pregunté si se notaba lo celoso que me sentía.

—El mejor café del universo. —Me besó en la boca, con lengua.

Me desperté por el picor. La lengua, las manos. Las plantas de los pies.

Tras llegar a trompicones hasta la cocina, Reesa me puso huevos revueltos, pero yo solo quería café. Café, leche y canela. «¿Zach?», preguntó. Tuve que morderme la lengua para no corregirla.

Yo no me llamo así.

Tengo que irme.

Creo que por fin he conocido a todas las Annie Webber.

Los despojos del lobo

Dagmar estaba condenada a correr. Los pies dentro de unas zapatillas nuevas y rígidas, doblándose, golpeando el suelo. El dolor agudo de cada zancada en unas rodillas que ya no estaban acostumbradas a la tensión. El cuerpo, demasiado pesado en las bajadas, el fémur chocando con la cavidad de la cadera, cada salto hacia abajo como un golpe contra las suelas. Contra su alma.

Dagmar estaba condenada a correr hasta que se levantara su maldición.

Bueno, ella lo veía como una maldición, pero no era más que un anillo de boda. Podría haber resuelto el problema con una cizalla. Para el anillo, no para el dedo, aunque había días que...

Días, semanas incluso, en que acumulaba suficiente aversión hacia sí misma como para recurrir a lo segundo. Pero no, no destrozaría el anillo. Tenía una historia: el diamante de medio quilate y talla antigua había salido del anillo de compromiso de su abuela, reconvertido en una alianza de filigrana tallada por un amigo joyero que estaba tan muerto como el matrimonio de Dagmar.

No volvería a ponérselo si... «cuando», se dijo a sí misma con paciencia... cuando al fin lograra quitárselo. Pero sí pensaba guardarlo para la hija que quizá aún pudiera tener: treinta tampoco eran tantos. En cualquier caso, era un trozo de historia. Un objeto de arte.

Era fútil —y fascista— destruir la historia así sin más, solo porque tenía reminiscencias desagradables. Pero no podría quitarse el anillo intacto del dedo hasta que no se quitara también los veinte kilos que había ganado durante el divorcio.

Así que los lunes, miércoles y viernes por la mañana, antes de la clase de comportamiento animal que impartía en la universidad, se bajaba de su Toyota luciendo sus minimalistas y aún rígidas zapatillas de correr (cómo había cambiado la tecnología en los últimos diez años) y se volvía aún más consciente de su actual conjunto de bultos y turgencias por la tirantez del sujetador deportivo y por cómo se le subían los pantalones cortos cuando estiraba junto al coche.

La universidad donde Dagmar trabajaba se situaba en un cabo rodeado por el mar y atravesado por vientos fríos todo el año. Las corrientes de aire le secaban el sudor de la cara, el agua salada empapaba su camiseta al correr.

Con dolor al principio, por momentos más andando que trotando, arrastraba los pies para reducir el impacto sobre tobillos y rodillas. Corría en círculos alrededor de la biblioteca. Pero aquello se le quedó corto en una semana. Amplió los límites al campus. Las zapatillas se le hacían trizas, las suelas rígidas empezaban a ser más flexibles. Aprendió —reaprendió— a impulsarse desde los dedos de los pies.

Invirtió en mejores calcetines para correr: de lana mullida, veinte pavos el par.

Ella es corredora y estudiante; él poeta y cantante. Cada uno ve en el otro lo que no

ven en ellos mismos.

Ella ve su confianza, su creatividad. Él ve su capacidad de estudio, su dedicación.

La historia acaba como siempre: se enamoran.

Por supuesto, hay señales de que no todo va bien. Presagios.

Pero ¿acaso no es siempre así?

Sus pájaros la encontraron hacia el final de la primera semana. Alas negras, los bordes recortados al viento, giraban a su alrededor mientras ella pisaba por caminos en pendiente.

Los cuervos eran un aliciente. Le gustaba ser la tipa rara que corría por la mañana temprano debajo de un vórtice de alas negras.

Había estado en Estocolmo, en Malmö, donde había nacido su abuelo. Había conocido a sus primos suecos y comido arándanos rojos fuera de un Ikea. Se sabía suficientes mitos de sus antepasados como para que la idea de que Pensamiento y Memoria le acompañaran en su ritual de expurgación por ese autoinflingido pecado de casarse con el hombre equivocado le resultase... entretenida.

O quizá se había casado con el hombre adecuado. A veces seguía pensándolo.

Pero él se había casado con la mujer equivocada.

Y de todos modos, los pájaros eran suyos. O ella era suya.

Y siempre lo había sido.

«Tus malditos cuervos», los llama.

Como si dijera: «Te preocupan más tus malditos cuervos que yo». Como si dijera: «¿Por qué no vas a hablar con tus malditos cuervos si no quieres hablar conmigo?».

Sus cuervos, a los que les había enseñado a identificarla, los que comían de su mano como parte de su investigación, claramente no tenían dificultades en reconocerla fuera de las horas habituales en los comederos.

Ellos también habían enseñado a otros pájaros a reconocerla, porque la bandada tenía más de diez pájaros y solo tres o cuatro de los congregados a la vez llevaban las anillas que permitían a Dagmar identificar a cada uno. Los cuervos podían distinguir a los humanos por los rasgos faciales y el color del pelo y podían pasar esa información a otros pájaros. Los humanos carecían de esa habilidad innata con respecto a los cuervos.

Dagmar había asumido que podía engañarse pensando que era capaz de distinguirlos, pero en realidad siempre que pensaba que estaba tratando con un pájaro descubría que era otro distinto al echar un vistazo a la anilla de la pata.

Los humanos no tenían problemas para identificarla, tampoco. Era la rubia

fornida que ahora corría cada mañana, avanzando con sordo retumbar —oscilante, con los pies de piedra— bajo un manto de cuervos.

Cosas que ella no llegó a decir en respuesta: «Mis malditos cuervos al menos hacen como que escuchan».

Dagmar se hizo más fuerte. Respiraba mejor, le creció el músculo de los gemelos... pero el dedo aún sobresalía a ambos lados del anillo. Los kilos no la abandonaban.

A veces se le hinchaban las manos al correr y el dedo del anillo de boda se le inflamaba y se ponía rojo y tirante como una salchicha. Como por el picotazo de una abeja. Lo mantenía levantado y le ponía hielo hasta que se le pasaba la inflamación.

Lo intentó con jabón, con aceite de oliva, calentándolo con agua del grifo para expandir el metal.

De nada le sirvió.

Hay noches que parecen un regalo, en las que todo es como antes. Noches en que juegan al *rummy* con la televisión puesta y él le enseña sus nuevas poesías. Noches en que él le besa el cuello detrás de la oreja y le pasa la mano por el pelo.

Sentía que estaba traicionando sus ideales feministas al preocuparse tanto por el tamaño de su cuerpo. Se dijo que no estaba perdiendo peso, que estaba ganando salud.

Hizo dieta, sin mucha constancia. A buen seguro que correr bastaría.

No bastaba. El anillo seguía ahí.

«Corta el anillo», le dice su hermana.

Pero ha habido demasiadas derrotas. Cortarlo es una más, un fracaso más en una letanía de fracasos enredados en lo más importante que se supone que tenía que hacer con su vida.

Aquel maldito anillo. Ese peso en la mano. El modo en el que se clava cuando pone la mano en un puño.

Lo derrotará.

Solo es metal y ella es carne y voluntad.

Quizá su destino sea correr.

Un día —era martes, así que tenía más tiempo antes de su clase— siguió a los cuervos en vez de dejar que los cuervos la siguieran a ella.

No estaba segura de lo que le había llevado a tomar esa decisión, pero volaban juntos —los que iban marcados y los que no— y, mientras subía corriendo detrás de ellos, emprendieron el vuelo como un montón de páginas quemadas, como un remolino de cenizas atrapadas en un vórtice de calor creciente. Volaban pesadamente, igual que a ella le parecía correr, batiendo las alas hacia la brisa del océano que se alzaba de los acantilados con fuertes aleteos, en vez de dejarse caer ligeros como las aves cantoras.

Eran fuertes, eso sí, y se lanzaban al aire como púgiles que tomaran impulso entre las cuerdas.

La llevaron pendiente abajo por las verdes laderas del césped del campus, hacia un terreno con una urbanización de viviendas encaladas y cuidados jardines que se encaramaban en lo alto de los acantilados. Giraron por un camino de acceso y la guiaron hacia el mar.

Corrió entre la fría brisa, con una manta de nubes oscureciendo el cielo, el olor del jazmín levantándose por todas partes. Los dientes de león tapizaban ambos lados de la carretera, las vallas del cercado la separaban de un vecindario revestido de buganvillas de intensos y variados colores.

Una gota de sudor le resbalaba a Dagmar por la nariz. Pero algunos días, había averiguado, tu cuerpo te concede pequeños regalos: como funcionar a un nivel de aptitud más alto de lo normal, un atisbo de lo que podrías llegar a lograr si sigues entrenando. Quizá era por el aire frío, o por el olor del mar, o porque el camino iba sobre todo cuesta abajo, pero ella siguió corriendo con fuerza hasta que alcanzó el final de la carretera.

Y también con pesadez, sin duda, no con las ligeras y rápidas zancadas que podía dar cuando era más joven. Antes del matrimonio, antes del divorcio. Pero vaciló ante una enmarañada cerca provisional y dio unos lentos pasos de un lado a otro.

Se erguía al borde de un ancho barranco, lo bastante escarpado como para que la idea de descolgarse por ahí resultase descorazonadora. Había sin embargo un camino de arena que descendía hasta sus profundidades, en dirección al agua. Las dos torrenteras del arroyo se zambullían en una uve de la cual no podía ver el fondo porque estaba oscurecido por pliegues erosionados.

Los cuervos se arremolinaron en torno a ella como un río lleno de hojas negras que se precipitara hacia el mar. Dagmar los vio reconocer el terreno despeñado abajo, adentrarse en el cañón. Se oyó el eco de sus voces como si la llamaran, o como si se burlaran de sus miembros pesados e incapaces de volar.

Buscó a tientas el teléfono en el bolsillo. Presente.

Muy bien. Si se rompía una pierna... podría llamar a un equipo de rescate.

Si se abría la cabeza...

Bueno, entonces ya no tendría que preocuparse por el maldito anillo.

Ella lee su poesía, su tesis. Le trae libros.

Le hornea galletas.

Él le coge la mano cuando ella le deja un té junto al ordenador y la besa en el dorso, junto al anillo de bodas.

Ella le mira a los ojos y sonríe.

Lo están intentando.

Dagmar avanzó por el barranco, trotando al principio, aunque no por mucho tiempo. El camino era demasiado escarpado, traicionero por la arena suelta y tan estrecho que no dejaba más que poner un pie delante del otro. Los dispersos y espinosos matorrales de la pendiente no la salvarían si cayera, y a la derecha había una caída del doble de su altura que bajaba hasta un riachuelo repiqueteante de apenas un palmo de ancho.

Dagmar sintió ganas de aplaudir ante aquel desproporcionado ruido.

Incluso caminando, cada paso que daba era como saltar de un banco. Se ayudaba con las manos siempre que era posible y en los tramos más escarpados se acuclillaba y bajaba deprisa. Los dedos se le clavaban en las zapatillas cuando se le escurrían los pies dentro. Maldijo a los adolescentes de la zona cuando se encontró, en un tramo empinado, con gruesas esquirlas de cristal marrón, vestigios de botellas de cerveza, pero logró abrirse camino.

Aun así tuvo que detenerse después para buscar una rama rota con la que arrancarse las esquirlas de cristal de las suelas.

La manta de nubes comenzaba a desvanecerse, de modo que cada vez sentía más el cálido frescor del sol estival y el aire frío y seco del mar. Los cuervos estaban más adelante. No sabía decir por qué estaba tan segura de que la habrían esperado.

A veces se le entrecortaba la respiración en el arco de la garganta: áspera, ronca. Pero era el miedo, no la falta de aliento. Lo aceptó y siguió adelante, tratando de no mirar demasiado a menudo a la abrupta caída hacia el lecho rocoso del riachuelo que estaba a un solo resbalón o tropiezo de distancia.

Incluso hasta se jactó un poco en determinado momento: al menos había recuperado algo de agilidad. Y jamás pensó que eso fuera a ser fácil ni de lejos.

«Mírate», dice él. «¿Cuándo fue la última vez que moviste el culo?».

Quizá no fácil para ella, cuanto menos. Creía estar ya cerca de terminar la bajada cuando oyó el golpeteo de unos pasos suaves detrás de ella y una voz queda que advertía: «¡Llegando!».

Se echó hacia el interior del camino tanto como pudo —haciendo como si realmente hubiera una parte interior— y se puso de lado. Un hombre joven, delgado y musculoso, con un traje de neopreno hasta la altura de la rodilla bajaba corriendo descalzo y con una tabla de surf al hombro por el mismo camino que ella había atravesado tan lenta y dolorosamente. Dagmar parpadeó, pero él no desapareció. Chispas de luz centelleaban de su pelo casi rapado, mientras que ella seguía sintiendo el frío de la niebla en el cuello.

—Lo siento —dijo Dagmar, sin poder evitarlo.

Pero él contestó:

—No pasa nada, si sobra espacio —y pasó con ligereza sin que le rozara ni un hombro. Continuó dando saltos de un punto de apoyo a otro hasta que desapareció en un tortuoso pasaje entre afloramientos de arenisca.

—He aquí mi sentido de la ineptitud —dijo Dagmar con un suspiro, avanzando fatigosamente.

Cosas que ella no dice en respuesta: «Pues anda que tú».

Se muerde el labio. Asiente.

Está intentando salvar su matrimonio.

Y además él lleva razón. Debería volver a correr.

Alguien había puesto una fina cuerda (apenas un trozo de hilo de tender, nada que fuera a evitar una caída grave) por las partes más escarpadas y fangosas del final de la pista. Dagmar la usó para sujetarse al bajar, con cuidado de no descargar demasiado peso en ella. Para entonces ya oía el rumor de las olas... y algo más. Agua, sí, pero no el agua que corría en el lecho rocoso del río, ni el siseo del agua entre los granos de arena. Era agua que caía.

Rodeó el extremo del barranco, que ahora se alzaba con imponente treinta metros o más hacia la cima de un precipicio salpicado de arbustos dispersos, y se encontró en una gruta.

Una estrecha cascada se precipitaba temblorosa de la cima del acantilado sobre arena compacta y mojada, titilando como una cortina de cuentas en la oblicua luz de la mañana. La espuma salpicaba los exuberantes cortinajes de helechos como enjoyadas redecillas, colgadas trémulas en el vacío como velos de arcoíris. Al lado crecían juncos de un verde grisáceo.

Se detuvo al pie de la pista, con un nudo en la garganta hecho de las palabras de emoción que no tenía a quien decirle. Frente a ella se abría ahora una extensión de arena, un camino ancho que llevaba hasta el mar por entre dos elevaciones de piedra. Unos surfistas con trajes de neopreno se recreaban en las olas, recortados contra la superficie del agua brillante como un espejo. Allí lucía el sol aunque ella estaba envuelta por sombra y niebla.

En lo alto del acantilado se posaban dos cuervos hombro con hombro y miraban a Dagmar con curiosos y brillantes ojos, las cabezas ladeadas.

—¡Cruac! —dijo el que estaba a la derecha. Dagmar no podía ver si llevaba una anilla.

Alargó el cuello hasta que le dolió por la rigidez y trató de no pensar en cómo iba a lograr subir de vuelta. Sintió una punzada de soledad en el pecho como si se lo oprimieran unos dedos acusadores.

—Oye —dijo—. Esto es precioso.

Los cuervos no respondieron.

Se le habían hinchado las manos en la bajada, de modo que ahora estaban hormigueantes y tensas, y la izquierda le ardía en torno al anillo. Los pies aún le dolían; tenía los dedos machacados y sospechaba, por una punzada más aguda y localizada, que una de aquellas esquirlas de vidrio le debía de haber atravesado la suela de la zapatilla.

Las ondas debajo de la cascada parecían frías. Saltó el arroyuelo rocoso —ahora que discurría por la superficie en vez de por lo hondo de un barranco era fácil— y cojeó hacia el charco, con muecas de dolor.

Los cuervos vienen al amanecer, con los ojos brillantes (¿cómo pueden unos ojos negros parecer brillantes?) e inteligentes. Los comederos están diseñados para que solo pueda comer un pájaro cada vez, y para que la vean. Riñen y se dan picotazos, pero no en serio y, en cierto modo, se turnan: uno, después de haber comido, se retira de la incómoda presencia del cercano investigador y el siguiente, hambriento, se abalanza hacia dentro.

Cuando suben al comedero para picotear el maíz molido que ella les echa por el protector de plástico que la separa de los pájaros, los cuervos observan su rostro con atención. Establecen contacto visual. Inclinan las cabezas.

Sabe que no es muy científico, pero empieza a creer que la conocen.

Habría sido estúpido quitarse la zapatilla (si tenía un corte se llenaría de arena y a ponerse otra vez el calzado le saldrían ampollas), así que clavó una rodilla en la arena mojada junto al charco y dejó caer sus manos en el agua. Estaba muy fría y le alivió la tirantez, esa sensación de tener la piel como un globo demasiado hinchado. Se tocó

el anillo, sintió el calor de la piel junto a él. Estaba tan apretado que no podía ni darle vueltas.

Dagmar se apartó de la frente el pelo empapado de sudor y de arena con el dorso de la mano.

Detrás de ella, igual que antes, una voz —esta también masculina, pero con un tono más relajado, tranquilo, con un acento de alguna parte indeterminada del norte de Europa— dijo:

—Ten cuidado.

Dagmar estuvo a punto de caerse sobre la lodosa charca. Se sujetó con una mano que metió en el agua —la izquierda, por casualidad— y la retiró ahogando un grito. En la charca debía de haber trozos de cristales rotos también y ahora le corría sangre diluida del pulpejo de la mano hasta el codo, desde donde luego caía en hilillos sobre la arena.

Se dio la vuelta, con el corazón latiéndole frenéticamente por la amenaza de un hombre extraño en un lugar aislado, pero en cambio se sintió fascinada. Era alto, pero no una torre, ancho pero no un armario empotrado. Con los hombros fuertes de un hombre que les da uso, como los surfistas en el agua o los soldados que corrían por la playa. El pelo largo y claro —del color de la arena— brincaba en una coleta sobre uno de sus hombros como el agua brincaba hacia el fondo del precipicio. Una recortada barba castaña ocultaba la línea de su mandíbula; el rubor de una ligera quemadura solar desaparecía tras ella.

Y su brazo derecho terminaba en pálidos retazos de cicatrices diez centímetros por encima de donde debería haber habido una muñeca.

«Irak», pensó. Podía tener treinta años, pero no treinta y cinco. «¿Afganistán?».

La mirada del hombre se dirigió hacia el hilo de agua sangrienta que recorría el brazo de Dagmar. Esperaba que diese un paso adelante, que le ofreciese ayuda.

Sin embargo, dijo:

—Tu llegada fue predicha, Dagmar Sörensdotter. Estoy aquí para decirte lo siguiente: debes sacrificar algo al dolor para que este termine.

Su nombre. El apellido de su padre. El frío en sus dedos, el cómo desaparecía el dolor de la mano, del pie. La forma en la que de repente se dio cuenta de detalles que no había visto antes: que el precipicio detrás del hombre de una sola mano era granito leonado y grisáceo y no la arena beis que había estado viendo durante el descenso; que los surfistas que se deslizaban rápidamente como focas alargadas por el océano encrespado habían desaparecido de la línea de visión; que el propio océano se estaba perdiendo detrás de los gélidos velos de niebla.

Apartó la ensangrentada mano derecha de la herida de la izquierda y buscó a tientas el teléfono en el bolsillo de sus pantalones cortos.

—De nada te sirve, Dagmar Sörensdotter —le dijo él—. No corres ningún peligro. Cuando el dolor arde en tu corazón y la sangre entra en el agua, cuando bajas corriendo al interior de la tierra al borde del mar con tus *helskor* puestos, acompañada

de cuervos... ¡En este, mi día de todos los días! ¿Quién iba a venir a ti sino un dios de tus antepasados, antes de que corras todo el camino hasta el Niflheim?

Señaló sus pies. Ella bajó la mirada hacia las zapatillas de correr y vio una mancha roja que se extendía por un lateral del pie derecho. Alzó la mirada de nuevo.

No parecía un dios. Parecía un hombre, un hombre de su misma edad, de su propia etnia, más o menos su mismo fenotipo. Un hombre con una camiseta gris y unos vaqueros desteñidos y remangados que dejaban ver sus tobillos manchados de arena. Un loco, sin duda, por más agradable a la vista que resultase.

—Tengo un teléfono —amenazó ella, levantando la mano derecha para enseñarlo. Consciente del agua y del precipicio a su espalda. Consciente de la longitud de las piernas del hombre y del hecho de que tendría que pasar corriendo a su lado para llegar hasta el camino de la playa—. Gritaré.

Él lanzó una fugaz mirada por encima del hombro.

—Hazlo si así lo deseas —concedió, con aire cansado—. Soy Týr, Sörensdotter. Mi nombre significa «dios». Esta mano —levantó el desgarrado muñón cubierto de pálidas cicatrices— alimentó a Fenris el lobo, aquel que se resistía a ser encadenado. Esta otra mano —levantó la que tenía intacta— me conquistó la gloria a pesar de todo. Los hombres dicen de los valientes que son «atrevidos como Týr», de los sabios que son «juiciosos como Týr». De mí dicen «estirpe de los gigantes»; me llaman «dios de la batalla». Me conocen como «los despojos del lobo». —Hizo una pausa; sus cejas se alzaron—. ¿Será ese tu nombre también?

—He conocido a otra persona —dice él.

Dagmar baja los ojos. Trocea apio en tiras, cuidadosamente, lo corta en dados tan pequeños como los añicos de un cristal de seguridad.

Se siente justo como en un accidente de coche.

Remueve las verduras en el aceite caliente y escucha cómo chisporrotean.

—¿Me oyes? —pregunta—. He conocido a otra.

—Te he oído. —Deja el cuchillo sobre la tabla de cortar antes de darse la vuelta—. ¿Buscabas la gratificación de una reacción dramática? Porque podrías haber buscado un momento mejor. Tengo aquí mismo una sartén llena de aceite hirviendo.

—Los despojos del lobo —repitió ella—. Despojos en el sentido de... ¿sobras? —«Llama a la policía», se dijo a sí misma, «antes de que este amable y chiflado acosador saque un cuchillo». Pero sus dedos no se movieron por la pantalla.

Dios o no, tenía una bonita sonrisa, unos labios carnosos que se curvaban en un rictus detrás de una franja de barba.

—Se comió el resto.

Dagmar notó que se le fruncía el entrecejo. Sintió que la mano que aferraba el

teléfono caía a un lado.

—Eres zurdo.

—De donde vengo —dijo— nadie es zurdo. Pero aprendí a serlo.

—¿Entonces por qué no le diste al lobo la mano izquierda?

Se encogió de hombros, juntando las cejas sobre el puente de su ligeramente torcida nariz.

Enfrentada a su silencio, Dagmar se movió inquieta.

—Habría sido la elección más sensata.

—Pero no la grandiosa. No compensa ser tacaño con los lobos, Sörensdotter.

Ella apretó las manos. Una en torno al teléfono, la otra comprimiendo sangre fresca de una herida.

—Dijiste *helskor* antes. ¿Qué son los *helskor*?

—Zapatos del infierno. —Hizo un gesto rápido con el muñón hacia la caída empinada y resbaladiza—. El camino al inframundo está sembrado de espigas; el río que los muertos deben vadear está plagado de cuchillos. Veo que tienes heridas a pesar de ir bien calzada.

—No estoy muerta —objetó Dagmar.

—Lo bastante muerta para derramar tu sangre en el camino que lleva a los dominios de Hel. Lo bastante muerta para haber estado buscando el Niflheim estos últimos meses, lo supieras o no.

Después de coger aliento y levantar la barbilla, Týr se dejó llevar. Señaló la mano goteante de Dagmar y dijo lo que había venido a decir.

—Cuando metes la mano en la boca del lobo tienes que entender que ya has tomado la decisión de sacrificarla.

—No sabía que era un lobo —replicó—. Pensé que era un matrimonio.

—No son disímiles —dijo Týr—. ¿Vas a quedarte ahí de pie para siempre?

Dagmar levanta la mano izquierda. Ya está manchada de sangre, el corte en la palma es más profundo de lo que le había parecido. Continúa hinchándose.

Mancha de carmesí el diamante de modo que la luz no se refleja en él. Se coagula en los espacios de la filigrana.

Dagmar dice:

—No quería desaprovecharlo. Quería guardarlo para el futuro.

—Un sacrificio —replica el dios— no es desaprovechar.

No dice: «Lo que intentas salvar te arrastrará al fondo».

No dice: «No puedes atajar tus pérdidas hasta que estés dispuesta a admitir que has perdido».

No le hace falta.

«¿Cómo de horrible puede llegar a ser?», se pregunta Dagmar.

Se mete el dedo ensangrentado en la boca y clava los dientes detrás del anillo.

«Maldito seas», piensa. «Quiero vivir. Incluso en el fracaso».

Poco a poco, arañando la piel con los dientes, arrastra el anillo por el dedo. Los

ojos se le llenan de lágrimas por el dolor. El sabor de la sangre —fresca y coagulada— le produce arcadas. El diamante le rasga las encías. La carne se le amontona en el nudillo.

«No creo que pueda seguir».

—Esto ya ha ocurrido —le susurra el dios en el oído—. Siempre está ocurriendo.

«No creo que no pueda».

Cuando tira de nuevo, más fuerte, se le desgarran el nudillo, se despelleja, queda en carne viva. Con un nuevo surtidor de sangre que sabe a algas, el anillo sale, queda libre en su boca, a punto de ahogarla.

Dagmar lo escupe en la arena y grita.

El dios la ha dejado.

Dagmar está de pie en la ribera bajo el sol brillante, con la mano izquierda acunada en su pecho, y observa el batir de las largas olas añiles en el mar encrespado. Rojo cayéndole del brazo, gotea por el codo, cae y salpica sobre la orilla del mar. Arriba, los cuervos dan vueltas, en bandadas y alianzas, espantando hasta a las más atrevidas gaviotas.

Sostiene el anillo en la mano derecha. Aprieta los dedos, alza el puño. Un rápido tirón y el mar podría quedárselo. Un...

Se da la vuelta y baja el brazo, y en vez de al mar lanza el objeto brillante y ensangrentado hacia el cielo. Da vueltas y vueltas, rápidamente, en cabriolas, brillante por los rayos del sol hasta que las alas oscuras de unas aves carroñeras caen en picado hacia él.

No ve cuál lo reclama, si marcada o sin marcar, solo ve la persecución mientras las demás la siguen, proclamando su avaricia y su furia, alejándose de ella por el vacío infinito del río del cielo.

«Gracias», susurra en su dirección.

En un momento han desaparecido.

Para S. L.

Mangosta

Elizabeth Bear y Sarah Monette

Izrael Irizarry salió de una cámara de descompresión marcada con manchas brillantes y puso un pie en la estación Kadath, tambaleándose un poco mientras se acostumbraba a la gravedad. En su hombro, Mangosta alargó el cuello, con los barbillones centelleantes, después sacó la lengua para probar el aire y adoptó el color de una pregunta. Unos pocos pasos más adelante Irizarry pudo oler lo mismo que Mangosta olía: la fuerte pestilencia de los limazones ^[1], amoniacal y penetrante.

Dio dos golpecitos rápidos sobre el tentáculo que se enroscaba alrededor de su garganta, lo que significaba «pronto». Mangosta adoptó el color del descontento e Irizarry acarició su resbaladiza y aterciopelada cabeza en forma de cuña para refrenarla y consolarla. Su docena de ojos simples y los cuatro compuestos brillaron y el color se suavizó, sin cambiar, mientras ella se dejaba llevar por la caricia. Tenía sed de caza y él no la culpaba. La boojum Manfred von Richthofen se encargaba de sus propias plagas. Mangosta no había tenido más remedio que conformarse con una parte de las raciones de Irizarry, pero odiaba comer cosas muertas.

Si Irizarry era capaz de oler los limazones, tenía que tratarse de algo más que de la «pequeña plaga» que el mensaje de la patrona de la estación le había llevado a esperar. Claro está que aquel mensaje le había llegado a Irizarry por medio de tres, cuatro o quince intermediarios, así que no tenía ni idea de cuánto había tardado en recibirlo. Quizá cuando la patrona de la estación se lo había enviado sí que era pequeña.

Aunque conocía bien las costumbres de los burócratas y le entraron dudas.

La gente volvía la vista al verlo al pasar, incluso esos cultistas cristianos copiosamente modificados con miembros plegables y ojos biolínicos. Los veías en cada estación y en todas las naves de acero, aunque la mayor parte no quería trabajar en las boojums. A nadie le gustaban demasiado los cristianos, pero eran capaces de trabajar en situaciones que matarían a un humano no modificado o incluso a un branquiado, así que los capitanes y patrones de estación los toleraban.

Había muchos branquiados en los pasillos de Kadath y todos se paraban para mirar perplejos a Mangosta. Uno, un aprendiz, se detuvo e hizo una complicada reverencia agitando las manos. Irizarry sintió como uno de los zarcillos de Mangosta se le introducía por los pendientes. Aunque ella no llegaba a entender qué significaba mirar fijamente —sus ojos compuestos hacían que esa idea le resultara incomprensible—, percibía la atención que estaba recibiendo y le hacía sentir

cohibida.

Al contrario que las naves boojum en las que servían, las estaciones — Providence, Kadath, Leng, Dunwich y las demás— estaban construidas por el hombre. La simetría radial era predecible y, para encontrar a la patrona de la estación, Irizarry solo tuvo que abrirse camino hacia el interior desde el muelle de la Manfred von Richthofen hasta el nodo. Allí encontró uno de los inevitables mapas de seguridad (usted está aquí; en caso de descompresión, salgan en orden hacia las cámaras de seguridad situadas aquí, aquí o aquí) y se inclinó para mirar de cerca con ojos entornados las diminutas letras. Mangosta lo imitó, ladeando la cabeza primero a un lado, después a otro, aunque las representaciones planas no significaban nada para ella. Irizarry distinguió por fin en una burbuja oval «Despacho de la patrona de estación» y vio que la puerta estaba de hecho a la vista.

—Allá vamos, chica —le dijo a Mangosta (quien, aunque estaba sorda como una tapia, se apretó contra él como respuesta a la vibración de su voz).

Odiaba esta parte del trabajo, odiaba tratar con *apparatchiks* y funcionarios y, cómo no, el despacho de la patrona de estación estaba repleto de gente así: una recepcionista y después una secretaria y después otra persona que quizá era del otro tipo de secretarias, y ya por último —Mangosta había bajado por su camisa y estaba completamente escondida entre el pelo; Irizarry estaba reprimiendo los recuerdos de alguien que no quería recordar haber sido— lo apremiaron para que entrase en una habitación interior donde la patrona de estación Lee lo esperaba, con los brazos cruzados y el rostro redondo compuesto en un ceño fruncido.

—Señor Irizarry —dijo, descruzando los brazos lo bastante para sacar uno de ellos en un remedo de gesto amigable.

Él levantó una mano en respuesta, aliviado de no ver ninguna señal de reconocimiento en su rostro. La experiencia le había enseñado a Irizarry que las vidas muertas era mejor dejarlas donde hubieran caído.

—Lo siento, patrona —se disculpó—. No puedo. —Pensó si preguntarle por la peste a limazones en el aire, si entendía lo fea que se había vuelto la situación. La gente era capaz de convencerse de un montón de mierdas a la menor oportunidad. Sin embargo, decidió hablar de su compañera—. Mangosta odia que toque a otra gente. Se pone celosa como un loro.

—¿El cheshire está aquí? —La patrona dejó caer la mano junto al costado, con una mezcla de respeto e inquietud en el rostro—. ¿Está fuera de fase?

Bueno al menos la patrona Lee sabía un poco más sobre los gatos de cheshire que otra gente.

—No —respondió Irizarry—. Está dentro de mi camisa.

Media hora estándar después, en medio de las húmedas entrañas de un agujero de ventilación, Irizarry dio unos golpecitos a la mascarilla recicladora para tratar de

quitarse de la boca y la nariz algo de la peste a limazón. No sirvió de mucho; estaba acercándose a ellos.

Aquí Mangosta no se mostraba en absoluto cohibida. Serpenteó hasta subirse a su cabeza, con los barbillones y los órganos prensiles totalmente extendidos, palpitando en predatorios tonos verdes y rojos. Le deslizó los zarcillos por el pelo y se los enrolló en la garganta, entrando y saliendo de fase. Para contenerla, Irizarry le puso la punta de los dedos en su flexible costado. Solo le faltaba que Mangosta se pusiese espectral y cargase pasillo abajo hacia la colonia de limazones.

No es que Mangosta no fuese a volver con él, porque lo haría, pero solo si no acababa metida en más líos de los que era capaz de manejar sola. «Quieta», le dijo él, aunque ella no podía oírlo. Una criatura adaptada al vacío no tenía orejas. Pero sí podía sentir la vibración de su voz en la garganta. Además, un zarcillo le acarició los labios, palpando la vaharada de aliento y la forma de la palabra. Él volvió a tocarle el zarcillo dos veces —«pronto»— y sintió cómo ella se contraía. Por el rabillo del ojo vio que Mangosta brillaba con un naranja hambriento. Estaba experimentando con rosetas de jaguar —habían tenido largas discusiones sobre jaguares y tigres después de su lectura nocturna de *Winnie de Pooh* en la Manfred von Richthofen, porque Mangosta había querido saber lo que eran un jagular y un tigre—. Irizarry ya le había hablado de las mangostas y le había leído *Alicia en el país de las maravillas* para que supiera lo que es un gato de cheshire. Dos días más tarde —lo recordaba vívidamente aún— Mangosta había desaparecido muy despacio, empezando por las puntas de los largos bucles de su cola y de sus zarcillos y terminando por el conjunto de sus cristalinos dientes afilados como agujas. Y entonces había vuelto a entrar en fase, toda entusiasmada de rosa y aguamarina, casi dando botes, y él la había felicitado, acariciado y se había recordado a sí mismo que era mejor no verla como un gato. O como una mangosta.

Mangosta había comprendido enseguida la diferencia entre jaguares y jagulares y con la misma presteza había decidido que ella era un jagular; Irizarry estuvo a punto de ponerse a discutir, pero se lo pensó mejor. Ella era, después de todo, una «muy buena saltadora». Y nadie nunca la había visto acercarse a no ser que ella lo quisiera.

Cuando el débil brillo de los limazones se hizo visible al fondo del agujero, Irizarry sintió que todo el cuerpo de Mangosta temblaba profusamente, para luego oscurecerse con luz trémula y doblarse por fin con fuerza contra su cuero cabelludo. Irizarry apagó sus luces también y se puso las gafas de infrarrojos pasivos sobre los ojos. Los limazones eran tan ciegos como sorda era Mangosta, pero una plaga así podía significar que las grietas se estaban haciendo lo bastante grandes como para que pudieran atravesarlas, contorsionándose, otras cosas más grandes. Y si había rantas no tenía sentido dejar que los monstruos advirtieran que él y Mangosta se estaban acercando.

Tocó tres veces el zarcillo que se le enroscaba en la garganta y susurró: «Ve». No hizo falta que se lo repitiera; en realidad, pensó con sorna, a ella ni siquiera le hacía

falta que se lo dijera. Apenas sintió cómo se retiraba su levísimo peso antes de que desapareciera pasillo abajo tan silenciosa como un búho cazador. Mangosta era invisible a sus gafas, pues su cuerpo estaba a temperatura ambiente, pero él sabía por experiencia que los bigotes y las barbas se le extenderían del todo y que oiría gritos cuando estuviera entre los limazones.

Los limazones cubrían el techo del pasillo, sus caparazones de un brazo de largo estaban adheridos por una secreción de olor apestoso que supuraba de entre los huecos de sus exoesqueletos. El tercio superior del cuerpo de un limazón se doblaba como una rama colgante, poniendo en acción un brillante y pegajoso cebo y unas pinzas capaces de rasgar la carne. Irizarry no tenía ni idea de con qué se alimentaban en su propia fase, o dimensión, o lo que fuera.

Aquí, sin embargo, sabía lo que comían: lo que pudieran.

Dejó lista su sonda de impacto, sonando tras él, para ayudar a Mangosta en caso de que fuera necesario. Los limazones eran muchos e incluso un cheshire podía meterse en un lío si la superaban en número. Delante de él, un limazón gorjeó y se oscureció al instante: Mangosta había matado a su primera presa.

En cuestión de segundos, toda la colonia de limazones gorjeaba, una música que le puso dolor de cabeza. Avanzó con cuidado, alerta ahora ante cualquier señal de rantas. La mayor colonia de limazones que había visto nunca fue a bordo de la nave abandonada Jenny Lind, que él y Mangosta habían explorado cuando estaban trabajando como operarios de rescate en la boojum Harriet Tubman. El pontón estaba cubierto por dentro y por fuera de limazones; la colonia era tan extensa que, después de haberse comido todo lo demás, había comenzado a canibalizarse: los limazones devoraron a sus vecinos y fueron a su vez devorados. Mangosta se dio un atracón antes de que la Harriet Tubman se comiese los restos, y en la basura que la boojum dejó atrás, Irizarry había encontrado los extraños huesos en forma de estrella de una ranta adulta, consumida por su propia presa. El magnapresa que había matado a los humanos de la Jenny Lind había muerto con el núcleo del reactor y la capitana. Un puñado de pasajeros y de la tripulación consiguió escapar para contarlo.

Irizarry regresó al presente. Esta colonia no era tan grande como las atestadas masas de la Jenny Lind, pero era la más grande que se había encontrado sin estar en una situación de cuarentena, y se comería las gafas de infrarrojos si no había rantas en alguna parte de la estación Kadath.

Un limazón muerto aterrizó a sus pies, con la cabeza sin ojos limpiamente separada del cuerpo desgajado. Un segundo más tarde Mangosta entró en fase sobre su hombro y produjo ese sonido chasqueante que significaba «¡Irizarry, cuidado!».

Él extendió la mano, la levantó a la altura del hombro, y Mangosta se movió entre medias, manteniendo el grueso de su cuerpo sobre la espalda de Irizarry, con los zarcillos reposados en sus labios y su laringe, pero con los tentáculos envueltos alrededor de su mano para comunicarse. Irizarry se levantó las gafas con la mano libre y encendió la luz del cinturón para poder leer sus colores.

Estaba nerviosa, brillaba con verdes y amarillos estroboscópicos. «Muchos», escribió en la palma de su mano, y después, con énfasis, «R».

«R» era malo —significaba ranta—, pero era mejor que «M». Si hubiera entrado un magnapresa podían considerarse todos muertos y la estación Kadath ya tan maldita como la Jenny Lind. «¿Lo hueles?», le preguntó a Mangosta bajo el gorjeo de los limazones.

«Saborear», dijo ella, y como Irizarry había sido su compañero durante casi cinco soles, entendió: los limazones sabían a ranta, lo que quería decir que habían estado alimentándose hace poco de guano de ranta, y dada la rapidez de los sistemas digestivos de los limazones, eso significaba que una ranta estaba patrullando territorio en la estación.

Mangosta se apretó más fuerte contra su espalda. «R», volvió a decir. «R». «R». «R».

A Irizarry le dio un tumbo el corazón y después se le encogió. Más de una ranta. Las grietas se estaban agrandando.

Un magnapresa era solo cuestión de tiempo.

La patrona de estación Lee no quería ni oírlo. Se veía en la forma en la que permanecía de pie, en la forma en la que fingía estar distraída para evitar el contacto visual. Irizarry conocía las reglas del juego, probablemente mejor que ella. Invadió su espacio personal. Mangosta tembló sobre su nuca, los zarcillos enhebrándose en su pelo. Incluso sin verla sabía que exhibía un intenso verde esmeralda.

—¿Una ranta? —preguntó la patrona Lee, con un gesto de cabeza que podría haber sugerido coqueteo en una mujer más joven o menos hostil, y se apartó de nuevo—. No sea ridículo. No ha habido rantas en la estación Kadath desde los tiempos de mi abuelo.

—Eso no quiere decir que ahora no haya una plaga —respondió Irizarry, tranquilo. Si ella iba a actuar con dramatismo entonces él debía representar un papel de calma y quietud—. Y he dicho rantas, en plural.

—Eso es incluso más ridículo. Señor Irizarry, si intenta con poco tino subir sus honorarios...

—No. —Tuvo cuidado de decirlo en un tono plano, sin indignación—. Patrona, entiendo que esto no es lo que quiere oír, pero tiene que poner Kadath en cuarentena.

—No es posible —le dijo ella, con la voz brusca y desafinada, como si le hubiera pedido que pilotara Kadath por los anillos de Saturno.

—¡Claro que lo es! —exclamó Irizarry, y ella por fin se giró para mirarlo, indignada de que se atreviera a contradecirla. Notó como Mangosta apretaba una de las zarpas contra su cuello. No le gustaba que se enfadara.

Por lo general eso no suponía ningún problema. La mayor parte de las veces Irizarry sabía que la ira era una pérdida de tiempo y de energía. No solucionaba nada.

No arreglaba nada. No podía devolver nada de lo que se había perdido. Personas, vidas. Las cosas que se enjuagaban en las mareas del tiempo. O que se purgaban, tanto si querías que se marcharan como si no.

Pero esto era...

—Sabe lo que es capaz de hacer una colonia de rantas que tienen como presa una población confinada ¿verdad? Dígame, patrona, ¿ha empezado a ver menos indigentes en el refugio?

La patrona volvió a darse la vuelta, negando la existencia de Irizarry de su cosmología.

—El tema no está abierto a discusión, señor Irizarry. Le contraté para que tratase con una supuesta plaga. Eso es lo que espero que haga. Si cree que no puede es libre de dejar la estación con cualquier nave que se le antoje, por supuesto. Creo que la Arthur Gordon Pym se dirige al interior del sistema, ¿o quizá prefiere la ruta de Júpiter?

No tenía que ganar esta lucha, se recordó. Podía marcharse, tratar de advertir a otra persona, coger a Mangosta y largarse lejos de la estación Kadath.

—Está bien, patrona. Pero cuando empiecen a desaparecer sus secretarias recuerde que se lo advertí.

Ya estaba en la puerta cuando le oyó gritar su nombre:

—¡Irizarry!

Él se detuvo, pero no se dio la vuelta.

—No puedo —dijo ella, en voz baja y apresurada, como si tuviera miedo de que alguien la oyera—. No puedo poner la estación en cuarentena. Ya estamos en números rojos en este trimestre y la nueva comisaria política... es mi cabeza la que está en juego, ¿no lo entiende?

No lo entendía. No quería entenderlo. Esa era una de las razones por las que él era un caminante, porque no quería volver a convertirse en alguien como ella.

—Si Sanderson descubre lo de la cuarentena, si le descubre a usted, ¿resistirían sus papeles una atenta inspección, señor Irizarry?

Él se giró sobre los talones, con la boca abierta para decirle lo que pensaba de su torpe intento de chantaje, pero luego ella habló:

—Le doblaré la tarifa.

En ese momento, Mangosta le tiró de varios mechones de pelo e Irizarry se dio cuenta de que podía sentir los latidos de su corazón, fuertes y rápidos contra su espalda. Fue a la angustia de Mangosta a lo que respondió, no al chantaje de la patrona.

—Está bien —dijo—, haré lo que pueda.

Los limazones y las rantas lo colonizaban todo como una epidemia, expandiéndose desde un único punto de origen, cuyo paciente cero en este caso era el desgarró en el

espacio-tiempo por el que el primer limazón entraba retorciéndose. Se producirían más roturas cuando los limazones se fueran multiplicando, pero esa primera brecha sería la que se volvería lo bastante grande para dejar entrar a una ranta. Mientras que los limazones eran simplemente vagos —ahorraban energía, decían los arkhamenses con remilgo— y nunca se arrastraban más lejos de lo necesario para encontrar un punto de anclaje, las rantas eran cautelosas. Los saqueos se centraban en la rotura original porque mantenían abiertas sus rutas de escape. Y la hacían más y más grande.

Los limazones no eran un problema, solo una molestia, por culpa de esa tendencia suya a consumir el preciado oxígeno, obstruir los conductos, comerse las mascotas, hacer que cayera viscosidad del techo y crujir pringosamente cuando los pisabas. Las rantas eran peor; las rantas eran feroces predatoras. Puede que su presa natural fueran los limazones, pero no le hacían ascos a los humanos debilitados que desaparecían, ni tampoco a los branquiados pequeños.

Pero ni siquiera ellos eran el peligro que le había quitado el sueño a Irizarry durante los dos últimos turnos de descanso. Lo que los limazones desgarraban y las rantas ensanchaban era una entrada para el depredador superior de esta cadena alimentaria alienígena.

El magnapresa: *Pseudocanis tindalosi*. Los registros antiguos y los arkhamenses indigentes los llamaban perros, pero estaba claro que no lo eran, del mismo modo que Mangosta no era un gato. Irizarry había visto los vídeos de archivo de las estaciones y las naves abandonadas, los miembros angulares centelleantes que aparecían como puntiagudos brazos de mantis de las esquinas de habitaciones selladas, la matanza que se producía a continuación. No había sabido de nadie que saliese vivo de una estación donde se manifestaba un magnapresa, a no ser que uno lograra llegar hasta cápsula de pánico como un relámpago. Y lo que era más importante, hasta los arkhamenses, que viajaban en naves archivo y criaban seres como Mangosta, admitían que no guardaban registro de nadie que hubiera sobrevivido a un magnapresa salvo escapando de él.

Y lo que él tenía que hacer, dicho en líneas generales, era encontrar el origen de la plaga antes de que lo hiciera el magnapresa para así acabar con los limazones, las rantas y la presión que estaban ejerciendo en esta parte del universo. Encontrar el núcleo, en algún punto de los kilómetros y kilómetros de la infraestructura de Kadath. Y era por eso que ahora se hallaba en este pasillo de servicio poco transitado dejando que Mangosta entrara en contacto con todos los conductos de ventilación que encontraban.

En las cercanías de todos los túneles de acceso infestados por la colonia, los pasillos de la estación Kadath apestaban a limazones: amoniaco, sulfuro. La peste se infiltró por las esquinas de la máscara de Irizarry cuando este levantó la cara hacia un conducto de ventilación. Con una mueca anticipatoria rompió el sello de la mascarilla recicladora y la alejó del rostro tirando de las tensas bandas elásticas, con cuidado de

que no se le soltara. Una nariz rota no iba a mejorarle el día.

Una ingeniera cultista con miembros terminados en ventosa pasó de largo, llevaba sus cuatro brazos serpentinos enrollados firmemente en el costado a causa de la estrechez del pasillo. Tenía una bonita sonrisa, para ser cristiana.

Mangosta estaba demasiado concentrada en su presa para mostrarse cohibida. El tamaño de la colonia de limazones podía ponerla nerviosa, pero a Mangosta le encantaba el olor, para ella era como una rica cena puesta al fuego, o así se lo imaginaba Irizarry. Mangosta se desenrolló de su cabeza como una capucha de zarcillos, con los tentáculos extendidos y el cuerpo alargado resplandeciente mientras trataba de alcanzar una unidad de ventilación. Irizarry la sintió girarse con los barbillones temblorosos, así que él también se dio la vuelta hacia donde se retorció la cabeza en forma de cuña.

Estuvo a punto de caer de espaldas cuando se encontró cara a cara con alguien que ni siquiera sabía que estaba allí. Una mujer, de estatura mediana, peso mediano, cabello castaño echado hacia atrás en un recogido bajo; tenía la piel del color pálido del espacio y levemente enrojecida en las mejillas, como si los filtros infrarrojos del traje no la hubieran protegido del todo. Llevaba un brillante uniforme de un negro espacial con charreteras plateadas y cuatro cintas de color gris plomo en cada muñeca. Una insignia con un sol estilizado y una díada Tierra-Luna descansaba sobre su corazón.

Era la comisaria política, a quien obviamente no le importaba el ostentoso despliegue de equipo sensorial de Mangosta.

Mangosta reabsorbió los zarcillos como una anémona asustada y presionó la cara contra el cuero cabelludo de Irizarry, en la zona donde se le clareaba el cabello. Irizarry se sorprendió al ver que Mangosta no desaparecía por dentro de su camisa, puesto que podía notar cómo temblaba contra su cuello.

La comisaria política no extendió la mano.

—¿Señor Irizarry? Es usted difícil de encontrar. Soy la coronel de inteligencia Sadhi Sanderson. Me gustaría hacerle unas pocas preguntas rápidas, por favor.

—Yo, bueno, estoy un poco ocupado ahora —dijo Irizarry, y añadió intranquilo—, señora. —Lo último que quería era ofenderla.

Sanderson levantó la mirada hacia Mangosta.

—Sí, se diría que estuviese cazando —dijo, con la voz tan seca como el polvo abrasivo—. Esa es una de las cosas de las que quiero hablar.

Mierda. Se había mantenido apartado del camino de la comisaria política durante un día y medio y lo cierto es que había sido bastante tiempo, dadas las evidentes tensiones entre Lee y Sanderson y los chismes que había oído en los barracones temporales: los branquiados estaban aterrorizados por Sanderson y nadie parecía tener una buena palabra para Lee. Incluso los cristianos, con los labios apretados de mojigatería, solo decían de Lee que al menos ella no los perseguía activamente. Irizarry había estado una vez atrapado en una nave de acero con una congregación

cristiana durante casi medio año y sabía de su afán por hablar bien de todo el mundo; desconocía si era algo que formaba parte de su fe o solo era una táctica de supervivencia, pero cuando el Antiguo Dawson le dijo: «No nos molesta», Irizarry entendió perfectamente lo que eso significaba.

De Sanderson dijeron incluso menos, pero Irizarry también lo entendió. No había ningún afecto entre los cultos extremistas y el gobierno. Pero había oído hablar a los mineros de hielo y a los trabajadores de los muelles y en especial a la tripulación de una nave de acero confiscada y todos se habían mostrado de lo más elocuentes y soeces. Conclusión: la coronel Sanderson era nueva en la ciudad, estaba haciendo limpieza y no era ni mucho menos una mujer a quien te interesara tocar los cojones.

—No tendría problema en ir a su despacho en una hora, o dos —dijo él—. Es solo que...

Mangosta se agarró a su cabeza con más fuerza, tan fuerte y tan de improviso que le hizo soltar un aullido. Se dio cuenta de que la cabeza de Mangosta había ido volviendo hacia el conducto de ventilación mientras él se defendía con débiles evasivas de la coronel Sanderson y que ahora la tenía metida casi dentro del conducto, al final de unos cuarenta y cinco centímetros de cuello iridiscente.

—¿Señor Irizarry?

Él levantó una mano, porque de verdad que este no era un buen momento, pero volvió a aullar cuando Mangosta se agachó y la agarró. Era lo bastante listo como para no olvidarse de lo fluido que podía ser el cuerpo de Mangosta, que en realidad no era más que un compromiso con la dimensión en la que él podía percibirla, pero a veces se sorprendía de todas formas.

Y al momento Mangosta dijo «Nagina», y si la coronel Sanderson no hubiera estado allí delante, indicándole con las cejas que estaba balanceándose al final de una cuerda que ella estaba dispuesta a cortar, Irizarry habría soltado una maldición en voz alta. A falta de magnapresa —que aún podía aparecer en cualquier momento, no te olvides, Irizarry—, una ranta reproductora era la peor noticia que podían recibir.

—Su cheshire parece inquieta —dijo Sanderson, sin sonar alarmada en absoluto—. ¿Hay algún problema?

—Está ansiosa por comer. Y, eh, no le gustan los extraños. —Era tan verdad como cualquier otra cosa que pudiese decir sobre Mangosta; los encendidos colores que giraban alrededor de sus zarcillos le daban a Irizarry una idea de lo que los cromatóforos de Mangosta debían de estar haciendo detrás de su cabeza.

—Ya lo veo —dijo Sanderson—. Cobalto y amarillo, con ese patrón punteado, entrando y saliendo de fase, actúa con agresividad, pero eso es miedo ¿no?

Sea lo que fuere que iba a decir Irizarry, las observaciones de Sanderson le quitaron las palabras de la boca de un plumazo. La miró con desconcierto (como un branquiado, pensó poco caritativamente) y solo se dio cuenta de que había dado otro paso atrás cuando el calor del mamparo le hizo notar que tenía el mono de trabajo pegado a la espalda.

—¿Sabe? —dijo Sanderson en una parodia de confidencia—, todo el pasillo apesta a limazones. Así que déjeme adivinarlo: ya no son solo limazones.

Irizarry estaba aún desconcertado por la capacidad de aquella mujer para leer los colores de Mangosta.

—¿Qué sabe sobre los cheshire?

Ella le sonrió como si él fuera un estudiante lento.

—Bastante. Estuve en la Jenny Lind como alférez, había un cheshire a bordo y vi... No es el tipo de cosas que se olvidan, señor Irizarry, una vez las has presenciado.

—Algo enigmático cruzó su rostro como un relámpago y después se marchó.

—El cheshire que murió en la Jenny Lid se llamaba Demonio —dijo Irizarry, con cautela—. Su compañero era Mike Spider el Largo. ¿Los conocía?

—Spider John —acotó Sanderson, mirándose el dorso de las manos. Se toqueteó una cutícula con la uña del pulgar opuesto—. Lo llamaban Spider John. Pero el nombre del cheshire lo ha dicho bien.

Cuando ella levantó de nuevo la mirada, el arco de una de sus cejas cuidadosamente delineadas le dejó claro a Irizarry que no había estado engañando a nadie.

—Claro —dijo él—. Spider John.

—Eran amigos míos. —Sanderson meneó la cabeza—. Yo no era más que una novata. El primer destino y me asignaron a Demonio como enlace. A Spider John le gustaba decir que él y yo teníamos el mismo trabajo, pero no logré que la capitana lo creyese cuando él trataba de convencerla de lo mala que era la situación.

—¿Cómo consiguió escapar después de que entrara el magnapresa? —preguntó Irizarry. No era lo bastante estúpido como para pensar que aquellas confidencias de Sanderson fuesen algo más que una forma de demostrarle que podía confiar en ella, pero la frustración y la cansada tristeza de su voz parecían sinceras.

—Fue a por Spider John primero, seguro que sabía que era una amenaza. Y Demonio... se lanzó a por el monstruo, le dio igual que esa cosa tuviera cinco veces su tamaño. Aquellos segundos de distracción nos permitieron llegar a la cápsula de pánico y a la capitana Golovnina alcanzar los mandos del núcleo. —Hizo una pausa—. Lo vi, ¿sabe? Apenas un vistazo. Se retorció a través de ese... ese desgarró en el aire, como un perro demacrado que rasgara un agujero en una manta con unas patas nudosas. Pasé años preguntándome si se quedó con mi olor. Una vez que olfatean una presa, ya sabe, no paran...

Dejó languidecer las palabras y alzó su mirada para encontrar la de Irizarry. Él ya no sabía decir si el ceño fruncido entre los ojos de Sanderson se debía a la vergüenza por haber hablado demasiado o a la calculadora espera de su posible respuesta.

—Así que usted reconoce el olor, ¿es eso lo que quiere decir? —preguntó Irizarry. La coronel tenía la costumbre de responder preguntas con otras preguntas:

—¿Tengo razón en lo de las rantas?

Él asintió y dijo:

—Una reproductora.

Ella hizo una mueca. Irizarry inspiró profundamente y se apartó del mamparo.

—Coronel Sanderson... tengo que atraparla ya, si es que tengo alguna oportunidad.

Ella se tocó la pistola de pulsos de microondas de su cadera.

—¿Quiere compañía?

No quería. En serio, no la quería ni de lejos. Y si la hubiera buscado, no habría escogido a la comisaria política de la estación Kadath. Pero no podía permitirse ofenderla... y él no tenía licencia para llevar un arma.

—De acuerdo —le dijo y espero que no sonara tan rabioso como se sentía—. Pero no se ponga delante de Mangosta.

La coronel Sanderson le dedicó una sonrisa salvaje y fugaz.

—Jamás se me ocurriría.

Lo único que apestaba más que una pila de limazones vivos eran unos cuantos a medio comer.

—Voy a tener que limpiar con vacío todo el sector —dijo Sanderson, con el aliento siseándole a través de los filtros.

«Si vivimos lo suficiente para que sea necesario», pensó Irizarry, pero tuvo el sentido común de mantener la boca cerrada. No hablabas de derrota en presencia de un político. Y si tenías la mala suerte de llamar la atención de uno desde luego no dejabas que te viera pensándolo.

Mangosta avanzó despacio, adelante, pero Irizarry se dio cuenta de que tenía cuidado de quedarse en el rango de alcance de sus luces y al menos uno de sus zarcillos permanecía atrás fijándose en él y en Sanderson todo el tiempo. Si esta fuera una plaga normal, Mangosta estaría correteando por los techos del pasillo, dejando trozos de limazón a medio comer y una estela de icor bioluminiscente. Pero esta vez avanzaba cuidadosamente, tanteando cada nueva superficie con barbillones temblorosos, de forma que a Irizarry le recordaba a una araña vacilante o a un pulpo explorador.

Él caminaba con cuidado detrás de ella, viendo cómo sus colores se volvían más oscuros y cautelosos. Mangosta se detenía en cada cruce, probaba el aire en cada dirección y esperaba a que su escolta la alcanzase.

La mayoría de las tuberías de servicio de la estación Kadath eran lo bastante grandes para que Irizarry y Sanderson caminaran en fila por ellas, aunque a veces se veían obligados a agacharse y a veces Irizarry tenía que reptar sobre el estómago por un viscoso limo de limazón medio seco. Se imaginó —confió en que se lo estuviera imaginando— que podía sentir el adelgazamiento y estiramiento de la realidad que los rodeaba, verlo en el deformarse de los túneles y el doblarse de las planchas. Se imaginó que atisbaba tenues sombras por el rabillo del ojo, que oía un susurro, que le

llegaba un olor, como de algo que casi estuviera allí.

Hipocondría, se dijo con firmeza, consciente de que esa era la palabra errónea pero sin que le importara. Sin embargo, cuando volvió a echarse sobre la tripa para meterse a presión por un estrecho punto de acceso —este obstruido por los cadáveres frescos de los limazones recién masacrados— necesitó de todo el consuelo que pudiera inventarse.

Estuvo a punto de tropezarse con Mangosta cuando salió del agujero. Esta corrió a toda prisa hacia él y se acurrucó bajo su pecho, retorciendo los zarcillos, tan cerca de estar fuera de fase que apenas era una cálida sombra. Cuando Irizarry vio lo que había al otro lado deseó haber sido un poco más inventivo.

Debían de estar en uno de los centros de reciclaje y recuperación de la estación Kadath, una cuenca de diez metros de ancho que caía hacia un montón de basura en el medio. Era el típico lugar donde siempre encontrabas pequeñas plagas de limazones. Se suponía que las estaciones y las naves las mantenían libres de alimañas, pero en la práctica, las tensiones dimensionales de compartir las pistas del espacio con boojums implicaba que eso no era posible. Y en Kadath alguien no había estado haciendo su trabajo.

Sanderson le tocó el tobillo e Irizarry se echó a un lado apresuradamente para que pudiera pasar. Se sintió de repente agradecido por su compañía.

No tenía ningún deseo de estar ahí solo.

Irizarry nunca había visto una plaga de limazones como esta, ni siquiera en la Jenny Lind. Todo el techo de la cámara estaba lleno de cuerpos como de gasterópodo, con largas lenguas como señuelos que colgaban medio metro hacia abajo. Pequeñas cosas brincantes —rantas jóvenes, casi transparentes en su cambio de fase— llenaban el espacio a su alrededor. Mientras Irizarry miraba, una erró el camino atraída por un limazón y este se contrajo con fuerza convulsa. La ranta no tuvo ninguna oportunidad.

Desde luego, ahí abajo entre la basura del pozo, algo grande se agitaba. Y eso no era todo. La presión que Irizarry había sentido antes —la sensación de que muchos ojos lo miraban, cuerpos demacrados que se estiraban contra el desconocido y frágil tejido que los retenía— aquí la notaba redoblada, hasta el punto de que casi sintió el roce de unos bigotes apenas en fase por la nuca.

Sanderson gateó hasta ponerse a su lado, con la pistola en una mano. A Mangosta no parecía importarle su presencia.

—¿Qué hay ahí abajo? —preguntó ella, con voz siseante y la respiración agitada.

—El pozo de cría —dijo Irizarry—. ¿Siente eso? ¿Esa extraña sensación como si se estirara el universo?

Sanderson asintió debajo de su máscara.

—¿A que no le va a animar nada si le digo que ya lo he sentido antes? —lanzó ella.

Irizarry se sintió cansada y desmoralizadamente poco sorprendido. Luego

Sanderson preguntó:

—¿Qué hacemos?

La pregunta lo cogió por sorpresa y tuvo que habersele notado, incluso detrás de la mascarilla recicladora, porque ella dijo, bruscamente:

—Usted es el experto. Razón por la cual asumo que fue llamado a la estación Kadath y por la que la patrona Lee ha estado tan ansiosa de que yo no lo sepa. Aunque con una plaga de este tamaño no sé cómo pensaba que iba a esconderlo más tiempo, de todos modos.

—Lo habría llamado sabotaje —dijo Irizarry, ausente—. O habría culpado a los cristianos. O a los branquiados. O a algunos colonos contrariados, como la tripulación de la Caruso. Pasa mucho, coronel. Llega alguien como yo y como Mangosta y limpia los limazones, las autoridades de la estación aplican mano dura con quien sea que les haya dado más guerra y la vida sigue su curso. Pero Lee esperó demasiado.

Abajo, en el pozo, la reproductora volvió a sacudirse. Las rantas parturientas eran lentas —mucho más lentas que las jóvenes o las adultas errantes sexualmente inactivas— pero eso era porque llevaban corazas como armadillos de titanio. Cuando se sentían amenazadas pasaba una de dos cosas: o bien las crías iban en manada hasta mamá, mamá se hacía una bola y entonces hacía falta un arma nuclear táctica para matarlas, o bien mamá se ponía belicosa. Irizarry había visto una reproductora cabreada arrancar un mamparo de una nave de acero una vez; fue pura suerte que no agrietara el casco.

Y, por supuesto, una vez que empezaba a desovar, como esta, podían producir entre diez y veinte crías al día desde una semana hasta un mes, según el suministro de alimentos. Y cuantas más crías producía más débiles se volvían los muros del mundo y más se acercaban los magnapresas.

—Lo primero que tenemos que hacer —le dijo a la coronel Sanderson—, y quiero decir a la de ya, es matar a la reproductora. Entonces pone en cuarentena la estación y coge equipos de voluntarios para que cacen a las errantes antes de que puedan traer a otra reproductora, o convertirse en una, o cómo coño lo hagan, que no tengo ni idea, francamente. Hará falta fuego para limpiar este nido de limazones, pero es posible que Mangosta y yo podamos coger al resto. Y digo fuego, coronel Sanderson. A los limazones el vacío no les hace ni una mierda.

Ella podría haberle reprochado su lenguaje, pero no lo hizo. Simplemente asintió y dijo:

—¿Cómo matamos a la reproductora?

—Sí —dijo Irizarry—. Esa es la cuestión.

Mangosta chasqueó bruscamente un sonido de «¡Irizarry!».

—No —le respondió Irizarry—. Mangosta, no...

Pero Mangosta ya no le estaba prestando atención. Tenía una paciencia limitada para soportar este tipo de interacciones extrañas de Irizarry con otros miembros de su especie y su insistencia en esperar, y dicha paciencia claramente ya se había agotado.

Ella era Rikki-Tikki-Tavi y la reproductora era Nagina, y Mangosta sabía lo que tenía que ocurrir. Se impulsó en los hombros de Irizarry, cambiando de fase mientras lo hacía, y sin contacto entre ellos no había nada que él pudiera hacer para llamarla de vuelta. En menos de un segundo, él ya no sabía siquiera dónde estaba.

—¿Se le da bien usar esa cosa? —le preguntó a la coronel Sanderson mientras señalaba su pistola.

—Sí —le respondió, aunque alzando las cejas de nuevo—. Pero, discúlpeme, ¿no es para esto para lo que son los cheshires?

—Contra las errantes, claro. Pero, coronel, ¿ha visto alguna vez una reproductora?

Al otro lado de la cuenca, un limazón gorjeó y los demás empezaron a hacerlo en coro enseguida. Mangosta había empezado.

—No —respondió Sanderson, mirando hacia abajo, donde la reproductora se arqueaba, se revolcaba y se levantaba al fin, sacudiéndose de encima crías etéreas y limazones medio comidos—. Dioses.

Una ranta era algo indescriptible. Ni siquiera podías mirar a una durante más de unos pocos segundos sin que empezaras a experimentar un aura de migraña. Las errantes eran apenas manchas de sombra. La reproductora era enorme, estaba blindada y no tenía rasgos reconocibles, salvo por sus espantosas, babeantes fauces de dientes afilados. Irizarry no sabía si tenía ojos ni si los necesitaba.

—Mangosta puede matarla —dijo él—, pero solo si logra llegar a su vientre. De lo contrario, esa cosa esperará a que Mangosta se acerque, le dará un buen golpe y... —Se estremeció—. Tendré suerte si consigo encontrar de ella lo bastante para un funeral. Así que lo que tenemos que hacer ahora, coronel, es cabrear lo bastante a esa cosa como para distraerla. O... —debía ser justo, este no era el trabajo de Sanderson — si me deja la pistola no tiene que quedarse.

Ella lo miró, los ojos oscuros muy brillantes, y a continuación se giró para mirar a la reproductora, que estaba balanceando la informe cabeza en pequeños arcos, tratando sin duda de rastrear a Mangosta.

—Y una mierda, señor Irizarry —contestó secamente—. Dígame dónde tengo que apuntar.

—No le hará daño —le advirtió, y ella asintió, pero estaba bastante seguro de que Sanderson no lo entendió hasta que disparó por primera vez y la reproductora ni lo notó. Pero la coronel no desistió; con los labios apretados se puso en posición y volvió a disparar a los pies de la reproductora como le había indicado Irizarry. Los pies de una reproductora no eran vulnerables como tal, pero eran sensibles, mucho más sensibles que la cabeza, en contra de lo que dictaba la lógica humana. Incluso así, la bestia se estaba concentrando en Mangosta, que estaba haciendo gritar a los limazones en varios puntos al azar en torno a la circunferencia del pozo de cría, y de

hecho hicieron falta tres disparos más en el mismo pie delantero antes de que la cabeza de la reproductora se volviera en dirección a los humanos.

Hizo un ruido, una especie de «groaaaaar», e Irizarry y Sanderson se vieron rodeados de inmediato por enjambres de rantas jóvenes.

—Mierda, joder —soltó Irizarry—. Intente no matarlas.

—Perdón, pero ¿cómo que no matarlas?

—Si matamos a demasiadas, la reproductora decidirá que somos una amenaza en lugar de un incordio. Y entonces se enroscará en una bola y no tendremos ninguna oportunidad de matarla hasta que vuelva a desenroscarse. Y para entonces habrá muchísimas rantas aquí.

—Y muy posiblemente un magnapresa —terminó Sanderson—. Pero... —Le dio un manotazo a una ranta medio corpórea que estaba intentando enrollarse en la calidez de su pistola.

—Si nos quedamos quietos del todo durante bastante tiempo —dijo Irizarry— probablemente podrían chuparnos el calor corporal suficiente para que entremos en hipotermia. Pero no pueden morder cuando son así de jóvenes. Conocí a un hombre de cheshire una vez que juraba que comían acurrucándose en el estómago de la reproductora para chupar con la lengua lo que esta había digerido. Yo aún espero que no sea cierto. Usted siga disparando a ese pie.

—No hay problema.

Irizarry tenía que admitir que Sanderson era firme como una roca. Él se concentró en apartar rantas jóvenes de encima de ellos dos, Mangosta siguió con sus depredaciones en la oscuridad y Sanderson, después de haber encontrado su objetivo, disparaba a un ritmo apropiado y continuo. No fallaba, no trataba de hacer florituras. Solo, después de un buen rato, dijo por la comisura de los labios:

—Oiga, la batería no va a durar toda la vida.

—Lo sé —respondió Irizarry—. Pero esto va bien. Está funcionando.

—¿Cómo lo sabe?

—Se está poniendo furiosa.

—¿Y eso cómo lo sabe?

—Por la vocalización. —La ranta había pasado de su groaaaar a una serie de sonidos jadeantes y guturales, intercalados con ladriditos agudos—. Nos está advirtiendo que nos marchemos. Siga disparando.

—De acuerdo —dijo Sanderson.

Irizarry quitó otro par de rantas jóvenes de la cabeza de Sanderson. Estaba tratando de no pensar en lo que significaba que no hubiera venido ninguna adulta al pozo: ¿cuánto territorio de la estación Kadath habían reclamado?

—¿Ha habido alguna desaparición últimamente? —le preguntó a Sanderson.

Ella no volvió la mirada, pero hubo un largo silencio antes de que hablara.

—Ninguna que pareciera realmente una desaparición. Nuestra población es, por necesidad, transitoria, y nadie le tiene mucho cariño a la autoridad. Y, francamente,

he tenido tantos problemas con la oficina de la patrona de la estación que no estoy segura de si mi información es fiable.

Tenía que dolerle a una comisaria política admitir aquello.

—Es más que probable que encontremos huesos humanos ahí abajo. Y en sus escondrijos.

Sanderson empezó a responderle, pero la reproductora decidió que ya había aguantado suficiente. Giró sobre sí misma, se volvió hacia ellos con las fauces bien abiertas y empezó a desplazarse entre los montones de basura y los cadáveres en su dirección.

—¿Y ahora qué? —preguntó Sanderson.

—Siga disparando —ordenó Irizarry—. Mangosta, donde quiera que estés, estate preparada, por favor.

Había estado un setenta y cinco por ciento seguro de que la ranta se erguiría sobre sus patas traseras cuando los alcanzara. Las rantas no eran sapientes como los cheshire, pero eran listas. Sabían que la forma más rápida de matar a un humano era arrancarle la cabeza y que la segunda forma más rápida era destriparlo, pero no podían hacer ni lo uno ni lo otro si estaban a cuatro patas. Además, los humanos no eran una amenaza para el vulnerable abdomen de una ranta; la pistola de Sanderson podía irritarla pero no había forma de que lograra penetrar la piel de la reproductora.

Era un plan terrible —había un veinticinco por ciento de posibilidades de que Sanderson muriera gritando mientras la reproductora se los comía de pies para arriba — pero funcionó. La reproductora se impulsó hacia arriba, imponente, echando una de sus patas hacia atrás para lanzar un golpe que le arrancaría a Sanderson la cabeza del cuello y mandaría sus restos contra el mamparo más cercano cuando, sin ningún tipo de aviso, ni para los humanos ni para la ranta, Mangosta entró en fase con brutalidad, las mandíbulas, los dientes y los afilados tentáculos a menos de cinco centímetros de la tripa de la ranta, moviéndose deprisa.

La ranta chilló y se enroscó sobre sí misma, pero fue demasiado tarde. Mangosta ya había llegado a los labios de su... oh, dioses y peces, Irizarry no sabía la palabra. ¿Vagina? ¿Cloaca? ¿Ovipositor? El lugar por donde las pequeñas crías de ranta venían al mundo. La única vulnerabilidad que tenía la bestia. Y en la que Mangosta metió la estrecha cuña de su cabeza y las zarpas de sus pies delanteros y empezó a rasgar.

Antes de que la ranta pudiera alcanzarla, el maleable cuerpo de Mangosta estaba ya dentro del todo, y la ranta, a pesar de sus chillidos y pateos, estaba condenada.

Irizarry cogió a Sanderson por el hombro y le dijo:

—Ahora sería un buen momento para, muy despacio, alejarse. Dejemos que la dama haga su trabajo.

Irizarry casi escapó limpio de Kadath.

No había tenido problemas para encontrar un pasaje para él y Mangosta: después de que un grupo o dos de voluntarios la hubieran visto en acción, después de que las historias sobre la reproductora empezaran a extenderse, había estado a punto de tener que quitarse de encima a los capitanes de naves de acero con un palo. Y al final había escogido la oferta de la capitana de la Erich Zann, una boojum; la capitana Álvarez tenía un contrato de salvamento a largo plazo —se trataba de ir limpiando tras el paso de los mineros de hielo, había dicho con una sonrisa mordaz— e Irizarry sintió que quería estar por un tiempo en salvamentos. Habría caza en abundancia para Mangosta y no se pondría en peligro la vida de nadie. Incluso un magnapresa no era mucho más que un caso de indigestión para una boojum.

Se había ido de la oficina de la patrona de la estación con el dinero; ni siquiera había tenido que hablar con Lee, quien por lo que se decía, no iba a seguir siendo la patrona por mucho tiempo. O eras poco eficaz o cabreabas a tu comisario político, pero no las dos cosas a la vez. Estaba más que claro que su secretaria no quería molestarla así que fue fácil decir «teníamos un contrato» y quedarse allí plantado y sonreír. No era la tarifa doble que le había prometido, pero ni siquiera quería eso. Solo el dinero que le debían.

Así que su trabajo había concluido. Había acercado a Mangosta a la Erich Zann y, en la medida en la que él y la capitana Álvarez podían saberlo, la boojum y el cheshire parecieron gustarse. Irizarry se había comprado ropa interior nueva y dejó que Mangosta escogiera un nuevo par de pendientes para él. Y puesto que se había decidido a derrochar —ya que estaba en la estación Kadath más le valía aprovecharlo—, se compró una selección de libros para su lector, incluyendo *El viento en los sauces*. Estaba deseando, de una forma tranquila y peculiar, que llegaran esas largas noches más allá de Neptuno para leer a Mangosta y descubrir qué pensaba de Ratita de Agua, de Topo, de Sapo y de Tejón.

Paz, o lo más parecido que Izrael Irizarry pudiera lograr.

Había limpiado su cubículo en los barracones transitorios, se había colgado la bolsa al hombro con Mangosta montada en el otro y veía ya el muelle de la Erich Zann cuando una voz detrás de él lo llamó por su nombre.

La coronel Sanderson.

Se detuvo en mitad de una zancada, indeciso sobre si darse la vuelta y saludarla o salir corriendo como un conejo, pero entre tanto ella lo alcanzó.

—Señor Irizarry —dijo—. Esperaba que pudiera invitarle a una bebida antes de que se fuera.

Irizarry no logró contener la mirada de intensa sospecha que le dedicó. Ella extendió las manos, en señal de honradez.

—De verdad. Nada de amenazas, ni de trucos. Solo una bebida. Para darle las gracias. —Tenía una sonrisa torcida; sabía lo poco fiables que sonaban esas palabras en la boca de una comisaria política.

Y de cualquier otro comisario político, Irizarry no se las habría creído. Pero a ella

la había visto mantenerse entera frente a la ranta reproductora y también la había visto darse la vuelta y echar el higadillo cuando contempló lo que Mangosta había hecho con la bestia. Si Sanderson quería darle las gracias le debía ese momento de paz.

—Está bien —respondió él, y añadió con torpeza—: Gracias.

Fueron a uno de los bares turísticos de Kadath: luminoso, pintoresco, alegre y completamente distinto a los bares espaciales a los que estaba acostumbrado Irizarry. Por otra parte, entendía por qué Sanderson había escogido este. Nadie aquí, salvo quizá el camarero, tenía la menor idea de quién era ella, y la forma en la que los miró dicho camarero, dos veces y con los ojos muy abiertos, indicaba que allí el servicio era muy bueno: rápido y muy discreto.

Irizarry pidió un dama rosa, ya que le gustaba ese cóctel, y Mangosta, encantada, se volvió del mismo color, con rosetas a juego con las cerezas al marrasquino. Sanderson pidió *whisky*, solo, que no se parecía en nada a los que Irizarry recordaba del planeta. Sanderson le dio un largo trago al *whisky*, dejó el vaso y preguntó:

—Nunca tuve la oportunidad de preguntarle esto a Spider John, ¿de dónde sacó a su cheshire?

Fue astuto por su parte sacar de esa forma a Spider John y Demonio, pero Irizarry no estaba todavía seguro de que Sanderson se hubiera ganado aquella historia. Después de que el silencio se prolongara un poco más de la cuenta, Sanderson levantó el vaso, dio otro trago y dijo:

—Sé quién es.

—Yo no soy nadie —respondió Irizarry. No se permitió ponerse tenso porque a Mangosta no se le escaparía, y ahora estaba ya lo bastante susceptible, con todos esos capitanes de naves de acero alrededor, como para que él pudiera predecir cuál sería su respuesta. Y si Mangosta decidía que la respuesta apropiada era arrancarle la cabeza a Sanderson, Irizarry no tenía claro que fuera a ser capaz de mostrar su desacuerdo a tiempo.

—Lo he prometido —dijo Sanderson—. Nada de amenazas. No estoy intentando seguirle la pista, no estoy preguntando cosas sobre la dama para la que solía trabajar. De verdad, solo estoy preguntando cómo conoció a esta dama de aquí. No tiene por qué decírmelo.

—No —respondió con suavidad Irizarry—. No tengo por qué hacerlo. —Mangosta, rosa aún, se estaba enrollando por su brazo para investigar el vaso; no los contenidos, puesto que el interés por las claras de huevo estaría más que sobrepasado por el punzante olor a alcohol, sino el cono dado la vuelta sobre el tallo de un vaso de martini. Le gustaba la geometría. Y esta no era una historia que fuese a hacerle daño a nadie.

—Estaba trabajando por las lunas de Júpiter, eh, hace cinco años. Paradójicamente, me quedé atrapado en una cuarentena. No de alimañas, sino de la Putrefacción Negra. Pasó mucho tiempo y las cosas se pusieron... feas. —La miró de

rejo y vio que no era necesario entrar en detalles—. Había arkhamenses allí atrapados también, en la vieja y enorme gabarra que tenían por nave. Y cuando las raciones de agua se redujeron, hubo gente que dijo que los arkhamenses no deberían tener ninguna, dijeron que si hubiera ocurrido al revés ellos no nos darían ninguna. Y así, cuando los arkhamenses enviaron a una de sus hijas para su ración... —Aún recordaba su grito, el terror de una mujer adulta en una voz de niña, y se encogió de hombros y concluyó—: Hice lo único que podía hacer. Después de eso, para mí resultaba más seguro estar en su nave que en la estación, así que pasé algo de tiempo con ellos. Sus profesores me dejaron estar.

»No son mala gente —añadió, con urgencia de repente—. No digo que entienda en lo que creen, o por qué, pero se portaron bien conmigo y sí que compartieron el agua con la tripulación de la nave en el siguiente embarcadero. Y por supuesto tenían cheshires. Cheshires por todas partes, la nave más limpia que haya visto jamás. Había nacido una camada justo cuando por fin se levantó la cuarentena. Jemina, la niña pequeña a la que ayudé, insistió en que podía escoger a uno de la camada, y esa fue Mangosta.

Mangosta, que conocía la forma de su nombre en los labios de Irizarry, empezó a ronronear, y frotó con cariño la cabeza contra sus dedos. Él la acarició, sintiendo que se le aliviaba la tensión, y continuó:

—Además, yo quería ser biólogo antes de que las cosas se pusiesen difíciles.

—Ajá —dijo Sanderson—. ¿Sabe lo que son?

—¿Perdón? —Él seguía pensando sobre todo en los arkhamenses y se preparó para la típica ronda de idioteces supersticiosas: demonios o nigromantes y todo ese rollo.

Pero Sanderson aclaró:

—Los cheshires. ¿Sabe lo que son?

—¿A qué se refiere con «sabe lo que son»? Son cheshires.

—Después de que Demonio y Spider John... Investigué un poco y encontré un profesor o dos, arkhamenses, sí, a los que preguntar. —Sonrió, muy poco—. He encontrado en este trabajo que la gente suele estar extremadamente dispuesta a responder mis preguntas. Y lo descubrí. Son magnapresas.

—Coronel Sanderson, no pretendo ser irrespetuoso...

—Magnapresas no del todo adultos —dijo Sanderson—. Adiestrados, criados y empequeñecidos a propósito para que nunca maduren del todo.

Mangosta, se dio cuenta Irizarry, había estado prestando atención, porque le cogió la mano y contestó rotundamente: «No».

—Mangosta no está de acuerdo con usted —dijo él, y se descubrió a sí mismo sonriendo—. Y, claro, supongo que ella lo sabría.

Sanderson levantó las cejas.

—¿Y qué cree Mangosta que es?

Él preguntó y Mangosta respondió sin demora, el rosa disolviéndose en champán

y oro: «Jagular». Pero detrás de aquella respuesta quedaba la emoción de la duda, como si no estuviese tan segura de lo que afirmaba con tanta rotundidad. Y entonces, con un brusco movimiento de cabeza hacia la coronel Sanderson, como una chiquilla adolescente, dijo: «Mangosta».

La coronel aún seguía mirando a Irizarry de forma penetrante.

—¿Bien?

—Dice que es Mangosta.

Y lo cierto es que Sanderson no estaba intentando amenazarlo ni jugando a ningún complicado juego político, porque su rostro se suavizó con una sonrisa de verdad y afirmó:

—Claro que lo es.

Irizarry sorbió un dulce trago entre dientes. Pensó en lo que Sanderson había dicho, del magnapresa en la Jenny Lid, retorciéndose por entre las grietas dilatadas de la realidad como un cachorro mortífero y cubierto de espinas desgarrando una manta.

—¿Cómo se domestica un magnapresa?

Ella se encogió de hombros.

—Si lo supiera, sería arkhamense, ¿no es cierto? —Con cuidado, extendió el dorso de una mano para que Mangosta la olisqueara. Para sorpresa de Irizarry, esta alargó un vacilante tentáculo y lo dejó flotando sobre el dorso de la muñeca de Sanderson. La coronel ladeó la cabeza, con una sonrisa afectuosa y dejó la mano quieta—. Pero si tuviera que adivinarlo, diría que haciéndose amigos.

La muerte de las emisiones terrestres

La primera palabra debía ser pronunciada en voz baja, si es que acaso llegaba a pronunciarse. Un goteo de señal. Un eco. Un fantasma. Un hilo cifrado, algo que un ordenador que tuviera instalado el programa del SETI captaría de entre el ruido de fondo, etiquetaría y devolvería en silencio a la enorme base de datos en el cielo, sin que el propietario de la máquina fuese consciente de su papel en la historia.

Soy una de las pocas personas lo bastante viejas como para recordar lo que nos llegó: algo tan sutil como un golpetazo en la nariz con un bate de *cricket*. Al principio no podíamos creerlo, pero ahí estaba, interfiriendo con las transmisiones en todas las frecuencias, enmarañando nuestras señales con fantasmas de estática.

La televisión, para entonces, había abandonado casi por completo las emisiones por radiofrecuencia, así que las transmisiones que llegaban a los hogares y a las oficinas por cable de fibra óptica no se vieron perturbadas. Expertos con ideas contrapuestas opinaban con confianza telegénica que la insinuante secuencia de señales era alguna clase de fenómeno natural, cosmológico, y no alguien retransmitiendo al mundo entero, al mismo tiempo, a propósito.

Aquello ocupó las tres horas previas a la aparición en el canal de noticias más importante de un hombre anciano, con un cráneo lleno de manchas claramente visibles entre las hebras de su cabello debilitado. Era un radioaficionado, con toda una vida de dedicación a sus espaldas, el cual cruzó las manos delante del pecho y cerró los ojos para escuchar aquellos ruidos sacados directamente de una película antigua, justo como el parloteo de un telégrafo inalámbrico.

Volvió a levantar los párpados. «Claro que lo reconozco, es código morse. Puede que sea la más famosa transmisión Marconi de la historia».

Citó, como si estuviera recitando un conocido poema: «CQD CQD SOS, Titanic, posición 41° 44' N, 50° 24' O. Necesitamos asistencia inmediata. Vengan enseguida. Hemos chocado contra un iceberg. Nos hundimos».

Yo estaba en mi oficina del observatorio ALMA, rodeada de compañeros de trabajo, pero no se oía ni una mosca. Esta no la habíamos anticipado, al fin y al cabo la señal estaba interfiriendo con los intercomunicadores para bebés. Pero nos habían encargado que tratáramos de rastrearla.

Una tarea sencilla, dada la fuerza de la señal. Venía de la constelación de Tauro y exhibió un paralaje mensurable durante el curso de un par de días. En otras palabras, no solo era intensa, sino que estaba cerca y se movía rápido.

Unas pocas semanas más tarde hallamos la segunda. De repente, las señales de radio brotaban por todo el cielo. Nuestras propias señales muertas, nuestras propias voces muertas —radioafición, *La Sombra*, señales cifradas de la Primera Guerra Mundial— repetidas para nosotros.

Y después pararon.

Cuando tenía quince años las demás chicas querían ser doctoras, actrices y políticas. Jugaban al fútbol y al *softball*, iban a los programas de capacitación ciudadana del Girls State, participaban en desfiles de bandas de música.

Yo ponía en marcha el SETI y me quedaba después de clase en el club de matemáticas o en el de física. Casi nadie creía en los extraterrestres, pero yo tenía tantas ganas de hablar con ellos que ni siquiera encontraba palabras para expresar ese sentimiento, el ansia que me embargaba.

Los demás chicos y chicas —incluso los frikis— tenían citas. Y supongo que yo también lo intenté, más o menos. Pero la gente que me rodeaba nunca me parecía tan fascinante como los números de mi cabeza. Yo quería gustarles —la soledad era desde luego un problema— pero el salto entre quererlo y ser capaz parecía insalvable.

Viéndolo en perspectiva, aquello en lo que buscaba refugio no era diferente a esa fantasía inmemorial de que eres adoptado, de que tu verdadera familia vendrá algún día y te rescatará de esos tíos raros con los que vives. Salvo que yo me sentía tan rara que me dio por los extraterrestres. Quizá alguien ahí fuera era como yo. Desde luego parecía que yo no tenía nada en común con ninguna persona de este planeta.

Tarde o temprano acabas por dejar a un lado tus pasiones de infancia; eso o te arriesgas a que te llamen chalada. Para cuando cumplí los veintisiete tenía dos carreras y un trabajo con posibilidad de permanencia en una universidad puntera en investigación. Había pasado tiempo en el observatorio astronómico VLA y estaba recabando datos para mi tesis de cara a nuevas publicaciones.

Cuando los radioastrónomos se emborrachan especulan sobre la vida extraterrestre... diría que «como cualquiera», pero imagino que en realidad la mayoría de la gente no hace eso. La diferencia es que nosotros sabemos, en nuestro fuero interno, lo prohibitivas que son las distancias y las escalas temporales, lo fríos que son los números.

Ni por asomo esperábamos tener noticias de nadie.

Quizá es como enamorarse. Tienes que dejar de esperar que ocurra algo para que ocurra.

Uno habla de cosas que cambian el mundo, pero por lo general solo cuando ya han ocurrido. Por lo general no las percibes justo cuando están pasando.

Ah, pero a veces... A veces no hay forma de que se te escapen, a menos que estés

en estado vegetativo.

Ahora cuesta recordarlo, pero entonces no sabíamos lo que eran «los ecos» o lo que querían. Podría haber sido una nave alienígena de paso, guerra psicológica, conquistadores en potencia acercándose (¡Stephen Hawking sería resarcido!) o algún otro fenómeno cosmológico insospechado hasta el momento.

Surgieron nuevas sectas, hubo algunos suicidios; también el sólito matrimonio que se autodestruye, y confieso que yo me sentí ingenuamente sorprendida por la cantidad de personas que se unieron o abandonaron alguna religión, por lo visto al azar.

Yo nunca he sido muy de unirme a grupos.

Seis meses más tarde, nuestras propias voces retornaron en eco una vez más. Esta vez fue *La guerra de los mundos* y Radio Europa Libre.

Con esos dos datos podíamos averiguar dónde estaban, a qué distancia y lo rápido que se movían.

A la tercera vez nadie se sorprendió ya de recibir señales de viejos programas de televisión, y algunas almas astutas hasta filtraron las señales y recuperaron fragmentos de nuestra propia historia perdida: los primeros episodios en directo de *Los vengadores* y episodios destruidos de *Doctor Who*. Es curioso cuántos entretenimientos nos llegaban antes retransmitidos y transportados por las ondas del radioespectro público, que luego empezaron a usarse sobre todo para telefonía móvil y otras cosas más prácticas (eso cuando grandes franjas de la banda de frecuencias no fueron abandonadas sin más).

La idea de una explicación cosmológica siempre había resultado descabellada. Ahora parecía risible. Alguien nos estaba devolviendo nuestras propias palabras. Una forma de comunicación, sin duda... pero ¿como amenaza o como consuelo? ¿Guerra psicológica o señal de amistad?

¿Cómo estar seguros?

Resulta un tanto desconcertante que las llamadas de móvil a tu trabajo sean interrumpidas por Jackie Gleason amenazando violentamente a su ficticia esposa.

De pronto, después de décadas de descuido, se alzó una nueva carrera espacial, como un fénix, desde las cenizas de la exploración. Salvo que esta vez los demás corredores no eran otros estados nacionales sino el lento tambalearse de lo que podría ser un martillo que viniese del cielo.

Las señales empezaron a ralentizarse. Para la cuarta vez conseguimos localizar sus velas solares —sus paracaídas— y ahora podríamos ver y también oír su llegada. Saludarlos trajo consigo más ecos y cuando les enviamos otras señales nuevas y diferenciadas dejaron de reproducir las antiguas.

Las fuentes lejanas a la Tierra estaban frenando con más fuerza; algunas se habían detenido por completo (no es que nada pueda detenerse realmente en el espacio, pero permitidme la ocurrencia) y al menos una —la primera señal, el eco más fuerte— tenía probabilidades de pasar muy cerca. Habíamos hecho una porra. Yo había apostado mi dinero a que describiría una órbita.

Me figuré que no estaban aquí para hacer volar el planeta por los aires, esclavizarnos o secuestrar a nuestros muchachos púberes y llevárselos a Mercurio. En primer lugar, si eran hostiles lo más sencillo del mundo —de fuera de este mundo— habría sido que nos cogieran por sorpresa y nos tiraran una roca desde la órbita, eso habría suavizado al instante cualquier resistencia útil. Las películas de invasiones alienígenas no suelen estar escritas por físicos. En segundo lugar, enviarnos nuestras voces de vuelta... parecía en cierto modo amigable.

Carl, un amigo del trabajo, señaló que eso era también lo que hacían los matones, burlarse de tus palabras repitiéndolas. Yo lo miré, desde el otro lado del plato de kebab, y le contesté: «Lo hacen poniendo voces raras».

La constelación de fuentes de ondas de radio que se extendían en el cielo me sugerían estaciones repetidoras, amplificadores de señales. Suponía que estaban enviando mensajes de vuelta a casa.

Gané la porra, lo que me causó una extraña sensación. Carl, con el que compartía despacho y quien se sentaba en el escritorio de al lado, sabía que era mejor no pincharme con ese tema. Lo había intentado cuando nos pusieron juntos por primera vez, pero creo que captó que yo estaba fingiendo que me hacían gracia sus bromas.

Más que sentirse ofendido, eso sí, dejó de hacerlas.

Carl era un buen tipo, incluso aunque no fuera gracioso. Yo era tan joven entonces; es increíble el tiempo que ha pasado. Sesenta y tres años: la vida productiva de una persona, si se dan unas circunstancias muy favorables.

Carl era también el tipo que pensaba lo bastante en mí como para enviarme los enlaces a las últimas noticias sobre las misiones tripuladas de emergencia que China planeaba enviar hacia el eco.

—Mierda —me lamenté.

—Tranquila, Courtney —respondió, sin levantar la mirada de las filas de números de su escritorio—. Aún tenemos su rastro para perseguirlo por el cielo.

Yo seguía con el ceño fruncido. Él seguía mirándome.

—Oye, son las siete. Pillemos algo de cenar y te desahogas todo lo que quieras —sugirió.

—Gracias —le dije—, pero tengo que trabajar esta noche.

Los Estados Unidos estaban indignados y lo proclamaron bien alto ante todos,

quisiesen o no escucharlo. Aunque tampoco es que pudiesen hacer mucho más, no después de haber sacrificado el programa espacial en los altares de la necesidad económica y de la guerra eterna. Me sentí frustrada ante la perspectiva de que China fuese a tener la primera oportunidad con el eco, más que nada porque eso quería decir que las probabilidades de que yo pudiese acercarme se reducían exponencialmente. Y si hubiera podido sentir la comezón —la comezón física— del deseo...

Pero al final resultó que no teníamos que ir hacia el eco.

El eco vino a nosotros.

Se dividió, descubrimos después, en una docena de componentes idénticos que se establecieron cerca de varios centros poblados repartidos por el mundo. A China le llegó uno, también a la India.

A nadie sorprenderá el nimio detalle de que he sido y sigo siendo una voraz lectora de ciencia ficción. Nimio: una palabra, dos significados. Hay un tópico del género que los aficionados llaman el argumento del «gran objeto estúpido»: *2001*, básicamente. Unos intrépidos exploradores humanos se encuentran un artefacto alienígena abandonado —una sonda espacial, una reliquia— y tienen que decidir qué hacer con él.

Este no era un solo «gran objeto estúpido» sino una red de objetos pequeños. Pasé un tiempo pensando en todo ello (bueno, ¿y quién no?) y me di cuenta de que quienquiera que hubiese fabricado aquellos artefactos había tenido en cuenta el hecho de que podría tocar tierra en un mundo donde las formas de vida sintientes no hubieran desarrollado aún los vuelos espaciales. Si nosotros no podíamos ir hacia ellos, ellos tendrían que venir hasta nosotros.

El componente que cayó a la deriva en Nueva York terminó en el JPL, el Laboratorio de Propulsión a Chorro de la NASA, y algunos xenólogos —una nueva especialidad que prácticamente se había creado de la noche a la mañana— fueron invitados para examinarlo.

Y así me convertí en parte del languideciente porcentaje de privilegiados que sostuvieron en sus manos un disco de metal originario de otro mundo. Era prístino, un círculo perfecto galvanizado en oro, con símbolos grabados en la superficie y diagramas que me obligué a no interpretar, no por el momento.

Carl se inclinó sobre mi hombro. Puso la mano en él y me dio un apretón emocionado.

—La leche —dijo—. Como en las Voyager.

—Supongo que las buenas ideas suelen ser recurrentes. —Sentí las leves irregularidades de la superficie a través de los guantes de nitrilo—. ¿Crees que este será también un disco fonográfico?

A oídos humanos, los sonidos de las voces eran como los plañidos estratificados de las gaviotas.

Sabéis quién soy porque yo encontré su estrella. Es un sol rojo pequeño y frío a unos 31,5 años luz de distancia.

Yo lo bauticé —si acaso puedes poner nombre a algo que ya le pertenece a otra persona— como Hui Zhong, por mi abuela.

No hemos llegado a ver Hui Zhong —es demasiado pequeño, demasiado frío y está difuminado detrás de un vecino más brillante— pero sabemos dónde tiene que estar. La temperatura de Hui Zhong supera los 2.500 grados centígrados, la mitad de la temperatura del Sol de la Tierra. Es una estrella de población II, pobre en elementos pesados. El tipo espectral está grabado en los discos, así que sabemos que es una estrella de primera generación, una de las primeras habitantes de este universo de más de trece mil millones de años.

Hui Zhong es casi inmortal. La estructura convectiva de las estrellas enanas les ofrece estabilidad, luminosidad constante y una esperanza de vida de cientos de miles de millones de años. Nuestro propio Sol, en cambio, apenas tiene cuatro mil millones y medio de años, y en la misma cantidad de tiempo se convertirá en una gigante roja cuando las calderas nucleares empiecen a fallar sin remedio.

Moriremos con él, a no ser que encontremos otro lugar al que ir.

Una de las pistas del disco que nos enviaron los ecos es una voz contando, y uno de los diagramas de la superficie es el de un planeta, primario, lo que nos da una idea del periodo orbital de su mundo, que sería de unos catorces días terrestres...

Los ecos, en otras palabras, podrían llevar planeando su acercamiento a otras civilizaciones y enviando sondas a lugares que les parecieran prometedores durante mucho, mucho tiempo. La sonda era un vehículo sublumínico; no podíamos saber exactamente cuánto tiempo había tardado en encontrarnos... pero «milenios» no era nada descabellado.

Devolvimos la llamada.

No como una señal fuerte y unificada, sino como una serie errática de sonidos cortos y largos: gobiernos, corporaciones e instituciones de investigación. Los de la fundación X-Prize convocaron un premio. Grupos de personas y solitarios

respondieron también a las estrellas.

Y seguimos contestando. Llevamos haciéndolo casi setenta años ya. Durante ese tiempo he pasado de joven reformista a *éminence grise*, de solicitada experta a emérita en el olvido. Creo que he debido de pasar estos sesenta y cinco años conteniendo el aliento. Esperando una palabra a través del vacío. Esperando a que esa gente, que nos lanzó un saludo desde su antiguo mundo, que da vueltas a su antigua y estable estrella, escuchara nuestra respuesta y pudiéramos empezar un lento y minucioso diálogo.

El Día del Cambio me desempolvaron. Me vi en un cóctel junto al presidente de América del Este, preguntándome cómo había llegado allí, qué había en la pasta marrón de la galleta glorificada que tenía en la mano.

Me di la vuelta para decirle algo en esa línea a Carl antes de darme cuenta de que llevaba muerto dieciocho meses, que había fallecido después de que muriera la que fue su esposa durante cuarenta años. Tras su muerte solía llamarme cada semana, como un reloj.

Sus bromas seguían sin ser graciosas, pero lo notaba a la espera, solitario al otro lado de la línea. Tan a la espera y solitario como yo.

El mundo contuvo el aliento. Y nuestro silencio fue recibido por un silencio como respuesta... y después de una pausa el mundo siguió adelante.

No solo fue Carl. La mayoría de mis colegas se han marchado. Vivo sola y el trabajo que aún soy capaz de hacer avanza con una frustrante lentitud.

A veces creo que la esperanza de oír la respuesta ha sido lo que me ha mantenido con vida tanto tiempo.

Ya no espero recibirla.

Quizá los ecos se olvidaron de que nos habían llamado. Quizá nunca esperaban de verdad una respuesta. Quizá habían dejado de lado las ondas de radio, igual que nosotros. Quizá, mucho más que nosotros, ya no escuchan a las estrellas.

Quizá, a pesar de tener un mundo viejo y seguro, una estrella vieja y segura, les ocurrió algo horrible. Quizá Fermi tenía razón y se destruyeron volándose por los aires.

Quizá nosotros también nos volempos por los aires muy pronto.

Pero ellos buscaron una forma de comunicarse. Nos dejaron saber que no estábamos solos. Los escuchamos y buscamos comunicarnos también, pero no han respondido... o no han respondido aún.

Quizá viven mucho más que nosotros. Quizá no tienen la misma sensación de apremio.

Seguimos intentándolo. Y quizá algún día nos enviarán una respuesta.

Pero la conversación será lenta y yo habré expirado antes de que el mundo haya espirado las primeras palabras de la conversación. (Dos palabras, una pronunciación).

Hay algo de lo que me di cuenta demasiado tarde. Le pasa a todo el mundo, ¿verdad? A Carl también, y eso que es lo que estaba tratando de decirme. Que

podríamos compartir la soledad y que eso podría ayudarnos de algún modo.

El silencio se extiende por todo el espacio que nos separa. Y no sé si tener la certeza de que estaban ahí fuera y de que nos tendieron la mano en señal de amistad, con un mapa y el sonido de sus voces, es peor que imaginar que jamás estuvieron allí.



ELIZABETH BEAR (Hartford, Connecticut, EEUU, 1971). Elizabeth Bear es una escritora estadounidense capaz de pasearse con igual comodidad por la ciencia ficción, la fantasía de tintes mitológicos, el relato histórico, el *thriller*, la novela negra y otros muchos subgéneros. Nada más comenzar su carrera fue premiada con el John W. Campbell Award al mejor escritor revelación, su primera novela, *Hammered*, ganó un premio Locus y, entre otros muchos reconocimientos, también ha recibido dos premios Hugo por sus relatos «La marca de la marea» y «Shoggoths en flor».

A lo largo de su carrera se ha interesado por integrar en su narrativa cuestiones sobre multiculturalismo, feminismo e identidad sexual, ampliando así la perspectiva de la literatura de género más tradicional. Es profesora en multitud de seminarios de escritura y un miembro muy activo de la comunidad de escritores de fantasía y ciencia ficción, así que resulta relativamente fácil encontrarla en convenciones literarias a cualquier lado del Atlántico.

Notas

[1] En esta historia, Elizabeth Bear y Sarah Monette se sirven de varios nombres inventados por Lewis Carroll para describir a unas extrañas criaturas en su famoso poema sin sentido *Jabberwocky*, aparecido en *Alicia a través del espejo* (1872) dentro del capítulo «La casa del espejo», un poema escrito al revés que solo se puede leer en el reflejo del cristal. La estación Kadath está infestada de estas criaturas: *toves*, *raths* y el espantoso *bandersnatch*. Asimismo, se inspiran también en el poema *La caza del Snark* (1876) de donde toman prestada la invención carrolliana *boojum* para ponerle nombre a un tipo de naves. Aunque la primera mención al *bandersnatch* aparece en el *Jabberwocky*, será en este poema donde podamos ver a la criatura de cerca.

Ejemplo emblemático de la poesía del sinsentido y desafío traductológico donde los haya, el «Jabberwocky» ha sido vertido al castellano con diferentes títulos y adaptaciones. Para mantener la referencia al poema de Carroll y al mismo tiempo la sonoridad que los nombres en castellano hemos optado, para *toves* y *raths*, por emplear las propuestas de la versión de Jaime de Ojeda en el «Galimatazo», incluido en *A través del espejo y lo que Alicia encontró al otro lado*, aparecido en 1973: así los *toves* son «limazones» y los *raths* «rantas». A su vez, para *bandersnatch* hemos decidido utilizar la propuesta que hizo en una de las primeras traducciones de *A través del espejo* Emilio Pascual en 1976 para la editorial Alfredo Ortells S. L., que lo tradujo como «magnapresa».

De los *toves*, aquí limazones, según la traducción de Ojeda, dice Humpty Dumpty cuando conversa con Alicia que son parecidos a los tejones, pero también a los lagartos y a los sacacorchos. Se dice también que ponen sus nidos debajo de los relojes de sol y se alimentan de queso. De los *raths*, aquí rantas, dice que son una especie de cerdo verde. En *La caza del Snark* se explica que un *bandersnatch*, aquí magnapresa, es una criatura que se mueve ágil y rápidamente, que posee unas mandíbulas como pinzas y que es capaz de alargar el cuello. El temible magnapresa, que Bear y Monette rebautizan con el ficticio nombre científico de *Pseudocanis tindalosi*, hace aquí también referencia a los perros de Tíndalos, aportación al universo de Lovecraft hecha por Frank Belnapk Long en el relato homónimo. <<